



DIÁLOGO POLÍTICO



Konrad
Adenauer
Stiftung

JÓVENES Y POLÍTICA
MARZO 2017

ISSN 1688-9665



DIÁLOGO POLÍTICO
Año XXXII, n.º 1, 2017

EDITOR
Konrad-Adenauer-Stiftung e.V.
(Fundación Konrad Adenauer)

DIRECTORA
Dra. Kristin Wesemann

JEFE DE REDACCIÓN
Manfred Steffen

EQUIPO DE REDACCIÓN
Guillermo Tell Aveledo
Agustina Carriquiry
Carlos Castillo
José Cepeda
Alejandro Coto
Jorge Dell'Oro
Federico Irazabal
Ana Jacoby
Martín Silva Quijano

CORRECCIÓN
Alejandro Coto
María Cristina Dutto

TRADUCCIÓN
Renate Hoffmann

TRANSCRIPCIÓN
Federico Irazabal
María Lila Ltaif

FOTOGRAFÍA
Agustina Carriquiry
Manfred Steffen

DISEÑO Y ARMADO
Taller de Comunicación
Obligado 1191, Montevideo, Uruguay
Tel.: +598 2708 13 65
www.tallerdecomunicacion.com.uy

IMPRESIÓN
Mastergraf
Gral. Pagola 1823, Montevideo, Uruguay
Tel.: +598 2203 47 60
www.mastergraf.com.uy

© Konrad-Adenauer-Stiftung
Plaza Independencia 749, oficina 201
11000 Montevideo, Uruguay
Tel.: +598 2902 0943



/fkamontevideo



@kasmontevideo



@kasmontevideo



Fundación Konrad
Adenauer Montevideo



www.kas.de/parteien-latenamerika/es
www.kas.de/uruguay/es

DIÁLOGO
POLÍTICO

www.dialogopolitico.org

FOTO DE PORTADA
Tinxi, via Shutterstock.com

ISSN: 1688-9665
Depósito legal:

Los textos que se publican son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no expresan necesariamente el pensamiento del editor. Se autoriza la reproducción total o parcial del contenido citando la fuente.

Índice

5 PRESENTACIÓN

7 AGENDA POLÍTICA

- 8 La amenaza del populismo
Entrevista con Daniel F. Wajner
- 14 Cuba después de Castro
Guillermo Tell Aveledo

25 DOSSIER: JÓVENES Y POLÍTICA

- 28 ¿Qué sienten los jóvenes latinoamericanos sobre la política?
Ignacio Zuasnabar e Inés Fynn
- 40 Los retos de la política y el tiempo de la juventud
Carlos Castillo
- 52 ¿El fin de los partidos políticos?
Juan Pablo Luna
- 64 «Los invisibles»
Camila Crescimbeni
- 74 Innovación disruptiva en política juvenil
Everardo Padilla Camacho
- 84 Experiencias de una joven en el Parlamento
Marialbert Barrios
- 88 Movimiento estudiantil y partidos políticos
Ángel Arellano
- 100 Testimonios

107

COMUNICACIÓN Y CAMPAÑAS

- 108 La rebelión de las masas 2.0
Carmen Beatriz Fernández
- 120 Nuevas tecnologías de la comunicación
y su impacto en la narrativa política
Alejandro Vivas

131

IDEAS Y DEBATES

- 132 ¿Posverdad? La circulación de textos en crisis
Daniel Mazzone
- 144 El centro político en Alemania
Karl-Rudolf Korte
- 154 Las prioridades de América Latina hoy
José Emilio Graglia

169

DE LA CASA

Presentación

América Latina es, desde hace décadas, una de las regiones más politizadas del mundo. Su gran extensión geográfica, su amplio espectro étnico y cultural, junto con una estructura socioeconómica fuertemente marcada por la desigualdad, han hecho de esta parte del mundo un escenario permanente de luchas y reivindicaciones políticas.

Ese rasgo de elevada politización tuvo tradicionalmente en los jóvenes —un grupo altamente representativo y relevante en la estructura sociodemográfica— a un actor fundamental, siempre embanderado con las diferentes posiciones y llevando la voz cantante en muchos de los procesos de cambio de gobierno, recuperación democrática, etcétera.

Sin embargo, contrariamente a lo que sucedió en épocas pasadas, el interés de los jóvenes por la política muestra cada vez cifras menores en los estudios que relevan el estado de opinión pública en la región. A ese descrédito institucional se suma otro, más definido, relativo a los políticos y a los partidos.

Por otro lado, la región vive un auge de movimientos de tipo *single-issue*, es decir, orientados a un tema específico, como puede ser la protección del medio ambiente o la defensa de los derechos de los animales. Entonces, ¿es justo decir que a los jóvenes latinoamericanos no les interesa la política, o estamos ante una nueva forma de activismo político, por fuera de la institucionalidad partidaria? ¿Qué desafíos plantea esta nueva situación para los partidos políticos y las instituciones de gobierno? ¿Existen cambios en las trayectorias de ingreso a los partidos y la formación de cuadros? ¿Cuáles son las nuevas demandas de los jóvenes en torno a la política?

Todas estas interrogantes nos ponen ante el desafío inminente de recuperar la confianza y el interés de las nuevas generaciones, no ya en la política, sino en los políticos y los partidos, sus principales y más confiables vehículos para una política saludable y alejada de personalismos e inestabilidad.

A lo largo de este número de DIÁLOGO POLÍTICO, dedicado a la relación entre jóvenes y política, buscamos plantear un diagnóstico, relatar vivencias y proponer caminos para el aumento y la mejora de la participación política de los jóvenes. Académicos, dirigentes políticos, actores de la sociedad civil y jóvenes militantes nos aportan su visión en torno a este tema, vital para la continuidad de los mecanismos democráticos que nos permitan alcanzar mayores niveles de desarrollo y bienestar en Latinoamérica.

Nuestras habituales secciones, «Comunicación y campañas», «Ideas y debates» y «Agenda política» abordan otras cuestiones de actualidad e importancia para el buen funcionamiento de nuestra misión: la democracia.

Dra. Kristin Wesemann
Fundación Konrad Adenauer

AGENDA POLÍTICA

La amenaza del populismo

Entrevista con Daniel F. Wajner, uruguayo-israelí, candidato a doctor en Relaciones Internacionales en la Universidad Hebrea de Jerusalén y secretario general de la Asociación Israelí para Estudios Internacionales.

DIÁLOGO POLÍTICO: El calificativo de populismo para denominar diferentes gobiernos y liderazgos nos obliga a buscar definiciones concretas. ¿Cómo caracterizarías al populismo?

DANIEL F. WAJNER: El populismo se puede definir como una categoría política. Tiene elementos que se acercan a la democracia, puede funcionar dentro de una democracia, y de cierta manera tiene también elementos autoritarios. De modo que, si bien es un eje que va desde democracia hasta totalitarismo, con autoritarismo entre ambos, ubicaríamos al populismo en el medio, quizás entre el elemento democrático y el autoritario. Muchos consideran que es un fenómeno que se da propiamente en democracias, y a menudo se lo confunde con el concepto de *popular*, que es quizá el elemento positivo del populismo. En definitiva, la democracia aspira a eso, aspira a una relación entre el pueblo y el gobernante. Desde ese punto de vista, el elemento popular puede ser visto por muchos como legítimo, como un elemento válido del sistema de gobierno. Por el otro lado, hay elementos de populismo cuando eso se transforma en ideología. Entonces, cuando el intento de acceder al pueblo de manera directa y hablarle de manera directa, con ciertos tonos retóricos y de ciertas maneras simbólicas, se transforma en una ideología, ahí ya podríamos estar hablando de populismos.



AP

Daniel F. Wajner

Podríamos caracterizar al populismo con cinco puntos. El primero es esa convocatoria, esa *exaltación del pueblo* y, por tanto, del líder populista o el régimen populista o el gobierno populista como el representante directo del pueblo, incluso el pueblo en sí mismo. Es una relación tal que lleva quizás a un paso posterior, que es la *banalización de los elementos de la democracia liberal representativa*. Quizá no hay necesidad de una cámara de diputados o de senadores, y si hay necesidad la cuestión institucional es de cierta manera débil, se la puede pasar por encima. El líder habla directamente con ese pueblo. En este punto podríamos ubicar la cuestión de *hablar*, los canales de comunicación masiva, directamente la *comunicación entre el líder y el pueblo*. Hemos visto programas de cuatro, cinco, siete horas del líder hablándole al pueblo, estableciendo una interacción, recibiendo esas preguntas, esos problemas que hay en la sociedad, e intentando resolverlos.

Y podríamos hablar de tres elementos más. Uno es el *antielitismo*, la idea de un choque contra algunas elites que a veces son tradicionales, en otros casos son extranjeras y en otros casos se trata de saber qué es cierta elite para oponerse a ella y descargar. Por encima del antielitismo

vamos a encontrar una cuestión de *carisma*, el líder carismático, y por ende también un *culto a la personalidad* de ese líder carismático. Así encuadraríamos la idea del populismo. En la literatura se habla de distintos elementos y hay discrepancias en cuanto a qué entra y qué no dentro de la definición.

—Vemos muchos de esos elementos presentes en algunos regímenes tanto en América Latina como en otras partes. La pregunta sería entonces: ¿se trata de un fenómeno pasajero o constituye un fenómeno que vino a quedarse y que amenaza la institucionalidad democrática y republicana?

—Es una pregunta interesante y difícil. En la literatura ya hay más de cincuenta años de trabajar fuerte. En América Latina es un tema central, y hemos tenido los teóricos más grandes: Laclau, Panizza, Di Tella, Germani y tantos otros. Hay suficiente literatura para pensar que es un hecho histórico que ya tiene distintas olas, por lo menos 150 años de casos que se han registrado empíricamente. También podríamos decir que, como un fenómeno de olas, tiene sus tendencias; hay veces que lo vemos más presente y otras, menos presente. Y del autoritarismo podríamos decir lo mismo.

Actualmente hay una sensación de regreso del populismo a escala global, y quizás podríamos hablar de que en la última década y media hemos vivido un regreso, quizás una tercera ola de populismo en América Latina. Cada ola tiene sus características propias. La ola del populismo de los años cuarenta, cincuenta y sesenta en América Latina fue totalmente distinta de la ola de los años noventa (lo que se dio en llamar en su momento el *neopopulismo*), y lo que podríamos llamar el populismo de los años dos mil (hasta 2015 o incluso hasta hoy podríamos hablar de que está muy presente en ciertos países, quizás cada vez menos) tiene sus propias características, que no son peores ni mejores, son distintas y por ende es importante estudiarlas a fondo.

En una semana y media tengo un congreso en el que va a haber un día específico para que gente de todo el mundo hable sobre *the global rise of populism*, el nuevo auge del populismo a escala global. El mero hecho de que se esté hablando, discutiendo y escribiendo tanto quiere decir que el síntoma está presente y existe un problema de alcance mundial. Muchos lo ubican en Europa con fenómenos como el Brexit; otros lo ligan a lo que está pasando en Estados Unidos; otros van a otros puntos del mundo con líderes que parecen retomar ciertas tendencias o elementos populistas tanto clásicos como de los años noventa, o que presentan elementos propios nuevos. Eso hace que hoy sea uno de los fenómenos centrales sobre los que hay que discutir para poder pensar en cuáles serían las mejores soluciones.



El entrevistado con Manfred Steffen, Agustina Carriquiry y la directora, Dra. Kristin Wesemann

—*Muchos titulares e incluso la gente que está en este tema hablan de populismo de derecha o populismo de izquierda. ¿Existe tal clasificación de los populismos?*

—Si se fijan, preferí hablar del *neopopulismo* de los años noventa, no de neopopulismos neoliberales de derecha, aunque en mucha literatura aparece así, porque en América Latina se dio en general en gobiernos de derecha. Y podríamos hablar también del neopopulismo de los años dos mil como neopopulismos de izquierda. La categoría *populismo* va más allá de izquierda y derecha, e incluso puede aparecer en el centro. El peligro del populismo (si quisiésemos ver esa categoría en términos de peligro) puede estar presente en cualquier marco ideológico en América Latina y en el mundo. Porque va más allá de una cuestión de ideas, va en el modo de transmitir esas ideas y en el modo de relacionarse con esas ideas, con los representantes y con el pueblo mismo; incluso de cómo relacionarse dentro del gobierno y, si se quiere, cómo relacionarse el gobernante consigo mismo.

Se pueden ver distintos elementos. Si observásemos el neopopulismo de izquierda de los años dos mil, uno de los elementos que podríamos ver es que la elite a la que se refiere es una elite tradicional. En cambio, en los años noventa el neopopulismo quizás tuvo que buscar esa elite contra la que estar, porque en muchos casos le costaba enemistarse con una elite económica que lo estaba apoyando. Muchas veces la prensa puede pasar a ser esa elite a la que atacar; la academia puede

pasar a ser esa elite a la que atacar; la cultura, los intelectuales, las organizaciones internacionales, las organizaciones regionales... Elites no faltan; faltan olas suficientes para poder decir lo que es. Es difícil hoy hablar de patrones.

Pero en términos generales aquellas categorías que delineé (que, por supuesto, están tomadas de otros autores y expertos que han escrito y que saben mucho más de lo que yo he escrito o planteado) definen que esas categorías se encuentran presentes en la mayoría de los casos. Y por lo menos en los casos que yo he visto entiendo que están presentes.

—Para concluir, estamos de acuerdo en que el populismo constituye una amenaza, un desafío para quienes creemos en la democracia representativa y somos republicanos. Entonces, ¿qué hacer? ¿Cuál es el antídoto, cuál sería la estrategia para enfrentar esos movimientos que rápidamente parecen tan atractivos para enfrentar problemas actuales?

—Lo dijiste muy bien, desde el punto de vista de cómo el populismo o la amenaza populista carcome la democracia. Pero ver el populismo como un autoritarismo claro nos puede llevar a un pesimismo tal que no nos permita accionar. En el populismo se encuentran presentes ciertos elementos que hay que fortalecer. Desde ese punto de vista, cuando la sociedad civil, las organizaciones de distintos países o las organizaciones regionales ayudan a fortalecer esos elementos que aún se encuentran presentes en los regímenes populistas, ello les permite permanecer dentro de ese *equipo* que llamaríamos democracia.

Por un lado diría que no hay que darlos por perdidos. Esos regímenes aún están dentro del marco de lo posible. Por ende, se necesita contener el problema, no necesariamente ir al choque al cien por ciento. Hay que buscar la manera de contener, atraer y dejarles la posibilidad constante de salida hacia el lado democrático.

Por el otro lado, no dejar de condenarlos. La normalización es el otro elemento que nos puede llevar a fracasar. Cuando el populismo se torna normal en una sociedad, podemos entender que la democracia está carcomida a tal punto que se hace muy difícil volver atrás. Lo vemos en algunos países de la región: el ciudadano no cree que sea posible un gobernante distinto. Empiezan a aparecer expresiones como «Si no es de esta manera, en nuestro país no puede funcionar». Es algo muy similar a lo que pasa con la corrupción en muchos casos. «Si no es así, no gobierna»; «Es necesario»... Lo damos como un elemento legítimo.

Yo trabajo mucho el concepto de legitimidad, de legitimidad internacional, y los regímenes populistas no pueden recibir legitimidad internacional en lo que hacen; es decir, es necesario condenarlos cuan-

do llevan a cabo acciones que entendemos cercanas a lo autoritario o que se van por fuera de la democracia. Pero al mismo tiempo que no pueden recibir legitimidad internacional, no tenemos que darlos por perdidos. Debemos mantener el diálogo abierto, debemos intentar atraerlos, debemos tratar de trabajar junto con la sociedad civil de esos países para que ayude a mantener esas bases dentro del país.

En tercer lugar, la comunidad internacional tiene que tener mucho cuidado, porque en cierto sentido el mayor peligro del populismo puede ser el de la epidemia. Cuando no se lo contiene a tiempo en un caso, se tiende a generar modas, *trends*, que llevan hacia otros lugares. Desde ese punto de vista, la sociedad internacional tiene la capacidad no solo de condenar esas acciones, no solo de intentar atraer cuando todavía cree que es posible, sino también de observar dónde puede estar surgiendo esa epidemia e intentar contenerla a tiempo. Esa es la mejor manera, a mi entender, de luchar contra este peligro, este desafío (prefiero hablar de desafío) llamado populismo.

AP

Entrevista realizada en Montevideo por Agustina Carriquiry y Manfred Steffen

Cuba después de Castro

—» **GUILLERMO TELL AVELEDO**

**Doctor en Ciencias
Políticas. Profesor en
Estudios Políticos,
Universidad
Metropolitana, Caracas.**

Fidel Castro, tras diez años de una agonía casi clandestina, fallece dejando tras de sí una ambivalente opinión mundial. Celebrado como un héroe nacionalista y antiimperialista entre algunos, la aceptada maquinaria de elogios eleva a gestas grandiosas las políticas revolucionarias cubanas en alfabetización, salud, deporte, así como las luchas contra el colonialismo en el tercer mundo.

Pero tras el elogio sentido y las condolencias globales, la faz de la denuncia emerge: Fidel Castro lideró uno de los regímenes dictatoriales más

longevos de la historia contemporánea y, teniendo en sus manos el poder de revertir la trágica historia del autoritarismo en Cuba, optó por consolidar su poder personal en la búsqueda de una elusiva utopía que paulatinamente ha sido abandonada por el pragmatismo autoritario de sus herederos, pero cuyas secuelas negativas se proyectarán durante décadas en la región y el mundo.



AP

Fidel junto a Raúl Castro durante una sesión de la Asamblea Nacional
Anónimo, vía Wikimedia Commons

El largo funeral de Fidel Castro

El *jeep* que transportaba las cenizas de Fidel Castro en su recorrido luctuoso sufrió desperfectos al llegar a Santiago de Cuba, destino final del extinto líder cubano. Parecía irónica advertencia de realidad ante las organizadas exequias, como metáfora acerca de la construcción del socialismo revolucionario: ningún plan, por excelente que sea en sus objetivos y propósitos, puede descontar los imponderables y la variabilidad humana.

Como fuese, el gobierno de la isla se esforzó en hacer de los funerales un evento que, más que culminación revolucionaria, era de confirmación y relanzamiento del dominio establecido en 1959. Acompañaba

a la urna un libro de condolencias, como es costumbre, junto con otro libro donde se planteaba a los ciudadanos cubanos la opción de reafirmar la concepción de irreversibilidad del socialismo promulgada por Fidel en el año 2000. No podía decirse, tampoco, que la sometida isla fuera un reino ermitaño, aislada del ojo mundial; al evento asistieron múltiples jefes de Estado —especialmente de los aliados latinoamericanos y africanos—, emisarios de viejas amistades del socialismo real y dignatarios de un Occidente que ve al gobierno de los Castro con una mezcla de admiración y aprensión, pero entre los que, en el fondo, se ha trocado la apreciación ideológica de la guerra fría por el pragmatismo de la globalización que ha hecho aceptables múltiples autoritarismos. Se celebraba en cada comunicado la presencia histórica del caudillo socialista, nacido en Birán en 1926, como campeón del anticolonialismo, el antiimperialismo y la justicia social en el Sur global, pero también se señalaba cómo Cuba se iba abriendo al mundo, paulatina y controladamente, manteniendo su peculiar excepcionalidad (Pérez-Stable, 2016, pp. 101-113).

No era este el debut en la sociedad global de Fidel Castro, quien entró y participó en la historia mundial más allá que lo que debía el jefe de una minúscula nación caribeña. La victoria revolucionaria a pocas millas de los Estados Unidos, la crisis de los misiles de 1962, la superación de los intentos de invasión y asesinato, la asistencia cubana a la agenda subversiva de la segunda mitad de la guerra fría, y la épica intercontinental de las guerras de Angola y Namibia potenciaban la atención de la academia sobre la isla. La atención de los estudios latinoamericanos —típicamente dirigidos a los colosos Argentina, Brasil y México— tenía en Cuba un centro de estudios interesante, y el régimen se encargaba de reforzar esa narrativa cuidadosamente calculada, con sus presuntos éxitos deportivos, culturales y de salubridad. Si los viejos socialismos eran deprimentes y agobiantes, la Revolución cubana representada en su hirsuto jefe, ataviado permanentemente con sus fatigas de guerrillero, los convirtió en un reservorio de romanticismo jacobino. Su violencia totalitaria se atribuía a su juventud.

Así se mantendría durante décadas hasta que la estrepitosa caída del bloque soviético y el milagro político de 1989 obligasen a Cuba a modificar su imagen: ya no era la punta de lanza de la revolución mundial en Occidente, sino la pequeña nación resistente y sobreviviente ante las mayores amenazas. Castro cambió el uniforme por el traje de negocios y, con su sorpresivo retiro a los ochenta años de edad, por el traje deportivo. Los funerales de Fidel no comenzaron en el 2016: su aislamiento físico —convertido su hogar en punto de peregrinación como el del anciano Mao, y sus palabras en la única crítica oficial acep-

tada al reformismo de Raúl Castro— funcionó como un prolongado canto del cisne. Hoy, a meses de su fallecimiento y pese a las disposiciones testamentarias que impiden el establecimiento del culto a la personalidad, los medios oficiales cubanos, únicos agentes lícitos de socialización, repiten las abundantes advertencias del viejo jefe, más como gesto ritual que con celo doctrinario.

La resiliencia totalitaria

El balance de la Revolución cubana, pese a sus iniciales esperanzas, termina siendo el del fatídico sino autoritario del Caribe, convirtiéndose en su definitivo arquetipo: con una nación históricamente dividida, escondida tras una propaganda fastuosa y asistiendo a los diversos autoritarismos de la región. Castro traicionó una causa justa y una idea extraordinaria: no la del socialismo estalinista, sino la de las luchas populares por una mayor democracia y una sociedad más abierta, y la trocó por la tiranía más prolongada del mundo contemporáneo, que ha postrado a una nación entre la nostalgia de viejos autoritarismos o la abulia política y el cinismo. El férreo dominio político será la marca real del régimen, independientemente de su sistema socioeconómico o su cambiante fuente de legitimidad.

Esto no solo no era inevitable, sino que muestra una tenaz capacidad de mantener su control. ¿Cómo es que el gobierno cubano no cayó con el socialismo histórico entre 1989 y 1991? La respuesta usual entre los sorprendidos analistas es que en Cuba había un dominio personalista que, junto con su geografía, la protegía más de lo que podían hacerlo los tanques del Pacto de Varsovia a las naciones de Europa del Este. Las carencias materiales del período especial tenían como válvula de escape las remesas extranjeras y la cercanía con la Florida, y la ola de democratización de América Latina y el África neutralizaba el peligro geopolítico del liderazgo cubano (Domínguez, 1993, pp. 97-107). Se descontaba que por una parte la Revolución gozaba aún de una importante, aunque residual, legitimidad histórica, y que además era un régimen que iba más allá de la figura de Fidel Castro.

La prueba de este aserto está en el proceso posterior al retiro —¿voluntario?— de Fidel Castro y el cuidadoso enroque llevado a cabo por su

« Castro traicionó una causa justa y una idea extraordinaria: no la del socialismo estalinista, sino la de las luchas populares por una mayor democracia y una sociedad más abierta, y la trocó por la tiranía más prolongada del mundo contemporáneo »

hermano Raúl, jefe histórico e inamovible de las fuerzas armadas revolucionarias. Raúl consolidó el control de la vieja guardia militar sobre los enclaves de negocios y adquisición de recursos del Estado cubano con el exterior. El general devenido en presidente dio una especie de *golpe seco* (Hitchens, 2006) que desplazó el ascenso paulatino de la nueva guardia venida de la burocracia y el Partido Comunista, defenestradas sus figuras más resaltantes en un episodio, si bien incruento, no exento de la sospecha propia del estalinismo. Al remover del Consejo de Estado a figuras más jóvenes, como los civiles Carlos Lage y Felipe Pérez Roque, caracterizados como *indignos* y *negociantes*, se reforzó como fuente de legitimidad el sacrificio histórico de la generación fundadora.

Evidentemente, esta generación tiene límites biológicos inexorables, pero la marca de sospecha hacia una jefatura más independiente inhibiría designios personales en una estructura de mandato colectivo. No es el actual vicepresidente, el ingeniero Miguel Díaz-Canel, una figura con luz propia ni objetable por alguna heterodoxia: ascendido en el sistema de jerarquía del Partido Comunista y la estructura del Estado, no parece presentar ni retos ni esperanzas de cambio y es, además, una pieza entre decenas de cuadros fácilmente sustituibles. La herencia dinástica, por otro lado, no se asoma con certeza: los hijos de los diversos matrimonios de Fidel tienen la fortuna y la esfera de influencia suficiente para mantener su ambición particular. La familia de Raúl Castro provee un panorama más interesante: el coronel Alexis Castro, hijo del presidente, trabaja en la seguridad del Estado, posición preeminente para ascenso e influencia; su yerno, el general Luis Alberto Rodríguez López-Callejas, es pieza clave en las corporaciones económicas dirigidas por las fuerzas armadas. En cualquier caso, de las nuevas generaciones lo mejor que se puede esperar es que no sean ideólogos sino pragmáticos, lo cual no implica mejoras a las libertades civiles de los ciudadanos cubanos. La Unión Soviética no sobrevivió a su único líder genuinamente posestalinista, pero se transformó en un autoritarismo cuasicompetitivo casi sin solución de continuidad. La República Popular China tuvo en su industrialización tras la muerte de Mao la mano firme de su vieja guardia que, al ser sustituida meritocráticamente dentro del Partido Comunista, solo ha reforzado su celo ideológico.

Otro elemento importante para dar cuenta de la resiliencia totalitaria ha sido la asistencia de la Revolución bolivariana en Venezuela al gobierno de La Habana. No solo por los múltiples convenios de alianza técnica y comercial entre ambas naciones, que han dejado un entramado complejo de intercambios, ni por la decreciente asistencia



La Habana, Cuba
Foto: Henryk Kotowski,
vía Wikimedia Commons

AP

económica prestada por el país suramericano, que es equiparable al subsidio soviético, cambiando la dirección de la influencia. Durante décadas, Fidel Castro mantuvo una obsesión con la república venezolana, esperando subvertirla por diversos medios. Su apuesta a largo plazo dio frutos más exitosos de lo imaginado: Venezuela financia la Revolución pero carece de influencia sobre la política interna de la isla, y ha sido, a su vez, agente de Cuba en los foros internacionales a los que esta no accedía, ayudando tenazmente a su reingreso a la Organización de Estados Americanos y creando una estructura de organizaciones internacionales que potencian la autoridad hemisférica de la isla. Es un hecho extraordinario que esta pequeña nación domine, sin que medie una conquista militar, a otro Estado que la supera en dimensiones y riqueza; la explicación está, lo sabemos, en la propia Revolución y sus cultivados nexos históricos con la izquierda autoritaria venezolana y sus agentes, modelo que se proyectó en menor medida en el resto de los herederos regionales, las naciones del ALBA y los partidos del Foro de San Pablo (Romero, 2011, pp. 159-202).

Añadamos a este contexto el desprestigio creciente de la democracia liberal. Cuba logró superar varias olas de democratización y, aunque el pluralismo democrático no está hoy condenado a las ruinas de la historia, parece que también sobrevivirá el fin de la ola *rosada* de gobiernos de izquierda en la región. Varias décadas de comercio con el país caribeño han destruido el tabú de vincularse a su autoritarismo —así como la pertinencia histórica del boicot norteamericano—, y no sería el primer régimen totalitario que logra una «liberalización» económica benéfica a su elite y obsecuente con capitales foráneos, sin que sus dimensiones y potencial económico alarmen en la actual ola de nacionalismo comercial. El régimen cubano ha aprendido que no tiene ya de qué avergonzarse.

«Venezuela financia la Revolución [cubana] pero carece de influencia sobre la política interna de la isla y ha sido, a su vez, agente de Cuba en los foros internacionales a los que esta no accedía»

La sociedad civil en Cuba, hoy

La evidencia de un nuevo orgullo autoritario está en que, pese a las tímidas y precarias aperturas económicas, la represión política ha recrudecido en la última década. La influencia de la apertura política de Estados Unidos y la Unión Europea no ha incidido en mejoras para la promoción de los derechos humanos en la isla. Como informa el Observatorio Cubano de Derechos Humanos (2016):

El 2016 se salda con 9351 detenciones arbitrarias, 5383 contra mujeres y 3968 contra hombres. Estas cifras reflejan el recrudecimiento de la represión con respecto a años anteriores; concretamente en 2015 el Observatorio Cubano de Derechos Humanos (OCDH) documentó 8314 actos de esta naturaleza.

La mayoría de estos arrestos han sido realizados por la policía política para impedir el ejercicio de los derechos de asociación, reunión y manifestación pacífica. Evidenciando, igualmente, el nefasto clima para el desarrollo del trabajo de los defensores de los derechos humanos en la isla.

Entre las organizaciones pacíficas más reprimidas y acosadas por el régimen en 2016 se encuentran la Unión Patriótica de Cuba (Unpacu) y el Movimiento Damas de Blanco (p. 1).

No se trata de un abuso de poder o de una circunstancia excepcional, sino de la naturaleza del régimen revolucionario, y acaso como su idea más dominante.¹ No puede olvidarse que la Constitución de la República de Cuba contiene una prohibición taxativa hacia el pluralismo político y limita el derecho de asociación a las directrices del Estado revolucionario (Partido Comunista de Cuba, 2007). A diferencia de otros autoritarismos regionales, que tienen que armar tinglados institucionales que maquillen su restricción a las libertades civiles, Cuba no las considera relevantes: así, las asociaciones civiles y los partidos políticos que puedan emerger, aun siendo reconocidos

1 «Pero en Bielorrusia, Asia Central, China, Cuba, partes de África y mucho del mundo árabe, quienes están en el poder permanecen atados a la vieja idea bolchevique según la cual las instituciones cívicas independientes son una amenaza al Estado. Esto no deja de ser irónico puesto que, en sus objetivos más importantes, los bolcheviques fracasaron. Nunca lograron realizar una revolución comunista internacional, sus teorías económicas están desacreditadas, y la planificación central ya no existe. Pero las ideas más estrechas de Lenin acerca de la sociedad civil perduran en sitios tan variados como Beijing, Cairo, La Habana, Minsk, Pyongyang y Taskent, demostrando, quizás, que esas eran las ideas más potentes y peligrosas de todas» (Appelbaum, 2016, p. 159).

por internacionales partidistas, son de suyo asumidos como organizaciones criminales, mercenarias y terroristas por la justicia, y sus miembros son sujetos a detenciones y expulsiones ajustadas al derecho de la isla (Torrado, 2003), lo cual disminuye la necesidad de desapariciones forzosas y asesinatos extrajudiciales.

Adicionalmente, es necesario resaltar que la represión ha ido más allá de las asociaciones civiles y defensoras de los derechos humanos, demostrando la verdadera naturaleza de la pretendida liberalización económica, que no puede generar espacios de prosperidad autónomos ni una sociedad civil libre: «el cerco al ciudadano hoy alcanza a sectores [como] los trabajadores por cuenta propia, los vendedores ambulantes, los periodistas alternativos o minorías que ven sus derechos vulnerados a pesar de que la propaganda del régimen indique lo contrario» (Observatorio Cubano de Derechos Humanos, 2016, p. 7). Las aspiraciones de modernización autónoma de la sociedad cubana están vedadas por el dominio autoritario.

Lo más relevante de este panorama es que, en efecto, la existencia de una emergente sociedad civil autónoma y crítica limita las capacidades de democratización que son promovidas por esta. No solo por las marcadas diferencias de criterio político en el exilio cubano, donde la idea dominante de una reversión autoritaria de derechos ha ido decayendo paulatinamente, sino por la desarticulación de los distintos factores de la disidencia cubana. Los esfuerzos renovados en esta dirección, apuntando al establecimiento de una plataforma unitaria de elementos democráticos que incluya a los elementos pluralistas del exilio, los sectores académicos e intelectuales críticos dentro del país y aquellos movimientos internos de protesta que trascienden el clivaje Florida-Cuba, se cuentan entre los más importantes cambios de las últimas décadas, y puede que ayuden a la redefinición de una eventual democratización cubana.²

«Asociaciones civiles y los partidos políticos que puedan emerger, aun siendo reconocidos por internacionales partidistas, son de suyo asumidos como organizaciones criminales, mercenarias y terroristas por la justicia, y sus miembros son sujetos a detenciones y expulsiones ajustadas al derecho de la isla»

AP

2 El Foro Cuba, auspiciado por la ODCA y la Fundación Konrad Adenauer, ha tenido un gran éxito en la declaración en Morelos, «Por una Cuba democrática», firmada en 2015 por miembros de la Unión Patriótica de Cuba (UNPACU), Juventud Activa Cuba Unida (JACU), Foro Antitotalitario Unido (FANTU), la Fundación Nacional Cubano-Americana, el Partido Demócrata Cristiano de Cuba

Estados Unidos, Cuba y Trump

Un elemento que hace más interesante la nueva época de Cuba sin Fidel Castro es el destino de la política de apertura de los Estados Unidos de América hacia la isla. Las negociaciones secretas que llevaron a la visita del presidente Barack Obama en marzo de 2016 no terminaron de definir un nuevo *statu quo* de las relaciones entre ambas naciones, pero parecían indicar un nuevo camino de normalización que, hasta el momento, había conducido a medidas de apertura unilateral de la potencia norteamericana, que disminuyó restricciones comerciales y de tránsito hacia la isla mientras procuraba sin éxito que el gobierno de La Habana disminuyera su represión política y civil.

La elección de Donald Trump como presidente complica esta dinámica. No solo porque había sido crítico de los acuerdos entre Castro y Obama, sino porque había retomado la retórica tradicional para referirse a la política cubana, teniendo entre su plataforma de apoyo a partidarios de la política de mano dura hacia Cuba que ha caracterizado las relaciones entre ambos países desde 1959. Sin embargo, Trump no descartó que continuasen las conversaciones, toda vez que conseguiría «un mejor acuerdo». No queda claro lo que esto quiere decir: las críticas más importantes de legisladores norteamericanos hacia la apertura cubana de Obama consistían en que esta no había logrado ningún cambio político hacia la democratización. Podemos abrigar dudas con respecto al interés de Trump sobre el pluralismo político y la democracia liberal, y su ambivalencia sobre la superioridad moral de este sistema sobre los totalitarismos. Dígase lo que se diga de sus predecesores, Trump es el primer presidente de Estados Unidos en más de un siglo en desestimar esta cualidad peculiar del gobierno norteamericano, abandonando el liderazgo que tenía este país en el mundo libre. Aunque los efectos a largo plazo de esta visión en el sistema político están por verse, no se puede menospreciar la autoridad de la presidencia estadounidense.

Por otro lado, Trump es ante todo un magnate del mundo de los bienes raíces y la construcción. Varias decisiones e interacciones con otros países apuntan a que esos intereses económicos le siguen siendo

(PDC), Solidaridad de Trabajadores Cubanos, Coordinadora Social Democrática de Cuba, Partido Solidaridad Liberal Cubano, Cubalex, Arco Progresista - Nuevo País, el Comité Ciudadanos por la Integración Racial, el Observatorio Cubano de Derechos Humanos, el Consejo de Relatores y Círculos Democráticos, y el Proyecto Democrático Cubano. Véase <www.kas.de/mexiko/es/publications/41846>. Aunque la concertación plena no ha dejado de tener dificultades y desencuentros, es una plataforma que sigue siendo promisoriosa, y las constataciones de esa declaración no han dejado de tener plena vigencia.

esenciales, tanto o más que los intereses de seguridad del Estado. Dado que la apertura económica cubana ha tenido como una de sus piezas fundamentales el desarrollo de infraestructura de puertos y turismo, no sería imposible pensar que esta es un área de potencial acuerdo, con la cual Trump descartaría alterar significativamente una situación política que le conviene económicamente. En este sentido, es notorio que su enviado para la isla no sea un diplomático de carrera sino el abogado de su organización, Jason Greenblatt, quien había promovido los intereses de su conglomerado de industrias en la isla, que no prosperaron por la legislación del boicot norteamericano (Cuba News, 27.1.2017).

El optimismo de la opinión más conservadora del exilio cubano con la elección de Trump puede verse decepcionado prontamente, mientras que los elementos de disidencia democrática cubana deben aprovechar toda ayuda, sin que esta condicione ideológicamente sus objetivos, y mantener una distancia escéptica ante el nuevo mandatario (Chaguaceda, 23.1.2017).

Colofón

El régimen cubano, justa o injustamente, ha fracasado en todos sus objetivos históricos, salvo en el mantenimiento de un implacable dominio político que ha reducido su sociedad civil a la postración y la indiferencia propias de un régimen totalitario, en un proceso de deterioro moral, económico y demográfico que puede ser irreversible. El desmontaje de la autarquía fidelista, con el pragmatismo económico de Raúl Castro y sus potenciales herederos, debe dar lugar a la revisión de las tesis más optimistas del dogmatismo liberal: la apertura económica no ha traído consigo la tan ansiada apertura política.

El castrismo ha sobrevivido a los embates externos y a la carestía interna aferrándose al principio básico de su dominio: el control de las instituciones y la restricción de las libertades civiles y políticas más básicas. Todo lo demás puede cambiar y verse reconfigurado, pero cuando la elite cubana se refiere a la *irreversibilidad del socialismo* está hablando de la continuidad de una elite al frente de esa nación.

Lamentablemente, la historia sonríe a regímenes como el cubano. Su capacidad básica de control está fuera de toda duda, y las alternativas a ese poder son aún incipientes. Sin embargo, es la primera vez en la historia que, pese a su recientemente obtenida respetabilidad, el aura revolucionaria no tiene ya mayor asidero ante gobiernos que son crecientemente pluralistas. América Latina goza de su período de más prolongada democratización y, con ello, se convierte en una de las

pocas regiones del globo donde el ideal pluralista sigue teniendo sentido. Esta ocasión retadora ha de ser aprovechada por los demócratas del continente para presionar a sus gobiernos a promover la superación total del castrismo y apoyar así a la disidencia democrática cubana, una de las causas más justas del mundo actual.

Bibliografía

- APPELBAUM, Anne (2016). «The Leninist Roots of Civil Society Repression», en DIAMOND, Larry, et. al. (comps.). *Authoritarianism goes Global: the Challenge to Democracy*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, p. 159.
- CHAGUACEDA, Armando (23.1.2017). «Los demócratas cubanos y Donald Trump», *La Razón* (México), http://www.razon.com.mx/spip.php?page=-columnista&id_article=335382.
- CUBA NEWS (27.1.2017). «Trump's Cuba Negotiator has Ties to the Island Nation», *Cuba Journal*, <http://cubajournal.co/trumps-cuba-negotiator-has-ties-to-the-island-nation>.
- DOMÍNGUEZ, Jorge (1993). «The Secrets of Castro's Staying in Power», *Foreign Affairs*, 72(2), Spring, pp. 97-107.
- HITCHENS, Christopher (2006). «The Eighteenth Brumaire of the Castro Dynasty: Cuba's military coup marks the end of the revolutionary era», *Slate*, http://www.slate.com/articles/news_and_politics/fighting_words/2006/08/the_eighteenth_brumaire_of_the_castro_dynasty.html.
- OBSERVATORIO CUBANO DE DERECHOS HUMANOS (OCDH) (2016). «Informe Anual 2016 del Observatorio Cubano de Derechos Humanos», Madrid, OCDH, http://observacuba.org/wp-content/uploads/2017/01/InformeDD-HH2016.OCDH_-1.pdf.
- PARTIDO COMUNISTA DE CUBA (2007). *Sistema político cubano: atribuciones, funciones y tareas de órganos del poder popular*. México: Editora Política.
- PÉREZ-STABLE, Marifeli (2016). «Cuban Exceptionalism», en HERSHBERG, Eric, y LEOGRANDE, William (eds.) (2016). *A New Chapter in US-Cuba Relations: Social, Political, and Economic Implications*. Nueva York: Palgrave Macmillan, pp. 101-113.
- ROMERO, Carlos A., (2011): «Cuba y Venezuela: La génesis y el desarrollo de una utopía bilateral», en AYERBE, Luis Fernando (2011). *Cuba, Estados Unidos y América Latina frente a los desafíos hemisféricos*. Buenos Aires: CRIES (Barcelona), Icaria, pp. 159-202.
- TORRADO, Fabio R. (2003). *Los derechos humanos en el sistema político cubano*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

DOSSIER:
JÓVENES Y POLÍTICA



Jóvenes y política

«Los millennials somos la generación más politizada y comprometida en muchas décadas y, en un afán virtuoso, intentamos politizar por el bien de todos cualquier ámbito, por más privado que sea», decía Diana Kinnert, joven alemana en la última edición de DIÁLOGO POLÍTICO.

¿Los jóvenes tendrán la fuerza para enfrentar los nuevos escenarios en un marco de creciente incertidumbre?

¿La política será un ámbito de encuentro y debate para mejor gestión de la cosa pública?

¿Qué acciones deben tomar los partidos políticos para atraer a los jóvenes a participar?

En este *dossier* ofrecemos testimonios y propuestas de jóvenes políticos y académicos latinoamericanos.

Manifestación estudiantil
en Milán, 2016

Foto: Eugenio Marongiu, Shutterstock.com



¿Qué sienten los jóvenes latinoamericanos sobre la política?

—» **IGNACIO ZUASNABAR**

Consultor político y analista de opinión pública. Director del Área de Opinión Pública de Equipos Consultores, Montevideo, Uruguay.

—» **INÉS FYNN**

Licenciada en Sociología por la Universidad Católica del Uruguay. Docente e integrante de equipos de investigación en la misma universidad.

Introducción

El presente artículo analiza las miradas de los jóvenes latinoamericanos sobre la política, los partidos, la democracia y las nuevas formas de participación. Luego de una revisión teórica de los principales argumentos y líneas explicativas en torno al problema, el artículo presenta (de modo preliminar) información inédita del proyecto *Living Politics*, un programa de investigación de la Fundación Konrad Adenauer que analiza la forma en que los jóvenes lati-

noamericanos están viviendo la política en estos tiempos de cambio del siglo XXI.

Los jóvenes y la política

Desde hace algunas décadas en todo el mundo, la participación de los jóvenes en política ha sido foco de discusión en diversos ámbitos. En este sentido se ha afirmado que ya no participan en política con la misma intensidad con que lo hacían los jóvenes de generaciones anteriores.

Si bien las explicaciones de este fenómeno son variadas, en la teoría contemporánea se encuentran dos principales: la modernista y la posmodernista (Stolle y Hooghe, 2004). La primera centra su argumento en la desafección ciudadana, mientras que la segunda habla sobre un desplazamiento cultural y un cambio en las modalidades.

La postura modernista, de comienzos del siglo XXI, tiene sus raíces en la teoría sobre el deterioro del capital social de Robert Putnam (2000), quien observa un debilitamiento de la comunidad que expone al riesgo a la cultura política y a la democracia en sí misma. A partir de este concepto de erosión del capital social, se plantea la existencia de procesos de desafección política (Soule, 2001; Norris, 2003; Torcal, 2000; Torcal y Montero, 2006) que afectan a las sociedades en su conjunto, pero que «resalta[n] y se destaca[n] en el mundo juvenil, básicamente por considerar que el sistema político no los representa y no incorpora sus intereses» (Sandoval y Baeza, 2010: 265). Se trata, entonces, de una situación de

desencanto con lo público que implica un distanciamiento, acompañado por una pérdida de confianza en las instituciones políticas.

» La corriente teórica posmoderna, en cambio, explica que los jóvenes no se encuentran en una situación de apatía frente a los asuntos políticos y que la participación no ha disminuido, sino que ha cambiado «

Algunos autores han establecido que la apatía que manifiestan los jóvenes respecto a las instituciones políticas es proporcional al desinterés que dichas instituciones muestran por sus problemáticas y preocupaciones (Rodríguez, 2001). Esto sucede pues el sistema político y sus instituciones están pensados desde una lógica adultocéntrica que no genera espacios para que los jóvenes puedan participar e incidir en las decisiones (Brussino, Rabbia y Sorribas, 2009). En definitiva, según el planteo de la desafección política, se presenta una ruptura de las formas tradicionales de participación de los jóvenes.

La corriente teórica posmoderna, en cambio, explica que los jóvenes no se encuentran en una situación de apatía frente a los asuntos políticos y que la participación no ha disminuido, sino que ha cambiado: los jóvenes han encontrado otras modalidades de participación diferentes de las tradicionales.

De esta manera, el hecho de que los niveles de participación política sean más bajos entre los jóvenes actuales se explica por un problema de la conceptualización y, consecuentemente, de la medición del fenómeno. Arias-Cardona y Alvarado (2014, p. 587) afirman que es necesario redefinir lo que se piensa y practica como política, y que esto «implica un momento de ruptura y renovación del orden social», que pasa de una concepción estadocéntrica a una sociocéntrica.

¿Una falsa oposición?

Varela, Martínez y Cumsille (2015) postulan que para entender la participación política de los jóvenes es necesario avanzar en modelos multidimensionales del comportamiento cívico, más allá de la participación política convencional. Los autores explican que el comportamiento o compromiso cívico «refiere a valores, creencias, actitudes, sentimientos, conocimientos, habilidades y comportamientos asociados con situaciones fuera del ámbito familiar y de amigos, que pueden expresarse en el ámbito público, del mercado, civil, personal o político» (Varela, Martínez y Cumsille, 2015, p. 732). Estos autores destacan que para estar hablando de compromiso cívico es necesario que exista algún tipo de motivación o colaboración hacia determinados grupos de la comunidad o para el bien común de la sociedad.

Esta postura no descarta el planteo de la desafección política; de hecho, algunos autores la utilizan como uno

de los factores que explican las nuevas formas de participación. Rich, Edelstein, Hallman y Wandersman (1995) sostienen que las estructuras sociales y políticas presentan barreras para los jóvenes, que dificultan el proceso de empoderamiento y los obligan a buscar otras alternativas de participación. Sin embargo, estas dos corrientes teóricas se diferencian fuertemente en lo que respecta a la relación de los jóvenes con el sistema democrático. Los modernistas interpretan que el crecimiento de una nueva generación de ciudadanos críticos representa una amenaza para la democracia, mientras que los posmodernistas consideran que se trata de un síntoma de madurez de los sistemas políticos (Stolle y Hooghe, 2004, p. 150).

De todos modos, la concepción posmoderna sobre la participación implica que la participación política tradicional forma parte del compromiso cívico, por lo que «no debemos entender estas nuevas formas de compromiso emergentes como contradictorias o sustitutas de las bases más institucionales de la democracia, sino más bien como complementarias y necesarias, cada una para su distinto cometido» (Hernández, 2011, p. 107).

¿Cómo son estas nuevas formas?

Las nuevas formas de participación son también explicadas por algunos autores a partir de cambios culturales y de valores propios de la posmodernidad que no siempre es posible desarrollar en los formatos tradicionales de participación política (Stolle y Hooghe, 2004; Ingle-

hart, 1997). En este sentido se destacan la demanda por la horizontalidad y la participación directa en la toma de decisiones, así como la búsqueda de resultados inmediatos (Mieres y Zuasnabar, 2012). Al respecto, Carrano (2012, p. 24) explica que los jóvenes «adhieren a acciones colectivas que les permitan controlar los procesos decisorios, y cuyos resultados no sean postergados para un futuro lejano».

Las modalidades alternativas de compromiso cívico se caracterizan por ser horizontales y flexibles, con estructuras informales, con causas más orientadas hacia la vida cotidiana, en las que el límite entre lo público y lo privado queda difuso, las formas de implicación son menos colectivas, las manifestaciones suelen ser espontáneas e irregulares y tienden a incorporar y utilizar los nuevos medios de comunicación e información (Hernández, 2011). En definitiva, se trata de «redes informales construidas para fines concretos e inmediatos, más que a través de organizaciones formales y fuertemente estructuradas» (Garcés, 2010, p. 66).

Es importante destacar el creciente rol que algunos autores otorgan a las redes sociales en las nuevas modalidades de participación política. Incluso se considera que las redes han cambiado el significado de la participación, pues están incentivando el compromiso y consiguiendo que jóvenes que no se movilizaban fuera de ellas pasen a la acción (García, Del Hoyo y Fernández, 2014). De hecho, estos autores proponen superar la dicotomía entre el *on-line* y el *off-line* a la hora de estudiar la participación política, ya que los

jóvenes en su cotidianidad la han eliminado y no es posible desasociar sus comportamientos en el mundo *off-line* del *on-line* y viceversa.

Entonces, considerando la existencia de formas alternativas de participación y tomando como referencia a Álvaro Martín (2006, p. 4), resulta razonable utilizar una concepción de participación política que «incluya todas las formas disponibles para los ciudadanos». Este autor plantea cuatro tipos de participación:

1. la electoral (voto);
2. la de calle (manifestaciones y acciones directas);
3. la persuasiva (firma de peticiones, contactos con políticos y con medios de comunicación), y
4. la participación a través de partidos políticos (afiliación) (Martín, 2006, p. 6).

» Se destacan la demanda por la horizontalidad y la participación directa en la toma de decisiones, así como la búsqueda de resultados inmediatos «

América Latina

América Latina no escapa a esta situación: las formas de participación política de los jóvenes han cambiado. En un breve repaso sobre la historia reciente del continente, los jóvenes han pasado de organizaciones con estructuras sólidas y formales a través de partidos

políticos, movimientos guerrilleros, organizaciones estudiantiles e incluso sindicatos, a formas de organización más horizontales, espontáneas e informales (Reguillo, 2003).

Las nuevas generaciones de latinoamericanos han sido socializadas en contextos políticos y económicos muy diferentes de los de las generaciones anteriores. Las anteriores se socializaron políticamente en medio de democracias débiles alternadas con regímenes militares, con períodos de fuertes crisis económicas y bajo la tónica bipolar de la guerra fría, mientras que las nuevas generaciones lo han hecho en democracias sostenidas (aunque imperfectas y en algunos casos neopopulistas) y en general en crecimiento económico. En este sentido no es sorprendente que sus problemas, necesidades, enfoques e incluso sus formas de vincularse con la sociedad —no solo en lo que respecta a la política y lo público, sino en la vida en general— sean diferentes.

Con el objetivo de caracterizar estas nuevas modalidades de compromiso cívico en América Latina, Dina Krauskopf (2000) plantea la existencia de dos paradigmas: la vieja participación y las nuevas prácticas políticas. En el viejo paradigma, las identidades colectivas están basadas en parámetros socioeconómicos y político-ideológicos, mientras que en el nuevo paradigma se basan en parámetros de índole ético-existenciales. En lo que respecta a las causas de la participación, las nuevas modalidades comprenden que el cambio social está dado por la mejora en las condiciones de vida del colectivo, que se logra a través de los

cambios en la vida cotidiana de las personas, mientras que, según el viejo paradigma, los cambios en la vida de los individuos se logran a partir de modificaciones en la estructura social. Además, la espacialidad cambia, ya que en el nuevo paradigma se piensa en lo global pero se actúa en lo local, mientras que en el viejo paradigma el centro del mundo se encuentra en lo local pero se actúa en las estructuras globales, buscando de ese modo cambios colectivos. La temporalidad de las acciones también es diferente: mientras que las viejas formas de participación se plantean metas a largo plazo, las nuevas formas buscan efectividad a corto o mediano plazo, es decir, metas palpables.

Por último, en lo que respecta a los modos de actuar, en el nuevo paradigma se prioriza la participación individual; la organización es horizontal, desinstitucionalizada y los vínculos son flexibles; la composición de estas organizaciones es heterogénea y sus integrantes accionan de forma autónoma, ya que «a las juventudes no les interesa ser hegemónicas por grupos específicos» (Krauskopf, 2000, p. 130). Las organizaciones en el viejo paradigma, por su parte, son piramidales, centralizadas, y la participación es altamente institucionalizada.

Es importante advertir que esta diferenciación entre el viejo y el nuevo paradigma pretende destacar características que no son excluyentes. Ambas modalidades de compromiso cívico están vigentes en la realidad latinoamericana y de hecho no solo conviven en las formas de participación, sino aun dentro de una misma organización.

Esta convivencia de paradigmas se da tanto porque se trata de un proceso de cambio como también por la heterogeneidad de la juventud latinoamericana. Varios autores han planteado que la participación política está desigualmente distribuida en las sociedades de América Latina porque los recursos necesarios para participar —tiempo, dinero y habilidades cívicas, entre otros— están asociados a variables sociodemográficas como el nivel socioeconómico o el nivel educativo (Verba, Scholzman y Brady, 1995; Verba, Scholzman, Brady y Nie, 1993). Además, la globalización ha abierto nuevos frentes de desigualdad en lo que respecta al acceso a la cultura-mundo (Reguillo, 2003). En este sentido, «la separación de los jóvenes ciudadanos “conectados” al mundo por la vía de las nuevas tecnologías y los que permanecen al margen de esta posibilidad constituirá a más corto que largo plazo entre los jóvenes el punto de quiebre entre los incluidos y los excluidos del “nuevo” mundo global» (Reguillo, 2003, p. 24).

Entonces, considerando que los jóvenes no son homogéneos ni constituyen un grupo social cerrado, Reguillo propone replantear el concepto de ciudadanía juvenil en América Latina teniendo en cuenta las realidades sociales del continente. Así plantea una *ciudadanía policéntrica* que implica la concepción del individuo en la relación entre su pertenencia a la sociedad y el proyecto sociopolítico.

En definitiva, para el estudio del compromiso cívico de los jóvenes latinoamericanos es necesario considerar

dos dimensiones principales. Por un lado, la existencia de dos paradigmas de participación política que conviven no solo en las sociedades sino también en las organizaciones. Y, por otro lado, las disparidades entre los jóvenes pautadas particularmente por la desigualdad en la distribución de los recursos necesarios para participar.

Además, para comprender las heterogeneidades en las sociedades latinoamericanas resulta interesante considerar la teoría del cambio de valores desarrollada por Ronald Inglehart (2004, 2010), que explica cómo las sociedades transitan de estructuras de valores modernos a posmodernos. Esta transición implica que se erosionen los valores materialistas asociados a la supervivencia —en los que el objetivo principal es el crecimiento económico— y comiencen a aparecer valores que se vinculan con la autoexpresión, el bienestar individual, la calidad de vida y la autorrealización.

«Ambas modalidades de compromiso cívico están vigentes en la realidad latinoamericana y de hecho no solo conviven en las formas de participación, sino aun dentro de una misma organización»

La teoría del cambio de valores adquiere relevancia para comprender las diversidades de la juventud latinoamericana, pues se ha demostrado que la

transición hacia valores posmodernos no se da de forma homogénea dentro de las sociedades. En particular, este proceso tiene una relación positiva con el nivel educativo: los más educados tienden a tener valores posmaterialistas, pues están mejor informados y más expuestos a distintos tipos de comunicación (Inglehart, 1977, p. 85).

Como se ha mencionado, hay autores que vinculan las nuevas formas de participación política con cambios culturales y de valores propios de la posmodernidad. Entonces, considerando que existe una variedad en las estructuras de valores de los jóvenes latinoamericanos —que se vincula con las desigualdades dadas por las variables sociodemográficas—, es esperable encontrar diferencias en los modos de participación política.

¿Cómo viven y sienten los jóvenes latinoamericanos la política?

Más allá de lo teorizado sobre el asunto, parece claro que algunos de los paradigmas clásicos para entender el fenómeno de la participación política están —en el mejor de los casos— en revisión. Y si se trata de la participación política juvenil, probablemente más. Cuando hay modelos teóricos débiles, es necesario volver a tomar contacto con la realidad.

¿Qué dicen los jóvenes a todo esto? ¿Cómo están viviendo esta etapa de la vida política del continente que se combina con cambios tecnológicos y culturales de relevancia? El proyecto

Living Politics, desarrollado por la Fundación Konrad Adenauer, pretende responder estas interrogantes. Muchos autores reflexionan y formulan hipótesis sobre qué está ocurriendo con los jóvenes y la política, pero ¿cuántos los están escuchando? «No me hablen más de él, no me hablen más por él, que yo lo veo en cada esquina y lo escucho en el café», reza una frase de la canción *El hombre de la calle*, del compositor uruguayo Jaime Roos.

Tomando ese espíritu, el proyecto *Living Politics* aborda la realidad de los jóvenes del continente a partir de escuchar de primera mano sus propias experiencias. Más allá de tomar algunos elementos cuantitativos de estudios existentes, el foco de la investigación es cualitativo, con 40 jóvenes entrevistados en 10 ciudades de 5 países latinoamericanos.

Como cierre de este artículo, se presentan algunos hallazgos preliminares de la investigación aún en curso, que pueden enriquecer la comprensión del problema poniendo sobre el tapete la mirada de los propios jóvenes.

Cuando se analiza la realidad con las herramientas cuantitativas clásicas, hay relativamente poco asidero para la idea de que los jóvenes se interesan y/o participan menos en política que las generaciones anteriores. De hecho, como muestra la siguiente tabla de Latinobarómetro, el interés en la política manifestado por los jóvenes del continente es relativamente bajo, pero muy similar al del conjunto de la población en el total de los 18 países que son parte del estudio.

Tabla 1. ¿Cuán interesado está usted en la política?

	Jóvenes	Total de la población
Mucho	8	9
Bastante	20	20
Poco	32	29
Nada	38	40
Ns/Nc	1	1
Total	100	100

Fuente: Latinobarómetro 2013.¹

Grosso modo, a un tercio de los jóvenes (28 %) la política le interesa «mucho» o «bastante», a otro tercio (32 %) le interesa «poco» y al tercio mayor (38 %) la política directamente no le interesa «nada». Por tanto, cuando alguien apunta que muchos jóvenes latinoamericanos no se ven muy seducidos por la política, los resultados muestran que tienen bastante razón. El punto es que esta situación no es una característica de los jóvenes, sino del conjunto de la sociedad; no existen diferencias intergeneracionales en este asunto. Por tanto, el dedo inquisidor puesto en la juventud parece equivocado. Sí es claro que las formas de canalizar esta participación son muy distintas. En consonancia con lo señalado en los puntos anteriores, los jóvenes están menos involucrados con los partidos políticos y, en cambio, más orientados a expresarse y participar por otras vías.

En la fase cualitativa, durante 2016 el proyecto *Living Politics* realizó 40 entrevistas a jóvenes de cinco países del continente (Argentina, Brasil, Mé-

xico, Perú y Uruguay)² y les preguntó cómo vivían y sentían la política, los partidos y la democracia. Los hallazgos son de diversa índole, y por tratarse de una investigación en marcha aún hay líneas de trabajo abiertas, pero pueden adelantarse algunos elementos.

Los resultados permitieron identificar al menos cuatro tipos definidos de jóvenes en su aproximación a la política: a) militantes tradicionales; b) militantes alternativos; c) interesados no participantes; d) no interesados. Estos grupos parecen trascender fronteras: en todos los países estudiados existen jóvenes que reflejan estos perfiles —más allá de que varíe la relevancia de unos grupos sobre otros según el país—. Los cuatro representan intereses, modalidades y sentimientos distintos frente a los asuntos políticos y son reflejo de la diversidad que existe entre los jóvenes del continente en las formas de vivenciar la política.

El primer grupo, el de los *militantes tradicionales*, es probablemente el más

1 Se presentan datos de 2013 porque fue el último año en que Latinobarómetro incluyó esta pregunta en su estudio.

2 En una segunda etapa, en 2017, el proyecto incluirá Bolivia, Chile, Colombia, Honduras y Venezuela.

conocido por los actores políticos. Son jóvenes que se interesan por la vida política y se involucran directamente en ella por vías tradicionales, típicamente la militancia partidaria. A veces este grupo de jóvenes se pierde de vista en la investigación sobre participación, ya que la agenda tiene un foco importante en la exploración de las formas no tradicionales; pero la realidad es que en todos los países del continente hay jóvenes que participan y se involucran en los partidos políticos de formas más o menos convencionales. Esta es una etapa de convivencia de paradigmas, en la que la explosión de nuevas formas de participación no ha eliminado las viejas. No todos los jóvenes que militan en partidos están plenamente conformes con el espacio que ocupan en las estructuras, y el conflicto intergeneracional es frecuente, pero aun así el espacio de participación de estos jóvenes continúa siendo esencialmente partidario. Muchos de los jóvenes que integran partidos también han incorporado en forma paralela los nuevos mecanismos de participación, aunque estos en general son subsidiarios a su vínculo partidario.

El segundo grupo, de los *militantes alternativos*, está conformado por jóvenes interesados e involucrados en la política, pero que participan por canales diferentes a los partidos. Además, en general son explícitamente críticos de los partidos políticos. En algunos casos critican un funcionamiento relativamente hermético, vertical y sin integración real de los jóvenes. En otros, emiten juicios mucho más duros y califican a los partidos directamente

como maquinarias clientelares o de corrupción. A estos jóvenes no les interesa canalizar sus intereses por las vías tradicionales.

Este grupo incluye al menos tres subgrupos: aquellos que participan en organizaciones de la sociedad civil de forma regular, aquellos que se involucran con causas puntuales o en marchas y protestas pero que no asumen compromisos permanentes, y aquellos que participan principalmente expresando opiniones a través de las redes sociales. Cada uno de estos subgrupos tiene características distintas, pero comparten dos elementos: el interés por involucrarse en lo político y la resistencia a hacerlo a través de los partidos. Por otra parte, estos subgrupos no son *puros*, sino que muchas veces se superponen.

Los *interesados no participantes* son jóvenes que tienen interés por lo que ocurre en la vida política y la siguen con relativa atención; sin embargo, por distintas circunstancias no han incursionado en participar, o lo han hecho muy esporádicamente. Algunos de ellos han explorado las vías partidarias u otras formas de participación alternativas, pero han terminado relativamente desilusionados. Así, varios cargan con cierto componente de frustración. Las miradas críticas hacia los partidos son igual de intensas (y en algunos casos más) que en el segmento anterior. En este grupo se percibe incluso cierta dosis de pesimismo sobre la posibilidad de modificar la realidad a través de cualquier forma de participación. En otros casos, la no participación está condicio-

nada por factores de la vida real, ya sea por la decisión de priorizar otras áreas de desarrollo (como el estudio) o por necesidad. Si bien los temas públicos les interesan, no se encuentran entre sus prioridades en términos de dedicación de tiempo.

Por último, los *no interesados* constituyen quizá el grupo más homogéneo. Son jóvenes que no tienen interés ni involucramiento político alguno. El desarrollo de sus vidas pasa esencialmente por satisfacer sus necesidades o intereses del ámbito privado y familiar. El escepticismo y la desconfianza sobre lo político es la actitud predominante en buena parte de este grupo, y la mirada crítica no se limita a la política en términos genéricos o los partidos en particular, sino que a veces también incluye al sistema democrático en su conjunto. En muchos casos, además, las circunstancias de vida que enfrentan hacen difícil pensar que puedan involucrarse en asuntos más amplios. Muchos jóvenes en el continente provienen de hogares de escasos recursos, tienen responsabilidades laborales desde muy jóvenes o son padres o madres tempranamente, y a estos les resulta difícil enfocarse en los asuntos públicos. Aunque no todos los desinteresados están en esta situación, se trata de un segmento más vulnerable desde el punto de vista socioeconómico, que en general se siente poco integrado a la marcha de la sociedad y percibe pocas oportunidades de crecimiento futuro. Probablemente es el segmento más desafiante que tiene la política latinoamericana en términos de representación política.

« La amenaza a las formas tradicionales de participación es una realidad, y encontrar los caminos adecuados para encauzar la situación requerirá mucho esfuerzo de los partidos políticos y el propio Estado »

En balance

América Latina es un continente con similitudes culturales entre muchos de sus países, pero en el que también existen profundas diferencias. Estas disparidades no solo se dan entre países, sino también dentro de ellos. El análisis de cómo los jóvenes sienten y se aproximan a la política no escapa a este contexto general.

Si algo queda claro de la primera etapa de trabajo del proyecto *Living Politics* es que no es sencillo generalizar sobre jóvenes y política en América Latina. La problemática tiene muchas aristas. Los jóvenes se involucran en política de muy distintas formas, condicionados por sus historias de vida, su situación económica, la educación a la que pudieron acceder, las visiones sociales predominantes sobre la política en su país y la influencia de sus amigos.

Sí parece claro que muchas están cambiando, impulsadas por transformaciones culturales y tecnológicas, y probablemente el proceso continuará.

La amenaza a las formas tradicionales de participación es una realidad, y encontrar los caminos adecuados para encauzar la situación requerirá mucho esfuerzo de los partidos políticos y el propio Estado. El punto positivo es que, contra lo que algunos presumen, muchos jóvenes latinoamericanos dedican un enorme caudal de energía y entusiasmo a manifestarse en el plano político. Y esto es un activo muy importante para la salud política del continente.

Bibliografía

- ARIAS-CARDONA, A. M., y S. V. ALVARADO (2015). «Jóvenes y política: de la participación formal a la movilización informal». *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, vol. 13, n.º 2, pp. 581-594.
- BRUSSINO, S., H. RABBIA y P. SORRIBAS (2009). «Perfiles sociocognitivos de la participación política de los jóvenes». *Revista Interamericana de Psicología*, n.º 43, pp. 279-287.
- CARRANO, P. (2012). «A participação social e política de jovens no Brasil: considerações sobre estudos recentes». *RECSO*, n.º 03, Universidad Católica del Uruguay.
- GARCÉS, A. (2010). «De organizaciones a colectivos juveniles. Panorama de la participación política juvenil». *Última Década*, vol. 18, n.º 32, pp. 61-83.
- GARCÍA, M., M. DEL HOYO y C. FERNÁNDEZ, (2014). «Jóvenes comprometidos en la red: el papel de las redes sociales en la participación social activa». *Comunicar*, n.º 43, pp. 35-43.
- HERNÁNDEZ, E. (2011). «El compromiso cívico y político de los jóvenes y el rol de las nuevas tecnologías en educación: modelos de e-democracia». *Revista Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, n.º 25, pp. 101-124.
- INGLEHART, R. (1997). *Modernization and postmodernization: Cultural, economic, and political change in 43 societies*. Princeton (EUA): Princeton University Press.
- INGLEHART, R., et al. (2004). *Human beliefs and values: A cross-cultural sourcebook based on the 1999-2002 values surveys*. México: Siglo XXI.
- (2010). *Changing Human Beliefs and Values. A cross-national sourcebook based on the values surveys and European values studies*. México: Siglo XXI.
- KRAUSKOPF, D. (2000). «Dimensiones críticas en la participación social de las juventudes». En *Participación y desarrollo social en la adolescencia*, San José: Fondo de Población de las Naciones Unidas.
- MARTÍN, A. (2006). *Participación socio-política de los jóvenes españoles: medios y trayectorias*. Madrid: CSIC, Unidad de Políticas Comparadas, Documento de Trabajo 06-13.
- MIERES, P., e I. ZUASNABAR (2012). *La participación política de los jóvenes uruguayos*. Montevideo: Fundación Konrad Adenauer.
- NORRIS, P. (2003). *Young people and political activism: From the politics of loyalties to the politics of choice?* Estrasburgo: Council of Europe, Report for the Council of Europe Symposium, n.º 11.
- PUTNAM, R. (2000). *Bowling Alone: The Collapse and Revival of American*

- Community, Nueva York: Simon & Schuster.
- REGUILLO, R. (2003). «Ciudadanías Juveniles en América Latina». *Última década*, n.º 19, CIDPA, pp. 11-30.
- RICH, R., M. EDELSTEIN, W. HALLMAN y A. WANDERSMAN (1995). «Citizen participation and empowerment: The case of local environmental hazards». *American Journal of Community Psychology*, n.º 23, pp. 657-676.
- RODRÍGUEZ, J. (2001). «Participación juvenil y ciudadanía». En *Protagonismo juvenil en proyectos locales. Lecciones del Cono Sur*. Santiago de Chile: CEPAL y ONU, pp. 73-87.
- SANDOVAL, M., y J. BAEZA (2010). «Nuevas prácticas políticas en jóvenes de Chile: conocimientos acumulados 2000-2008». En *Jóvenes, cultura y política en América Latina: algunos trayectos de sus relaciones, experiencias y lecturas (1960-2000)*. Buenos Aires: CLACSO, serie de Estudios Latinoamericanos, pp. 263-292.
- SOULE, S. (2001). «Will they engage? Political knowledge, participation and attitudes of Generations X and Y». Ponencia presentada en Active Participation or a Retreat to Privacy, Potsdam.
- STOLLE, D., y M. HOOGHE (2004). «Review Article: Inaccurate, exceptional, on-sided or irrelevant? The debate about alleged decline of social capital and civic engagement in western societies». *British Journal of Political Science*, n.º 35, pp. 149-167.
- TORCAL, M. (2000). «Desafección institucional e historia democrática en las nuevas democracias». *Revista SAAP*, vol. 2, n.º 3, pp. 591-634.
- TORCAL, M., y J. MONTERO (2006). *Political disaffection in contemporary democracies. Social capital, institutions and politics*. Londres: Routledge.
- VARELA, E., M. MARTÍNEZ y P. CUMSILLE (2015). «¿Es la participación política convencional un indicador del compromiso cívico de los jóvenes?». *Universitas Psychologica*, vol. 14, n.º 2, Bogotá, pp. 731-745.
- VERBA, S., K. SCHLOZMAN y H. BRADY (1995). *Voice and equality*, Cambridge (EUA): Harvard University Press.
- VERBA, S., K. SCHLOZMAN, H. BRADY y N. NIE (1993). «Citizen activity: Who participates? What do they say?». *The American Political Science Review*, n.º 87, pp. 303-318.

Los retos de la política y el tiempo de la juventud

—» CARLOS CASTILLO

Director editorial y de cooperación institucional de la Fundación Rafael Preciado Hernández de México. Director de la revista *Bien Común*.

Miradas a un año convulso

Del ámbito global al espacio local, el año 2016 dejó un legado complejo de descifrar, con implicaciones que afectaron el modo de ejercer la política, de entender lo público, de asumir lo común. Puede afirmarse, sin temor a exagerar, que ese periodo representó un punto de quiebre que, sin caer en catastrofismos ni en augurios terminales, sí exige una reflexión necesaria, porque no son pocos los supuestos que

se confirmaron y que demuestran los diversos padecimientos de un sistema político, el democrático, puesto no pocas veces en tela de juicio por sus resultados, cuestionado o incluso ignorado por sus protagonistas, los ciudadanos, y al que hoy se mira con cierto recelo, como si hubiera dado ya de sí, como si la imaginación ya no alcanzara para responder a una sociedad compleja, cambiante, plural y cada vez más diversa.

Son precisamente esos cambios en las sociedades lo primero que conviene analizar, para así entender cómo una realidad más volátil que nunca demanda nuevas formas de enfrentarse desde lo público y su administración. En ese sentido, la obra de Moisés Naím (2013) es clave para arrojar un poco de luz sobre lo que ocurre en nuestros días, sobre todo porque logra agrupar y establecer un marco teórico para descifrar qué ocurre y por qué. Así, y a grandes rasgos, de acuerdo con la tesis de *la revolución del más*, el venezolano demuestra cómo la ampliación de diversos aspectos de la vida —comunicaciones, movilidad, mentalidad— ha trastocado el modo en que se entiende el poder, y que esto afecta todos los aspectos de la existencia humana, desde la familia, las iglesias, las empresas y, sobre todo, aquello cuya labor consiste en administrar ese poder: la política.

Un sociedad más informada se empodera, deja de ser receptora pasiva para volcarse a la construcción de lo común. Esto, en principio, es de sumo positivo, porque la democracia se fortalece a partir de la adición de ciuda-

danos interesados en asumir un papel activo. Pero ocurre que cuando la política no está preparada para recibir esa, digamos, oleada participativa, la fuerza que despierta se vuelca en contra del propio sistema porque lo percibe cerrado, distante e incapaz de ser cauce para el ímpetu social. Señala Naím (2013, p. 117):

La revolución del *más* está creando grupos de electores más formados y mejor informados, que tienen menos probabilidades de aceptar de forma pasiva las decisiones del gobierno, más propensos a examinar detalladamente el comportamiento de las autoridades y más activos a la hora de buscar el cambio y reafirmar sus derechos. La revolución de la *movilidad* está haciendo que la composición demográfica del electorado sea más variada, fragmentada y volátil [...]. La revolución de la *mentalidad* genera un escepticismo creciente ante el sistema político en general.

Ante estas nuevas circunstancias llega el cuestionamiento, justificado, sin duda, de cuán adecuado es el sistema para responder a la nueva realidad, y a ello sigue el silencio de una clase política atónita frente a lo que ocurre. Esa falta de respuestas hace que el interés decaiga; se manifiesta en la apatía y sus expresiones de abstencionismo electoral o desinterés en lo público, y lleva como última y más dramática consecuencia la vuelta hacia lo privado, frustrados el ánimo y la voluntad, culpando a *los políticos* por su

cerrazón, trocando ese despertar cívico en decepción, descalificación y final indiferencia.

A mayor y más informada participación cabría esperar partidos mejores y más abiertos. Frente a una sociedad que se organiza de nuevas y diversas maneras, se esperaría que las fuerzas políticas tradicionales reaccionaran para recibir esa inquietud y esa voluntad de involucramiento. Pero ocurre lo contrario: la normalización y profesionalización de esos partidos ha devenido en burocracias sólidas, más ocupadas en la obtención y conservación del poder que en representar las demandas ciudadanas. La burocracia, por definición, es cerrada, distante, fría; Kafka lo ejemplificó como nadie desde principios del siglo xx y advirtió sobre su efecto mecánico y repetitivo; más cercano a nuestros días, Peter Mair (2015) advirtió sobre cómo la democracia se vacía de ciudadanos para quedarse solo con *profesionales*, elites que se oponen a ese *más* o que lo aceptan solo en la medida en que puede traducirse en votos:

[...] los partidos están fracasando a consecuencia de un proceso de retraimiento o abandono recíproco, en virtud del cual los ciudadanos se retiran a la vida privada o a formas de representación más especializadas y con frecuencia *ad hoc*, mientras que los líderes de los partidos se retiran a las instituciones y sus términos de referencia cada vez más son sus roles como gobernadores o cargos públicos. Los partidos están fracasando porque la zona de in-

teracción —el mundo tradicional de la democracia de partidos, en el que los ciudadanos interactuaban con sus líderes políticos y se sentían vinculados a ellos— se está vaciando (p. 34).

Caemos, de este modo, en democracias electoreras, con partidos interesados solo en el triunfo y los comicios, pero incapaces de demostrar su necesidad e importancia como puentes cotidianos entre el ciudadano y el poder, como vehículos de inquietud y participación, como puertas de acceso hacia lo público. Este distanciamiento y estos cambios sociales que no son súbitos ni nuevos, pero que en este 2016 se concentraron en hechos notorios —el plebiscito colombiano, la caída del primer ministro italiano, Matteo Renzi, la salida del Reino Unido de la Unión Europea, el triunfo de Donald Trump—, así como las nuevas formas de entender y ejercer el poder por las sociedades, han traído como consecuencia que, por ejemplo, las herramientas y los instrumentos de evaluación del poder fracasen en su intento de medir lo que piensa o podría decidir la sociedad, porque se asume que se puede calcular con los mismos parámetros de siempre aquello que a todas luces ya no es igual. Ese cambio es precisamente el de la relación de la gente con el poder, gente que sin hallar respuestas adecuadas en la política y sus representantes pasa de manera natural de la falta de representatividad hasta el extremo de lo antipolítico.

Legitimidad en retirada y la reacción antipolítica

En los sistemas democráticos, la reacción generalizada frente al distanciamiento de los partidos y la ciudadanía se traduce en una cada vez mayor abstención en los procesos electorales. Menor participación se traduce así en falta de representatividad, lo que incide en la legitimidad de los gobernantes: a este fenómeno hay que añadir el de los llamados *millennials*, un sector de la población que se distingue por ser nativo digital, escéptico ante la abundancia informativa y la falta de filtros para priorizarla y ordenarla, que creció en un entorno donde la mayor convivencia se produce a través de las redes sociales y que es propicio a un individualismo que aleja al sujeto de la comunidad tradicional, es decir, aquella personalizada y directa de la que se sirvió tradicionalmente la política, antes de replegarse sobre sí misma. El *millennial* tiene pocos incentivos a la participación en lo público o se limita a aspectos específicos y muy acotados, que es donde los partidos monotemáticos (ambientalistas, promminorías, entre otros) o las organizaciones de la sociedad civil, también en su mayoría monotemáticas, han tenido un creciente éxito.

Este nuevo sector se suma al desencanto de la política tal como la practican los grandes partidos que aún encabezan las democracias occidentales, esto es, con programas que buscan abarcar e incidir en la realidad en su conjunto, para dar en cambio preferencia a soluciones que buscan la inmediatez y la especificidad. De este modo, las grandes militancias que ensancha-

« El *millennial* tiene pocos incentivos a la participación en lo público o se limita a aspectos específicos y muy acotados, que es donde los partidos monotemáticos (ambientalistas, promminorías, entre otros) o las organizaciones de la sociedad civil, también en su mayoría monotemáticas, han tenido un creciente éxito »

ban las filas partidistas se reducen, dando paso, de nueva cuenta, a elites que, como se señaló en el apartado anterior, admiten de manera exclusiva a expertos en el ejercicio de la política.¹ Y al haber expertos, los ojos de una sociedad con mayor información pueden centrarse de manera fija y constante en un grupo determinado, encargado de conducir lo público, lo que en palabras de Pierre Rosanvallon (2008) ha generado una *nueva dimensión del poder*:

¹ Sobre el tema puede consultarse, del autor, «Políticas humanistas: de la hiperespecialización al profesionalismo», en Carlos Castillo López (2015). *La urgencia humanista. Alternativa para el siglo XXI*. México: FRPH, p. 46. Disponible en <www.frph.org.mx/fundacion/ediciones/descarga-de-libros/descarga-doctrina-del-pan>. Para mayor referencia véase Colomer (2015).

La conducta de los gobernantes [...] se ha vuelto extremadamente sensible en la conciencia ciudadana, sin que aún haya sido teorizada como tal. De ahí la tensión que se establece en lo sucesivo entre una *democracia de decisiones* (encastrada propiamente en la dinámica del sufragio universal) y una *democracia de las conductas* (que, en lo que a ella respecta, remite a un imperativo de consideración de todos los ciudadanos) (p. 39).²

En ese sentido, los medios de información y las redes sociales han resultado determinantes para acercarse al poder y vulnerar espacios de opacidad que arrojan otro elemento de pérdida de legitimidad política: la corrupción, que es quizá en este momento el mayor elemento de distanciamiento de la ciudadanía con el sistema democrático y sus actores. Si a esto se añade la impunidad, la distancia se convierte además en decepción, lo que genera un círculo destructivo que carcome las bases de participación política que hacen

posible una democracia. El siguiente paso llega, empero, cuando a la línea distancia-decepción se añade lo que en la literatura especializada se ha llamado *antipolítica*, «una política realizada por actores ajenos al sistema partidario que compiten en el juego electoral con recursos sacados del arsenal de la crítica contra los partidos y las elites políticas establecidas» (Schedler, 1994, citado por Mayorga, 1997).

La antipolítica es, por decirlo de algún modo, el fenómeno por excelencia de nuestro tiempo, el que explica de mejor manera lo ocurrido durante el año 2016 y el que, además, arroja mayor claridad sobre muchos de los hechos que han minado la democracia y la legitimidad de sus actores en los últimos años. Entre sus principales consecuencias se encuentran:

- ▶ el resurgimiento de un populismo de derechas en Europa Occidental —Francia, Alemania, Polonia, Hungría—, al cual podemos añadir el populismo de izquierdas representado, en España, por Podemos;
- ▶ la retórica antiestatista de la derecha republicana en los Estados Unidos;
- ▶ el triunfo de candidatos en Latinoamérica que promueven una retórica antipolítica, como el caso de Chávez en Venezuela, de Correa en Ecuador, de Fujimori en Perú o de Evo Morales en Bolivia;
- ▶ el desencanto popular con la clase política en viejas y nuevas democracias;
- ▶ la presencia notoria de argumentos antipolíticos en el discurso de los medios de información;

2 Esta *democracia de las conductas*, siguiendo con el autor, debe pasar por una reformulación del trabajo de los medios de información; tras la elección de Donald Trump se generó un debate al respecto que, si bien menor y opacado por las alarmas que encendió el triunfo del magnate estadounidense, ha implicado reacciones acerca de la responsabilidad informativa y sus consecuencias en la calidad de la democracia, las redes sociales como espacio de difusión de noticias falsas y, en suma, mucho de lo que hoy se agrupa en el término *posverdad*. Un resumen de esta tendencia puede leerse en Agustina Carriquiry (8.2.2017). «Bienvenidos a la posverdad». *Diálogo Político*, <http://dialogopolitico.org/?p=3732>. Para mayor abundancia en el tema véase R. Keyes (2004).

► la emigración de la soberanía desde lo político hacia la sociedad civil.

Se manifiesta, por otra parte y a partir de Habermas (1994), en cuatro variantes:

- a. Antipolítica instrumental: Busca situar a expertos técnicos (tecnócratas) en el trono de la política, lo que genera que toda discusión o diálogo (base del ejercicio de la democracia) sea calificado como pérdida de tiempo que abre paso a la corrupción y a la ineficacia.
- b. Antipolítica amoral: Comprende a la política como un juego de poderes, una negociación donde la maximización de las utilidades la convierte en un juego cuasicomercial de intercambio de bienes y favores. La llamada *rational choice* claramente merece ser calificada como antipolítica.
- c. Antipolítica moral: Clausura el espacio del debate político invocando definiciones absolutas, incambiables, inviolables, que se asumen como principios primeros.
- d. Antipolítica estética: Minimiza el poder de la palabra para dar primacía a la imagen. Reduce la deliberación y la toma de decisiones a una operación teatral donde prevalece la máscara sobre el rostro, la belleza sobre la verdad, lo simbólico sobre la comunicación verbal, el truco mágico sobre la medida real, lo virtual sobre lo actual, el ritual cómodo sobre la experiencia compleja de aprendizaje (Schedler, 1997, pp. 13-14).

A estas consecuencias y variantes es útil añadir las condiciones previas

« La antipolítica es el fenómeno por excelencia de nuestro tiempo, el que explica de mejor manera lo ocurrido durante el año 2016 y el que, además, arroja mayor claridad sobre muchos de los hechos que han minado la democracia y la legitimidad de sus actores en los últimos años »

que detecta Woldenberg (2013), basado también en Schedler, para el establecimiento y el desarrollo de la antipolítica:

- «La constitución de partidos *antiestablishment* político cuyo discurso central es el de acusar a los partidos establecidos de formar un cartel excluyente»;
- Designar al «pueblo, a la sociedad, a los trabajadores como encarnaciones de lo virtuoso, mientras que los políticos, los partidos, los órganos representativos son manifestación del mal»;
- «Convertir las diversas opciones [partidos políticos] en un conglomerado indiferenciado y luego atribuir a ese conglomerado todos los males que aquejan a la venturosa y limpia sociedad».

Entender las manifestaciones y formas en que la antipolítica se presenta es decisivo no solo para atajarla, sino, sobre todo, para detectar su presencia en sociedades como la latinoamericana, donde la desigualdad, la carencia

de oportunidades laborales o de ascenso social y las fallas de distribución adecuada de la riqueza se han convertido en alicientes para el discurso y los actores políticos llamados mesiánicos, demagogos y, en resumen, populistas. En ese sentido, el recién fallecido filósofo Tzvetan Todorov (2012, p. 140) fue enfático en señalar cómo la democracia genera —por su naturaleza de libertades y su caída en un neoliberalismo económico exacerbado y sin contrapesos, o donde el Estado se ausenta y cede a las presiones del mercado— a sus propios *enemigos íntimos*: el fortalecimiento de los individuos en detrimento de la sociedad (donde caben las aseveraciones de Naím, Mair y los *millennials*); la economía que deshumaniza (en el sentido de que esta no puede seguir siendo «el sentido último de la vida humana [...] corresponde a la sociedad en su conjunto someterla a las exigencias políticas y sociales, que se deciden en común»); y el populismo, que ofrece soluciones simplistas y mantiene el discurso maniqueo que termina por ser excluyente, gregario y parcial.

Una análisis detallado del proceso electoral de Estados Unidos y el éxito de Donald Trump arroja, para concluir, la suma de prácticamente todas las características detalladas hasta este momento, y puede resumirse de la siguiente forma: 1) un actor externo a la política, 2) que se abre paso a partir de un discurso maniqueo, 3) que divide a la sociedad y halla enemigos claros que vencer (los emigrantes, el sistema), 4) capitalizando el descontento social y económico de las *víctimas* de la globa-

lización, 5) descalificando a los actores tradicionales, 6) cuestionando su legitimidad, 7) y convirtiendo a la política en un escenario donde prevalece el carisma, la osadía y la temeridad. Lo más alarmante es que la fórmula pareciera infalible y poco a poco cobra nuevos adeptos alrededor del mundo: de ahí la urgencia de que los partidos tradicionales sean capaces de ofrecerse como alternativa seria, responsable, decididos a sumar y encauzar a la ciudadanía hacia la construcción en común de una nueva forma de hacer política o, al menos, una que se presenta como alternativa efectiva frente a la antipolítica.

Recuperar lo perdido: ciudadanía, causas, soluciones

La distancia entre ciudadanía y poder tradicional es un hecho innegable. También lo es el desprestigio de la política a raíz de la corrupción y la pérdida del monopolio de la representatividad por los partidos. Todo ello apunta incluso al cuestionamiento, en no pocos países, de la necesidad de esos partidos para la vida democrática, de la utilidad de los Congresos y Parlamentos, de la pertinencia de utilizar recursos públicos para sostener el sistema político, entre otras formas de cuestionamiento o franca deslegitimación de las instituciones. La gente no se siente ni se asume parte de lo público, y ante estas realidades es preciso que los partidos asuman un rol que, si bien no necesariamente debe ser protagónico, sí debe devolver el sentido de la participación a la sociedad.

Rosanvallón (2008) señala que esa legitimidad pasa de manera obligada por la proximidad, esto es, lo que se ha llamado *gobernanza*. Afirma así:

La proximidad es también accesibilidad, apertura, receptividad a los demás. Supone falta de desnivel, una facilidad para la interpelación, una cierta inmediatez en la relación; remite a una falta de formalismo. En el orden político, un poder se considerará próximo si no está amurallado en sus prerrogativas, si baja de su pedestal, si acepta simplemente la discusión y la crítica, si solicita opiniones; si considera, en suma, que no puede limitarse a lo literal del funcionamiento de las instituciones, sino que debe instaurar un estilo de relaciones más flexible y directo con los ciudadanos.

En este orden de exigencias es donde los jóvenes interesados en la participación política partidista tienen un lugar privilegiado para la acción. Las estructuras establecidas y rígidas, la falta de imaginación para las nuevas realidades, la distancia de las elites de lo cotidiano, el formalismo que ronda en lo petulante y ensoberbecido, la solemnidad del protocolo y las estructuras de autoridad verticales son tan chocantes al joven como al ciudadano ajeno a la vida partidista. Y son estas características las que urge modificar o, al menos, relajar lo suficiente para que la política comience a dejar de ser vista como un extremo inaccesible y se convierta en un espacio de encuentro, de participación. La transformación del

«Lo más alarmante es que la fórmula pareciera infalible y poco a poco cobra nuevos adeptos alrededor del mundo: de ahí la urgencia de que los partidos tradicionales sean capaces de ofrecerse como alternativa seria, responsable»

poder de lo vertical a lo horizontal no pretende acabar con las jerarquías pero sí relajar sus límites, de tal forma que los liderazgos no lo sean por nominación u organigrama sino, al contrario, por reconocimiento, mérito y empatía.

Una política de proximidad, además, requiere espacios desde donde practicarse y ejercerse. Y es complejo que esos espacios sean los comités centrales de los partidos, con su aura de mausoleo, oficina silente de trabajo sesudo y restrictivo. En cambio, los comités o delegaciones locales pueden fungir como un mejor punto de reunión, no solo por carecer de la formalidad sino, sobre todo, porque en su cercanía con la comunidad inmediata ofrecen a su vez posibilidad de acercamiento con los vecinos, con los amigos, con los colegas: no con aquel que aparece en el diario o en la televisión sino con el que comparte problemas, alegrías, vecindad e inclusive calle. El municipalismo es el mejor camino para devolver a la ciudadanía un espacio para establecer comunidades de cercanía.



Interior de la Estación de Amberg-Central
Foto: Ad Meskens, via Wikimedia Commons

Ahora bien, la instrumentalización de la gente en meros electores o votos es vista de sobra como aprovechada, alevosa y oportunista. Y la democracia ya no puede seguir siendo solo votar o manifestarse en la vía pública ante un problema determinado. Se requiere, además, que la sociedad participe proponiendo, aportando, siendo escuchada e incorporadas sus ideas y reflexiones al trabajo de los partidos. Si el nivel municipal es el más adecuado para esto, también ese nivel debe organizarse de tal suerte que cada cual pueda sumar en lo que se considere más apto, allí donde su propia experiencia y formación resulten de utilidad para los demás. De poco servirá acercar a la gente si esta no tiene nada que hacer en los partidos; en cambio, si ese acercamiento se encuentra estructurado y

organizado de acuerdo, por ejemplo, con temáticas específicas, habrá un sentido no solo de participación sino además de utilidad y sentido trascendente, porque una idea puede transformarse en propuesta de plataforma política, en parte de una ley, en solución para un problema común. Incentivar y dar seguimiento a este tipo de involucramiento abre la política a ideas nuevas y frescas, construye desde el profesionalismo individual un proyecto colectivo.

Otro tema pendiente es la aproximación del político a las organizaciones no gubernamentales. Si en ese espacio es donde se está reuniendo hoy en día el deseo de aportar, incluso de manera monotemática, los partidos pueden ser los que aglutinen lo que se encuentra disperso en un proyecto

que se construya por adición de las partes. Este acercamiento, no obstante, no puede seguirse haciendo desde el protagonismo, también utilitarista, que ha distinguido a la política: debe tenerse claridad acerca de cuándo es importante estar en la segunda o tercera fila, cuándo hay que estar en la última, cuándo a un costado, cuándo incluso ni siquiera es necesario estar, pero también cuándo hay que ir al frente. La omnipresencia del político que transforma cualquier iniciativa social en espectáculo personal o partidista no puede seguir siendo la regla que convierta el esfuerzo colectivo en beneficio de unos pocos.

En esa apertura es muy probable que el político *de carrera*, además, se tope con perfiles que demuestren su capacidad para encabezar público y que, al mismo tiempo, tengan disposición a la participación activa o interés en ella. Es indispensable, pues, que quien demuestre méritos y compromiso cuente con la posibilidad de insertarse en la actividad partidista, destrabando la burocracia que suele distinguir a los partidos y que implica algo así como *hacer fila*, porque es cierto que la experiencia o el conocimiento que se adquiere por fuera de la política también puede ponerse al servicio de esta. Si incluso las universidades aceptan la experiencia profesional como sustituto de las horas académicas, ¿por qué la política no hace lo propio?

La posibilidad de espacios directos de participación, este paso a perfiles frescos y no envejecidos por la comodidad, abrirá también el ámbito partidista a nuevas temáticas. Uno de los

grandes conflictos que enfrentan los partidos tradicionales, y en particular los de corte humanista, es que la enorme carga de legados que conforman su historia tiende a convertirse, o puede hacerlo, no en el impulso para enfrentar el presente, sino más bien en una losa o lápida que lastre los intentos de avance o modernización. En ese sentido, la renovación de agendas y la sensibilización hacia lo que ocurre afuera —en lugar de la perpetuación de lo que siempre ha ocurrido adentro— resulta fundamental para responder a los retos y estar cerca de las necesidades de sociedades cada vez más plurales y diversas, con formas nuevas de convivencia que exigen también una renovada manera de entender y asumir la realidad.

« La democracia ya no puede seguir siendo solo votar o manifestarse en la vía pública ante un problema determinado. Se requiere, además, que la sociedad participe proponiendo, aportando, siendo escuchada e incorporadas sus ideas y reflexiones al trabajo de los partidos »

De este modo y en ese orden, cercanía, apertura, organización y renovación pueden ser los pasos para una agenda que devuelva a los partidos su capacidad de ser punto de encuentro

para quienes buscan, en común, construir lo común. Porque es un hecho que seguir haciendo las cosas como se han hecho hasta hoy resulta insuficiente y a todas luces hasta perjudica un urgente y necesario nuevo modo de entender y ejercer el poder. La endogamia de las elites y su tendencia a aumentar la distancia y complicar el acceso a la política terminará, de no haber cambios, en un canibalismo de consecuencias mucho más graves de las que se han visto. Martín Caparrós (11.11.2016) lo enuncia de manera atinada:

Lo que no podía pasar está pasando más y más [...]. Ya no sabemos qué puede o no puede pasar, ya no tenemos referencias sólidas porque dejamos de querer saber cómo son los otros, cómo somos [...]. Los políticos ya no conocen a la gente que dicen representar: los grandes partidos ya no están formados por ciudadanos movilizad@s sino por piezas de un aparato que las formatea y las aísla.

Un último punto es el que tiene que ver con la corrupción o, visto de otro modo, con la honestidad que debiera distinguir a quienes deciden dedicar su esfuerzo y su trabajo a lo público. El caso Odebrecht abre un nuevo frente en Latinoamérica y poco a poco ensucia carreras públicas, algunas ya en el retiro, o trunca otras incluso ya consolidadas; este tipo de situaciones merma el interés de la sociedad por acercarse a la política, porque nadie o muy pocos quisieran aparecer junto a un grupo de maleantes, o también puede ocurrir, por el

contrario, que nuevos maleantes se aproximen adonde ya constataron que el hampa rinde frutos. Se ha dicho que los marcos legales estrictos y la aplicación sin distinguos de la ley pudieran y debieran ser la solución, pero es muy cierto —citando a Naím— que ahí donde solo se hace lo que dice la ley no hay espacio para la autoridad moral, que es aquella que se obtiene de hacer las cosas de cierto modo no solo porque así lo marca un código o reglamento, sino sobre todo porque se tiene claro lo que se *debe* hacer. En este *deber ser* radica la diferencia entre quienes esperan no ser sorprendidos por sus faltas y quienes eligen no caer en esas faltas, aunque ello implique tener menos recursos para una campaña, perder una elección o quedar fuera de una candidatura. La política que aspire a recuperar su papel preponderante en la construcción de lo público no puede basar su autoridad solamente en lo legal: debe ser ejemplo por lo que elige libremente y no solo por lo que acata legalmente. Ahí radica la ética, ahí están los valores, en ese pequeño fraseo subsiste la posibilidad de devolver la virtud a quien conduce los designios de un pueblo, un grupo o un partido.

Y son precisamente los jóvenes quienes pueden seguir la ruta que se expone. O más allá: son los jóvenes quienes deben decidir si se conforman con utilizar un saco heredado que, aunque no ajuste de manera cómoda, funciona al menos para cubrirse o si, en cambio, deciden qué partes se reparan, cuáles se sustituyen, dónde se borda fino y dónde es necesario algo absolutamente distin-

to. No es tarea fácil, pero tampoco es imposible. Aquí se proponen algunas ideas. No son todas ni son definitivas; apenas representan un esbozo que hace falta, sin duda, construir, enfrentar y abordar en común.

Referencias y fuentes consultadas

- CAPARRÓS, M. (11.11.2016). «El año en que chocamos con nosotros mismos». *The New York Times*, edición en español, <<http://nyti.ms/2lKsJJ9>>.
- CARRIQUIRY, A. (2017). «Bienvenidos a la posverdad». *Diálogo Político*, <<http://dialogopolitico.org/?p=3732>>.
- CASTILLO LÓPEZ, C. (2015). *La urgencia humanista. Alternativa para el siglo XXI*. Ciudad de México: Fundación Rafael Preciado Hernández.
- COLOMER, J. M. (2015). *El gobierno mundial de los expertos*. Barcelona: Anagrama.
- (2009). *Ciencia de la política*. Madrid: Ariel.
- HABERMAS, J. (1994). *Facticidad y validez. Sobre el derecho y el Estado democrático de derecho en términos de teoría del discurso*. Madrid: Trotta.
- KEYES, R. (2004). *The Post-Truth Era*. Nueva York: St. Martin's Press.
- MAIR, P. (2015). *Gobernando el vacío. La banalización de la democracia occidental*. Madrid: Alianza.
- MAYORGA, R. A. (1997). «Antipolítica y neopopulismo en América Latina». *Relaciones*, n.º 161, serie Convivencias XV, Montevideo.
- NAÍM, M. (2013). *El fin del poder*. Santiago de Chile: Debate.
- ROSANVALLON, P. (2008). *La legitimidad democrática*. Buenos Aires: Manantial.
- SCHEDLER, A. (1997). «Introduction. Antipolitics – Closing and Colonizing the Public Sphere». En *The End of Politics? Explorations into Modern Antipolitics*. Londres: MacMillan Press.
- (1994). «Antipolitical Opposition: A Framework for Comparative Analysis». Documento preparado para ser presentado en el Vienna Dialogue on Democracy.
- WOLDENBERG, J. (2013). «Aproximaciones y reintegros: la democracia tensionada». *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, n.º 217, Universidad Nacional Autónoma de México, enero-abril.

¿El fin de los partidos políticos?¹

—» JUAN PABLO LUNA

Uruguayo. Doctor en Ciencia Política. Profesor titular del Instituto de Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Investigador principal del Núcleo Milenio (RS130002) y del Proyecto FONDECYT (#1150324).

1 Este artículo se basa en la adaptación de argumentos previamente presentados en la serie «Crisis del sistema político», publicado por CIPER <ciperchile.cl> y editado por Juan Andrés Guzmán, así como en un conjunto de argumentos discutidos en el evento de presentación del número anterior de *Diálogo Político* (Montevideo, noviembre de 2016). Agradezco el apoyo de los proyectos RS#130002 y FONDECYT #1150324, los que financiaron la investigación en que se basan varios de los argumentos que aquí se presentan.

Introducción

Los científicos políticos repetimos como mantra que los partidos políticos son necesarios para la democracia. Tome cualquier texto sobre partidos y probablemente encontrará alguna referencia a la siguiente frase del libro *Party Government* publicado en 1942 por E. E. Schattschneider: «Los partidos políticos crearon la democracia y la democracia moderna es impensable sin partidos políticos». En dicho texto, el autor también señala que los partidos no pueden ser pensados meramente como la coalición electoral que votó por un candidato determinado: «El Partido Demócrata no es la asociación de 27 millones de votantes

que en noviembre de 1940 votaron por el Sr. Roosevelt», puntualiza. Para Schattschneider y la mayor parte de los autores de ciencia política, los partidos son más que una coalición ocasional de candidatos a cargos públicos.²

Reconozcamos entonces que la democracia representativa, en ausencia de partidos programáticos y relativamente estables, funciona mal. El problema es que *querer no es poder*. Armados con aquel dogma, los científicos políticos hemos analizado Latinoamérica esperando que los países que no contaban con sistemas de partidos institucionalizados los desarrollaran. Al mismo tiempo, hemos subrayado y ensalzado la estabilidad y la estructuración del sistema de partidos chileno, el cual se convirtió en un modelo para la región,³ en ocasiones junto a los de Costa Rica y de Uruguay. Los más intrépidos —por ejemplo, varios organismos multilaterales y agencias de cooperación internacional— estimularon la introducción de reformas electorales buscando reproducir modelos como el chileno en países con sistemas «más problemáticos». Y es que, en comparación con lo que ha pasado en otros casos, Chile aún les parece a muchos el paraíso de la institucionalización, la seriedad y la buena política pública. Aquí argumentaré que esta visión se basa en un sesgo fundamental. Lo que no quisimos ver es que Chile (y también Cos-

ta Rica y Uruguay) se parecían más al pasado que al futuro.⁴ En este sentido, los jóvenes de hoy vivirán en sistemas políticos en que los partidos, como los entendemos hoy, serán una especie en extinción. De ellos depende innovar para buscar formatos de organización política que logren reconstituir la representación política y la legitimidad de la institucionalidad democrática.

❖ Los jóvenes de hoy vivirán en sistemas políticos en que los partidos, como los entendemos hoy, serán una especie en extinción. De ellos depende innovar para buscar formatos de organización política que logren reconstituir la representación política y la legitimidad de la institucionalidad democrática ❖

El resto de este artículo se estructura en torno a cuatro secciones. La primera argumenta que el caso de Perú constituye un buen heurístico para pensar el futuro de los partidos políticos en la región. La segunda identifica una serie de factores que complican la tarea de quienes buscan crear y sostener partidos políticos programáticos e

2 J. Schumpeter, con su visión de los partidos políticos como meros estructuradores de la oferta electoral, es tal vez la voz disidente más potente en este sentido.

3 Como síntesis de esta corriente véase BID (2006).

4 No obstante véanse, por una visión discrepante: Luna (2016), Luna y Mardones (2010), Luna y Rosenblatt (2012).

institucionalizados. La tercera sección pone en relación las dinámicas emergentes con el déficit de legitimidad que hoy enfrentan los sistemas de representación democrática en la región y, crecientemente, en el mundo. Allí se argumenta que los sistemas políticos de la región enfrentan el enorme desafío de intentar generar legitimidad, lo que necesariamente supone la capacidad de sincronizar los tiempos políticos y de la política (si se quiere, los tiempos objetivos), con las necesidades subjetivas de los ciudadanos. Al igual que el resto del artículo, la última sección tiene un tono pesimista. Allí concluyo argumentando que no hay soluciones fáciles (i. e. ajustes de los incentivos que estructuran las reglas de juego institucionales) a la crisis que hoy enfrenta la representación política.

Perú como heurístico de un futuro *sin partidos*

Perú es tal vez el caso que ilustra mejor el fracaso de la ciencia política en dar cuenta de esta realidad. Desde la transición a la democracia (pos-Fujimori) en los años dos mil, los expertos en el sistema político peruano se han quejado de la ausencia de partidos y, como resultado de eso, del mediocre funcionamiento de la democracia (Levitsky y Cameron, 2003, pp. 1-33). Pese a ese reclamo, el Perú actual es un caso que ilustra que la democracia sí puede funcionar por muchos años sin generar partidos políticos que sean más que una coalición ocasional de liderazgos individuales (Zavaleta, 2005). Incluso

muestra que no hay incompatibilidades graves entre una democracia sin partidos y la capacidad de crecer económicamente y manejar con relativa eficiencia las finanzas estatales.⁵

Perú también ilustra, como argumentaré más abajo, que el vacío de poder que genera la atomización del sistema de partidos no necesariamente conduce a la aparición de liderazgos populistas, como ha sucedido en los casos más resonantes en la región. Pero también sabemos que las democracias sin partido no están exentas de problemas institucionales serios. Solo a modo de ejemplo identifiquemos tres que prevalecen en el Perú actual. Primero, *las elecciones se definen usualmente a último minuto, sobre la base del éxito relativo de los candidatos en las encuestas preelectorales*. Ese éxito, y el fracaso de los que van quedando en el camino, define alianzas y apoyos coyunturales que terminan en movimientos electorales (muchas veces motivados por sentimientos negativos o *anti*) que definen la elección.⁶

En este marco, los recursos con que cuenta cada candidato para marcar en las encuestas son clave. A modo de ejemplo, César Acuña, un político con fuerte base electoral en el norte del país (donde es dueño de tres universidades que le han dado renombre y una base social a movilizar en la zona), logró hacer sombra en la pasada campaña

5 Sobre la gestión del Estado en Perú y la fuerte inserción tecnocrática en este ámbito véase Dargent (2014).

6 Sobre este punto véanse los trabajos de Paula Muñoz y Carlos Meléndez.



Jóvenes fiscalizan el acto electoral en Lima, Perú, en 2016
Foto: Manfred Steffen

electoral a la mayoría de los candidatos que en ese entonces pujaban por convertirse en *la* alternativa a Keiko Fujimori. Antes de la elección, Acuña fue dudosamente inhabilitado por el Jurado Nacional Electoral, lo que abrió campo a dos candidaturas radicalmente opuestas en su plataforma programática: las de Pedro Pablo Kuczynski y Verónica Mendoza. Lo único que compartían las candidaturas de Kuczynski, Mendoza y Acuña era su capacidad de convertirse en la alternativa viable a la de Keiko Fujimori, heredera del único aparato con semblanza de partido político existente en el país (Meléndez, s/f).

La elección se definió por pocas décimas en un *sprint* final con definición fotográfica. En un año negro para las encuestadoras en todo el mundo, las de Perú no se han equivocado, tal vez porque aprendieron a trabajar en un contexto en que los partidos, como los conocíamos, ya no existen. Es interesante notar que los presidentes que resultan electos apoyados por movimientos coyunturales (algunos comenzaron con encuestas que les daban un

dígito y terminaron convirtiéndose en *el mal menor* para una mayoría coyuntural en la segunda vuelta) tienen más dificultades para gobernar que para ser elegidos. *Comienzan siendo muy populares, se desgastan muy rápidamente, alcanzan niveles de popularidad muy bajos y, finalmente, en los últimos meses de gobierno tienen un alza leve.*

Segundo, *el Congreso Nacional presenta tasas de rotación comparativamente altas.* En la última elección, 54% de los congresistas intentaron la reelección y solo 24% la lograron. Aunque ciertos niveles de renovación son bienvenidos, una alta rotación complica mucho la calidad de la gestión legislativa. Esto se agrava porque las bancadas partidarias simplemente se dividen y fragmentan a poco de andar el período de gobierno. Los *camisetazos* (cuando un congresista electo por un partido se cambia de bancada) se han vuelto muy difíciles de cuantificar en el caso peruano.

Frente a esta inestabilidad de las bancadas partidarias, algunos analistas peruanos argumentan que se han conformado sólidas bancadas —políticamente

transversales— cuyo denominador común es representar los intereses de quienes financian sus campañas. El dinero que alimenta a estas bancadas no viene solo de empresas legales, sino de financistas vinculados a economías ilegales. A modo de ejemplo, Ricardo Soberón, exdirector de Devida (la organización estatal a cargo de la represión del tráfico y el consumo de droga en el Perú), me dijo en una entrevista que en la última legislatura peruana la *narcobancada* (formada por unos diez legisladores de distintos partidos, financiados por dineros ligados al narco) mostró niveles de cohesión interna al votar temas relativos a la regulación y represión de dicha actividad que cualquier partido envidiaría.⁷

Tercero, *el sistema de partidos peruano también registra niveles extremos de desnacionalización*. Se entiende por desnacionalización una situación en que los partidos nacionales dejan de controlar la política subnacional y son reemplazados por referentes y partidos locales, con lo que pierden el control central sobre el territorio y las instituciones. De alguna manera esto es natural, dada la debilidad de los partidos políticos y la introducción de reformas descentralizadoras. Como resultado, de los 25 presidentes regionales elegidos en la última elección de 2014, solo cinco responden a «partidos» nacionales. El resto representa a movimientos independientes (muchos de ellos personalistas) o colectivos regionales.

7 Entrevista personal con Ricardo Soberón, marzo de 2015. Realizada en conjunto con Andreas Feldmann en la ciudad de Lima.

En el nivel municipal y distrital (alcaldes provinciales y alcaldes distritales), la presencia de representantes de partidos nacionales también es sumamente escasa. En este contexto, se han dado dos fenómenos complementarios que vale la pena mencionar aquí. Junto con las reformas descentralizadoras, se introdujo en Perú el mecanismo de revocatoria de mandato. De acuerdo con un estudio de la politóloga Yanina Welp (2013), entre 1993 y agosto de 2013 más de 5000 autoridades regionales y municipales fueron sometidas a revocatoria de mandato en Perú, y más de 1700 fueron revocadas por el voto popular.

En definitiva, a escala local Perú ha registrado la desaparición de los partidos políticos tradicionales, la emergencia de liderazgos personalistas y de movimientos regionalistas que en varios casos no son más que un vehículo para liderazgos individuales, y una situación de inestabilidad y vacío de poder a causa de la epidemia de revocatorias. Alternativamente, ese vacío de poder fue llenado por liderazgos locales autoritarios, sin que el Estado central pudiese poner coto rápidamente a la situación. En este contexto, los partidos nacionales no tienen miras de reconstituirse en las arenas regional y local.

Mientras tanto, la agenda cotidiana está pautada por la irrupción permanente de conflictos sociales y políticos particulares, los que nunca logran vertebrarse en movimientos capaces de impulsar reformas de fondo y más allá de un plano local o funcional muy restringido. Eso, hasta que una nueva campaña electoral irrumpe en la agen-

da y un sinnúmero de posibles candidatos comienza a competir para llegar a números de dos dígitos en las preferencias del elector.

¿Por qué hoy es tan difícil crear y sostener partidos políticos?

La institucionalidad democrática, al igual que la legitimidad, se estructura fuertemente sobre la base del tiempo. Examinemos, por ejemplo, las elecciones presidenciales. Si seguimos la conceptualización del politólogo Juan Linz (1998, pp. 19-37), las elecciones generan mandatos y, en un régimen presidencialista, los elegidos (idealmente con base en un programa de gobierno) tendrán cuatro o cinco años para realizar dicho mandato o persuadirnos de las dificultades que les impidieron cumplirlo, antes de tener que someterse nuevamente a evaluación en las urnas. En este nuevo ciclo electoral, la ciudadanía evaluará al gobierno y decidirá darle continuidad u optar por la alternancia.

Esta concepción de la *rendición de cuentas* está en la base de la institucionalidad de la democracia liberal y, sin embargo, se ha vuelto increíblemente anacrónica. Los problemas que ha enfrentado España para formar gobierno durante el 2016 demuestran que el parlamentarismo como una solución alternativa probablemente también se ha quedado corto. ¿Qué ha sucedido?

Una explicación plausible es que *los tiempos sociales y políticos se han comprimido brutalmente. Las lunas de miel* de los nuevos gobiernos proba-

blemente sean hoy más breves y más frágiles que en el pasado. Cualquier escándalo que se viralice en las redes sociales alcanza para acortar el período de gobierno que la ciencia política reconocía como clave para asentar a un gobierno y avanzar en su programa. Las redes sociales y la irrupción de lo que Bauman (2013) popularizó como la *modernidad líquida* tienen sin duda un impacto significativo en la comprensión temporal. A modo de ejemplo, mientras usted lee este párrafo se han publicado solo en Twitter 30.000 comentarios, varios de los cuales tienen contenido político.⁸ Dada la penetración de las redes sociales en la vida de los jóvenes contemporáneos, es dable esperar que la *liquidez* de la política y los fenómenos que a ella se asocian aumenten con el paso del tiempo. A través de su accionar en las redes sociales, los jóvenes de hoy pueden ser muy políticos, pero, al mismo tiempo, pueden *ser políticos* sin involucrarse en organizaciones políticas tradicionales.

«Cualquier escándalo que se viralice en las redes sociales alcanza para acortar el período de gobierno que la ciencia política reconocía como clave para asentar a un gobierno y avanzar en su programa»

8 Me baso en estimaciones provistas por Ernesto Calvo (2015).

Otros procesos sociales son también claves para entender los contornos actuales de la política. La irrupción de las encuestas y la medición permanente de la popularidad de actores y propuestas también comprime el tiempo. En la política del pasado, los líderes buscaban implementar su programa y trabajaban con un elenco de su confianza. Si bien recibían señales mediante la penetración social que poseían sus aparatos partidarios desplegados en el territorio, dichas señales llegaban con filtros, con sesgos, y eran en todo caso menos nítidas que el porcentaje de aprobación obtenido en la medición semanal. Tal como en la industria televisiva, en la que se pasó del *rating* mensual al *people meter* por segundo y donde los productores deben hoy maximizar los picos de audiencia improvisando al minuto, los políticos deben *marcar* bien en las encuestas y sostener su popularidad con frecuencia semanal. Entonces, no cuesta mucho imaginarse al otrora *segundo piso* racional y cerebral en una continua crisis ansiosa.

Si la compresión temporal es relevante, también lo es la segmentación territorial y socioeconómica del electorado. Dada la fuerte desigualdad económica que predomina en América Latina, los ciudadanos de distinto nivel social viven en universos paralelos. Eso permite a los partidos desplegar estrategias electorales diferentes y a veces contradictorias en los distintos sectores sociales y, al mismo tiempo, lograr ser competitivos en todos (Luna, 2014). En otras palabras, los partidos políticos son capaces de implementar estrategias altamente segmentadas con



La agenda social desafía a los partidos políticos. Manifestación en Montevideo contra la violencia de género
Foto: Manfred Steffen

el objetivo de movilizar electoralmente a distintas bases sociales, particularmente en contextos de alta desigualdad social. Aun en sociedades menos desiguales, la llegada del *big data* a las campañas electorales ha abierto, más recientemente, múltiples oportunidades adicionales para la segmentación y microsegmentación de públicos (Hopenhagen, 19.1.2017).

Así, un mismo partido puede proveer bienes públicos en un distrito, deteriorarlos en otro distrito y ser electoralmente competitivo en ambos, si logra llegar al electorado mediante distintas estrategias de campaña que funcionan bien en cada contexto particular. Si la sociedad se encuentra fragmentada (con muy poca comunicación entre las distintas clases sociales y ámbitos territoriales) y los partidos logran simultáneamente segmentar y armonizar sus estrategias electorales, ni la prensa ni los votantes se darán cuenta de que los partidos llevan discursos distintos y a veces contradictorios a los

diferentes públicos. En contextos de alta desigualdad y segregación social, esto último es posible incluso si los distritos son colindantes y están separados solo por unos pocos kilómetros. En muchos casos, el orden institucional refuerza la segmentación socioeconómica y territorial de la población. Por ejemplo, el hecho de que haya distritos marcadamente de pobres y otros marcadamente de sectores altos facilita a los partidos el uso de distintos discursos y estrategias.

La aguda segmentación que hoy exhiben las campañas electorales da cuenta de la desaparición casi completa de lo que alguna vez caracterizó a los partidos: una plataforma programática, una identidad partidaria, un mensaje claro hacia los votantes. Las personas se pueden preguntar hoy en qué cree un partido que, por ejemplo, le habla a la elite de la urgencia de flexibilizar el trabajo, pero que en los distritos populares, donde viven las personas cuyo trabajo será flexibilizado, compite en función de otras temáticas y estrategias de campaña, sin hablar de la flexibilización laboral.

Algo crucial, sin embargo, desaparece en medio de esta oferta concreta y segmentada. La construcción de partidos programáticos, capaces de articular plataformas y liderazgos que logren forjar coaliciones sociales amplias (más allá de regiones, circunscripciones, distritos y municipalidades particulares), es fundamental para superar los desafíos de la representación política en contextos de alta desigualdad. Los partidos políticos programáticos también han proveído, históricamente, de

canales para la captación, formación y promoción de juventudes políticas. Sin ellos es difícil pensar en la capacidad de los jóvenes de insertarse con éxito en la vida política institucional.

Un tercer factor, el ascenso de los ciudadanos monotemáticos, constituye también un rasgo predominante en la actualidad (Luna y Vergara, 2016). En los años ochenta y noventa, los analistas europeos manifestaban preocupación por el ascenso de los partidos de un solo asunto (los partidos verdes eran el caso más claro en ese contexto). Los viejos y estructurados sistemas de partidos europeos se veían desafiados por la emergencia de partidos muy radicales (intensos), pero preocupados por una agenda muy restringida (en el caso de los verdes, la política medioambiental). Actualmente, los intensos se han atomizado aún más: ya ni siquiera construyen partidos de un solo asunto. Se organizan cada vez más en red. Si bien logran superar la segmentación y los problemas de acción colectiva que crean los universos paralelos (gente muy diversa converge en torno a agendas específicas pero comunes, y se organiza de forma virtual o eventual), son radicales de una sola causa.

« Si la política es el ámbito de la negociación de diferencias y la búsqueda de mínimos comunes denominadores, los ciudadanos monotemáticos son en esencia antipolíticos »

En función de esta configuración de sus preferencias, los ciudadanos monotemáticos, desde la superioridad moral que genera toda preferencia absoluta, someten a juicio al gobierno, a los actores políticos y a sus pares en las redes sociales. Dichos juicios son generalmente negativos, porque por definición no pueden ser otra cosa. Aun cuando puedan celebrar una declaración o decisión de política pública, seguramente otras muchas los alienarán y disgustarán. Si la política es el ámbito de la negociación de diferencias y la búsqueda de mínimos comunes denominadores, los ciudadanos monotemáticos son en esencia antipolíticos. Algunos líderes logran canalizar la energía que aporta esta radicalidad y movilizan electoralmente a los monotemáticos. No obstante, una vez ganada la elección, cuando se trata de gobernar, se vuelven el blanco perfecto de sus electores ocasionales (y de tantos otros conglomerados de monotemáticos) y descubren lo endeble de su zurcido electoral.

¿Hacia un déficit permanente de legitimidad?

Pensando las transiciones latinoamericanas y su problemática, Lechner (1989) escribió a mediados de los ochenta que la legitimidad era una *cuestión de tiempo*. Afirmaba que construir un orden legítimo dependía de que los líderes tuvieran la capacidad de utilizar la confianza ciudadana para sincronizar los tiempos objetivos de la política (donde todo es más lento) con los tiempos subjetivos de la sociedad. Así, pensaba Lechner, los lí-

deres conseguían legitimidad (y tiempo para hacer su trabajo) cuando persuadían a la sociedad sobre la necesidad de postergar sus expectativas en lo inmediato, en pos de la construcción de un proyecto más satisfactorio (de difícil aunque plausible construcción) en el futuro.

Nobleza obliga. Ser político —tradicional o emergente— se ha tornado una pesadilla. El juego democrático, que contó siempre con la legitimidad procedimental de su lado (en parte por el recuerdo de un pasado autoritario que las nuevas generaciones no poseen), no puede hoy sincronizar los tiempos políticos y los tiempos sociales. La compresión temporal, la segmentación y consolidación de universos sociales paralelos y el ascenso de los ciudadanos monotemáticos hace virtualmente imposible crear plataformas programáticas y candidaturas que logren *comprar tiempo* en función de un futuro consensualmente deseado y plausible.

¿Cómo hacer para representar tal diversidad de preferencias sobre la base de un programa común? ¿Cómo crear plataformas programáticas medianamente coherentes e integradas? Aunque sin esas plataformas se pueden ganar elecciones a escala local y armar una bancada parlamentaria que constituye la *suma de las partes* a escala nacional, resulta muy difícil generar coaliciones políticas que sean más que eso. Y sin esas coaliciones, gobernar el todo se torna básicamente una fuga hacia adelante en la que es necesario, constantemente, apagar incendios locales o actuar sobre temas y problemáticas puntuales para lograr sobrevivir a una medición de popularidad más.

Desde hace unos años los comentaristas políticos de la región acusan la falta de *relato* en las campañas electorales. Los discursos son, en cambio, una colección amorfa de anuncios segmentados que interesan a públicos específicos. Son también un conjunto de declaraciones políticamente correctas que intentan satisfacer el hambre de algunos votantes sin, ojalá, alienar a otros. En la sociedad actual, en que la legitimidad es la nueva utopía (así de inalcanzable se ha vuelto), los discursos de campaña no podrían ser otra cosa. Lo que sí debe quedar claro es que en este contexto social es cada vez más difícil construir partidos políticos que, mediando entre el Estado y la sociedad, logren sincronizar los tiempos y producir legitimidad.

¿Se puede hacer algo?

La introducción de reformas institucionales y las reglas de juego es usualmente vista por analistas y actores políticos como una forma de *alineación* para generar un cambio en las dinámicas negativas que se observan en un sistema político. Sin embargo, es necesario examinar esta expectativa a la luz de los datos empíricos que tenemos sobre los partidos y su evolución histórica. La evidencia de que disponemos en la ciencia política muestra claramente dos cosas.

Primero, América Latina se ha caracterizado en las últimas décadas por la creación y rápida desaparición de partidos políticos. Según una estimación muy antigua de Coppedge (1998),

«Las organizaciones partidarias potentes y omnipresentes que muchos añoran también se desarrollaron al amparo de una gestión estatal que hoy calificaríamos de corrupta y económicamente insostenible»

hacia fines de los años noventa un 95 % de los partidos latinoamericanos habían competido en una elección para luego desaparecer. De acuerdo con la estimación más reciente de Thomas Mustillo (2009), desde la última transición a la democracia registrada en cada país hasta 2005, Bolivia había visto la irrupción de 37 nuevos partidos, Chile de 20, Ecuador de 93 y Venezuela de 797 organizaciones partidarias (se considera a 1958 como año de transición en este caso, mientras que en los restantes la transición se produjo en los años 1985, 1989 y 1979 respectivamente). De dichas organizaciones, muy pocas sobrevivieron a la primera elección y menos aún lograron alcanzar representación parlamentaria. En el mismo sentido, un libro recientemente editado por académicos de la Universidad de Harvard también señala que son escasísimos los casos de partidos nuevos que logran permanecer e institucionalizarse en las democracias latinoamericanas contemporáneas (Levitsky et al., 2016).

Segundo, dos tesis doctorales recientemente defendidas sugieren que *los partidos tradicionales están en extinción en la región* y que las condiciones

para el surgimiento de un partido político, y su supervivencia como una organización dinámica y perdurable, tiene muy poco que ver con incentivos institucionales (Wills, 2016; Rosenblatt, 2014). Es decir, el desarrollo de los partidos no se relaciona tanto con las reglas a las que estos son sometidos —aunque dichas reglas son muy relevantes también—, sino con procesos de organización internos que están ligados a su origen histórico. Este último trabajo señala claramente que *los partidos que hasta hace poco eran organizaciones institucionalizadas y vibrantes provenían, sin excepciones, de un pasado en que primaban fuertes niveles de polarización y violencia*. También es claro que los partidos políticos tradicionales, admirados muchas veces por sus altos niveles de institucionalización y por la fuerte identificación que generaban con el electorado, se desarrollaron en un contexto de expansión de los aparatos estatales nacionales. Los Estados grandes (y muchas veces ineficientes en términos económicos) constituían una *caja* fundamental para el financiamiento de la actividad partidaria. También permitían, en distintos niveles, montar un sistema de mediación que conectaba cada localidad con el centro político, intercambiando votos por la gestión de favores de distinta envergadura (desde un empleo vitalicio en el Estado hasta una cita con el médico o una línea telefónica).

Con los parámetros actuales, este tipo de configuración es visto como fuertemente corrupto e ineficiente. Pero también producía organizaciones partidarias vibrantes, coherentes en térmi-

nos programáticos y con fuerte arraigo social y capacidad de movilización electoral (en muchos casos clientelar). En otras palabras, los partidos que hoy queremos reconstituir se gestaron en tiempos de violencia y, usualmente, en un contexto no democrático. En esas condiciones de dificultad, en que las ambiciones individuales no tenían cabida (no había posibilidad próxima de algún éxito electoral), los *jóvenes de ayer* crearon organizaciones partidarias cuyos niveles de cohesión interna y cristalización programática luego vimos operar en el contexto de las sociedades que recuperaron la democracia. Las organizaciones partidarias potentes y omnipresentes que muchos añoran se desarrollaron también al amparo de una gestión estatal que hoy calificaríamos de corrupta y económicamente insostenible.

Para que quede claro, esta serie de afirmaciones proviene de la constatación empírica, no de cómo yo creo que deberían ser las cosas. Tampoco debe ser leída como una sugerencia de que se acepte la corrupción o la necesidad de pasar por tiempos violentos y de radicalización para que tengamos partidos fuertes. Nadie pretende volver a un pasado no democrático y en el que primaban el cohecho y la corruptela generalizada para poder reconstituir partidos políticos funcionales para la democracia. ¿Para qué nos sirve conocer aquellas regularidades empíricas entonces? Nos sirve para entender que muchas características partidarias que hoy parece deseable emular fueron gestadas y tienen su raíz en condiciones históricas que nos resultarían invivibles. En otras palabras, ni todo lo bueno va junto, ni haciendo

las cosas bien hoy generaremos necesariamente procesos virtuosos en el futuro. En definitiva, está en los jóvenes de hoy refundar la política. El desafío es lograr dicha refundación al mismo tiempo que se maximizan los ideales de representación y legitimidad democrática.

Referencias bibliográficas

- BAUMAN, Z. (2013). *Liquid modernity*. Nueva Jersey: John Wiley & Sons.
- BID (2006). *La política de las políticas públicas*. Progreso económico y social en América Latina. Informe 2006. Washington D. C.: BID.
- CALVO, E. (2015). *Anatomía política de Twitter en Argentina*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- COPPEDGE, M. (1998). «The dynamic diversity of Latin American party systems». *Party Politics*, 4(4), pp. 547-568.
- DARGENT, E. (2014). *Technocracy and Democracy in Latin America*. Nueva York: Cambridge University Press.
- HOPENHAYN, D. (19.1.2017). «Martin Hilbert, experto en redes digitales: “Obama y Trump usaron el Big Data para lavar cerebros”». *The Clinic online*, <http://www.theclinic.cl/2017/01/19/martin-hilbert-experto-redes-digitales-obama-trump-usaron-big-data-lavar-cerebros>.
- LECHNER, N. (1989). «El realismo político, una cuestión de tiempo». *Leviatán: Revista de hechos e ideas*, n.º 35, pp. 113-130.
- LEVITSKY, S., J. LOXTON, B. VAN DYCK y J.I.DOMÍNGUEZ (2016). *Challenges of Party-Building in Latin America*. Nueva York: Cambridge University Press.
- LEVITSKY, S., y M. CAMERON (2003). «Democracy without Parties? Political Parties and Regime Change in Fujimori's Peru». *Latin American Politics and Society*, 45(3), pp. 1-33.
- LINZ, J. J. (1998). «Democracy's time constraints». *International Political Science Review*, 19(1), pp. 19-37.
- LUNA, J. P. (2016). «Chile's Crisis of Representation». *Journal of Democracy*, 27(3), pp. 129-138.
- (2014). *Segmented representation: Political party strategies in unequal democracies*. OUP Oxford.
- LUNA, J. P., y R. MARDONES (2010). «Chile: are the parties over?». *Journal of Democracy*, 21(3), pp. 107-121.
- LUNA, J. P., y F. ROSENBLATT (2012). *¿Notas para una autopsia? Los partidos políticos en el Chile actual. Democracia con partidos. Informe para la reforma de los partidos políticos en Chile*. Santiago de Chile: CEP y CIEPLAN.
- LUNA, J. P., y A. VERGARA (2016). «Latin America's Problems of Success». *Journal of Democracy*, 27(3), pp. 158-165.
- MELÉNDEZ, C. (s/f). *El mal menor*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- MUSTILLO, T. J. (2009). «Modeling new party performance: A conceptual and methodological approach for volatile party systems». *Political Analysis*, 17(3), pp. 311-332.
- ROSENBLATT, F. (2014). *¿How to party?* Tesis de doctorado. Santiago de Chile: Pontificia Universidad Católica de Chile, Instituto de Ciencia Política.
- WELP, Y. (2013). «¿Por qué Perú?». *Elecciones*, 12(13), ONPE.
- WILLS, L. (2016). *Latin American Traditional Parties, 1978-2006*. Bogotá: Uniandes.
- ZAVALETA, M. (2005). *Coaliciones de independientes*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

«Los invisibles»:

brechas intrageneracionales
en los jóvenes del nuevo milenio¹

—» CAMILA CRESCIMBENI

Licenciada en Ciencia Política.
Directora nacional de Inclusión
Joven en la Subsecretaría
de Juventud de la Nación
Argentina. Docente de la
Universidad de Buenos Aires.

-
- 1 El presente trabajo se enmarca en una investigación global que está realizando la autora junto con el equipo de la Subsecretaría de Juventud de la Argentina para definir más precisamente las características de vulnerabilidad en los jóvenes de la Argentina en torno a criterios tanto de desigualdad socioeconómica como de desigualdades en el acceso a los *marcadores* típicamente asociados con la generación a la que supuestamente pertenecen: uso de las nuevas tecnologías, nuevos patrones de vínculos y relaciones fluidas, capacidades para afrontar cambios, proyectos de vida centrados en la búsqueda de un propósito y sentido.

Retratos de una ¿generación?

«Si quieres cambio verdadero, pues camina distinto». Esta frase de una canción de Calle 13 decoraba los pasillos de una charla TEDx, uno de los eventos más asociados a la generación Y o *millennial* que existen. Y, como todo en nuestro siglo, nos incentiva a buscar la novedad, a rebelarnos contra lo establecido y a ser creativos. Un espacio donde se trabaja la democratización y la horizontalidad de los saberes, se valora la transmisión de experiencias vividas antes que la imposición de concepciones académicas, se respeta la brevedad en las exposiciones para no aburrir a un público que piensa en 140 caracteres, se apuesta a la sorpresa y al impacto en la inmediatez. Un espacio donde no se pone en duda que esta generación quiere cambiar el mundo —aunque no sabemos aún cuáles son nuestros clavajes— y que tenemos la intención de trascender de alguna manera, siendo nosotros mismos agentes de la transformación.

En las charlas TEDx, como en las conferencias *techies*² e innovadoras que se les parecen, se dan conversaciones fugaces en un entorno innovador donde vamos buscando ideas e inspiración para echar leña al fuego de nuestra ambición de dejar una estela en este mundo o, simplemente, de encontrar una conjugación más balanceada entre

el trabajo y el placer. Porque, como se dice por ahí, los *millennials* estamos llegando al mundo adulto y, con ello, traemos oportunidades y desafíos tanto al mundo de lo privado como al de lo público. Dicen que somos curiosos, apasionados, marcados indefectiblemente por las nuevas tecnologías desde temprana edad y con una cultura de la satisfacción inmediata de nuestros deseos, que tenemos una visión instrumental del tiempo como algo efímero y veloz que debemos usar para cumplir nuestros objetivos. Suficientemente adaptables, aceptamos pronto los cambios culturales y nuevos paradigmas que surgen en nuestra sociedad con una mentalidad fluida y digital.

» Traemos oportunidades y desafíos tanto al mundo de lo privado como al de lo público «

Se dice que los jóvenes cambiamos. Que ya no representamos masivamente la edad de tempranos matrimonios, familias numerosas, mujeres en sus casas ocupándose de lo doméstico y hombres ganándose el pan, trabajos con predominancia de herramientas analógicas y con proyección a una carrera de ascenso en un mismo lugar toda una vida. Formamos familia más tarde porque privilegiamos un proyecto profesional, trabajamos a la par mujeres y hombres, cambiamos de trabajo seguido porque no queremos hacer carrera en un mismo lugar para toda la vida, buscamos desafíos y espacios donde sentirnos realizados (Deloitte,

2 Anglicismo que refiere a personas expertas en tecnología y que se usa coloquialmente dentro del mundo emprendedor y tecnológico. En este escrito se pretenden representar con fidelidad los vocablos que se usan en los contextos a los que referimos.

2015). Vemos una línea mucho más fina entre el trabajo y la vida personal, y por eso usamos nuestras redes personales en el trabajo y trabajamos horas extra desde casa. Parecería notarse un cambio sustancial respecto a la mentalidad de las generaciones que nos precedieron. Es el caso de Juana, que desde sus cinco años va a un colegio inglés y sueña con irse a estudiar emprendedurismo social a Estados Unidos y trabajar en un organismo multilateral. Espera conseguir una beca, pero, si no, sabe que sus padres se lo pagarán porque es la hija única y mimada de unos sesentones. Desde chica le enseñaron que puede lograr todo lo que se proponga si se dedica lo suficiente. A Bautista, su novio, le cuesta concentrarse para rendir los exámenes de la escuela porque le enseñan demasiado linealmente y él está acostumbrado, desde que tiene dos años, a aprender cómo le enseñan los dispositivos, pasando rápidamente de una pestaña a otra sin necesidad de cerrar ninguna. Puede al mismo tiempo abrir su correo electrónico, *stalkear*³ a otros por redes sociales y publicar alguna foto de esa situación en Instagram Live, buscar en Wikipedia algún concepto al que aludió la profesora en clase y que desconocía, leer las noticias, buscar un pasaje a algún lugar lejano del mundo que quiere conocer y volver a lo que lo llevó a tomar la computadora en un primer

momento: el *paper*⁴ sobre literatura inglesa que adeuda en la escuela. Justina, la hermana mayor de Bautista, está por tener su primer hijo a los 35. Es un poco tarde para ella, pero dedicó sus veinte años a viajar por el mundo y a explorar opciones laborales: fue fotógrafa en el norte argentino y Bolivia, *baby sitter*⁵ en Australia y camarera en bares de Nueva York. Conoció a un abogado italiano ocho años mayor que ella por Tinder, él le propuso casamiento y ella le dijo que no hace falta y que prefiere no atarse a las formas.

Mientras tanto, en Miraflores, Chaco, Marisa queda embarazada a los 15 de un novio que la maltrata, y deja la escuela. De chica era abanderada y le gustaría terminar la escuela porque la hacía sentir especial, pero no sabe qué tiene que hacer para volver ni tiene demasiado claro para qué le serviría realmente. Su madre quiere ayudarla, pero ella tampoco ha podido terminarla ni tiene dónde dejar a su bebé para dedicar unas horas a estudiar. Alguna vez soñó con tener su propia mercería, pero hoy lo ve como una idea difusa, compleja y no cuenta con fondos para comprarse las primeras máquinas y telas. Luciano, su hermano, no terminó la primaria porque le aburría y, honestamente, la familia estaba necesitando un mayor ingreso. Se puso a juntar chapas para venderlas y a ofrecer su ayuda en algunas plantaciones cercanas. Como no hay internet en su

3 Anglicismo que refiere a la palabra *stalk*, 'acechar', usada para referirse a quienes espían perfiles de personas que no conocen en las redes o a quienes pasan demasiado tiempo observando la vida de los otros: casi todos en las redes sociales.

4 Palabra inglesa que se usa en el mundo académico universitario y en los colegios anglófilos para referir a un ensayo.

5 En inglés, 'niñera'.

casa, se conecta a su Facebook desde el único cibercafé del pueblo para ver los videos de YouTube de los que hablan sus amigos. Sueña con irse a vivir a Resistencia para trabajar de lo mismo que el padre, un profesor de fútbol en clubes de barrio al que conoció de chico y después se fue, pero no se atreve a irse de su casa porque dejaría a su madre y sus hermanas sin un hombre que sostenga a la familia. Marcelo, el más chico de los diez hermanos, tiene 14 y ya siente que no puede vivir sin consumir drogas. Empezó alentado por un amigo más grande que se fue a vivir a Buenos Aires y ahora quiere *rescatarse*,⁶ pero no puede retomar el control sobre su vida. Una vez le preguntaron qué era lo que más le gustaba de sí mismo y no supo qué decir, no encontraba las palabras ni la seguridad para compartir esas vagas ideas sobre su propia estima. Su prima María se fue de chica a vivir a Guernica, en el conurbano bonaerense, porque «ahí hay oportunidades», decía su madre. Al no tener dónde vivir se armaron un rancho con materiales que les prestaron y empezó a trabajar como asistente de maestranza en un supermercado. Cambia de trabajo todo el tiempo, pero no porque esté buscando superarse, sino porque cada tanto la echan; tiene tanto sueño de cuidar a sus siete hijos chicos todas las noches que a veces se queda dormida en el trabajo.

6 Expresión que se usa en el barrio para describir el momento en que una persona lucha contra el abuso de sustancias u otros abusos e intenta volver a un mejor camino para sí misma.

» ¿Es posible hablar de un cambio generacional cuando una gran parte de esa generación vive en condiciones socioeconómicamente precarias, en las márgenes de la revolución industrial y tecnológica y al límite de la integración social? «

Aunque sean obvias generalizaciones simplificadas que pretenden evidenciar el mayor contraste, existen claras diferencias entre los perfiles de juventud que recién se delinearon. Mientras invertimos mucho tiempo y energía en explorar las potencialidades de desarrollo y los desafíos que los *millennials* representamos para el mundo, dedicamos mucho menos a considerar a los invisibles de nuestro continente y a definir mediante qué políticas públicas y programas del sector civil y privado podríamos achicar esta brecha intrageneracional e integrar a los jóvenes. Si consideramos este panorama, ¿es posible hablar de un cambio generacional cuando una gran parte de esa generación vive en condiciones socioeconómicamente precarias, en las márgenes de la revolución industrial y tecnológica, y al límite de la integración social? ¿Cuánto podrá nuestra generación realmente innovar en la política, en el mundo laboral, en la educación y en la comunicación si estamos pensando en una parte como el todo?

Estudiantes de la Escuela Ingeniero Maury, Salta, construyen un robot con forma de dragón. Foto: Soy Joven



Entonces, ¿quiénes somos los jóvenes?

Hasta acá podemos imaginarnos un perfil identitario de un joven con alto nivel de integración social y un perfil de un joven cruzado por diversas exclusiones y desigualdades. Trabajando con jóvenes de la Argentina y con realidades similares en Latinoamérica, vemos una incoherencia persistente dentro de nuestra propia generación. Encontramos juventudes en las márgenes, con dificultosa inserción no solamente en los sistemas clásicos de construcción de identidad, como lo son la educación y el trabajo, sino también excluidos de lo que llamamos los *marcadores* de pertenencia generacional. Estos últimos marcan la tendencia de nuevos patrones sociales y de desarrollo de las sociedades y, a su vez, delinean los nuevos ejes de exclusión. Los jóvenes invisibilizados también quedan por fuera de los nuevos bienes de consumo, bienes culturales y bienes sociales que se están generando: tendencias hacia una mayor igualdad de

género, cierta libertad y autonomía en las decisiones sobre la propia vida, una menor predeterminación de nuestros caminos según el camino de nuestros progenitores, el uso de Internet y sus herramientas para mejorar la propia vida y el entorno, el florecimiento del emprendedurismo, la fluidez en las comunicaciones y sus consecuencias sobre las estructuras mentales, entre otros. Sin considerar que necesariamente el modo de vida impulsado por el ímpetu tecnologizador de la era sea mejor ni que el progreso *per se* sea preferible,⁷ es claro que para los ejes decisores de políticas públicas hacia los jóvenes es imprescindible poder apreciar la realidad en su complejidad. De lo contrario, los instrumentos seleccionados para proveer de oportunidades a los jóvenes y los mecanismos de implementación no podrán sino ser erra-

7 De hecho, según un informe reciente de la OIT, 73 millones de personas de entre 16 y 24 años están desempleadas en el mundo (Campanella, 2016), lo cual demarca algunos de los problemas que también afronta esta generación.

dos al desconocer las características y desigualdades inherentes de su público objetivo.

Existe una disonancia entre la cosmovisión en la que estamos insertos y la macrovisión de cómo este mundo es en realidad. Ya lo decía Pierre Bourdieu (2008) en su teoría de los campos: quienes nos hallamos dentro de un determinado *habitus* tendemos a estructurar nuestra identidad según los usos y costumbres que nos rodean, tendemos a movernos de un modo más o menos uniforme y generalizamos realidades que son cosmovisiones más que situaciones generalizables. De este modo, si en nuestra fragmentación del mundo todos somos representantes de la mentalidad fluida y digital (Bauman, 2002) y tenemos poca exposición a otras realidades, tenderemos a considerar que nuestro fragmento es equiparable al todo. Sin embargo, el punto que queremos señalar es que la mentalidad de una gran parte de los *millennials* sigue siendo más parecida a la de las generaciones precedentes que a la de sus coetáneos, y esto propone un desafío interesante a la hora de elaborar políticas públicas.

Si vamos a Abra Pampa en Jujuy, a Rosario o al tercer cordón del conurbano bonaerense, lejos del paradigma del joven seguro de sí mismo que enfrenta el siglo XXI con optimismo — que, dicho sea de paso, también tiene sus matices—, encontramos mujeres y hombres a quienes les cuesta expresar sus sentimientos y poner sus sueños en palabras, que no terminan la escuela secundaria porque tienen que ayu-

dar en sus casas o porque se generan frustraciones sostenidas en espacios de formación donde el saber continúa siendo indefectiblemente jerárquico, las relaciones, distantes, y la capacidad de generar entornos de cariño y contención, muy baja. Siguen formando familias numerosas desde una temprana adolescencia, en las que los roles femenino y masculino están en un violento jaque, pero no se acepta aún una paridad estructural y el cuestionamiento viene principalmente desde afuera. Las nuevas tecnologías aparecen en alguna instancia, asociadas al entretenimiento y mayormente en formato celular. Y el acceso a las redes sociales y herramientas digitales es amplio, pero en contadas ocasiones estas aparecen como herramientas educativas, laborales, de exploración formativa y de intercomunicación global. Esto nos conduce a apreciar la evidencia de que por más que estemos diseñando un mundo abierto, digital y fluido, donde la ciencia promete facilitar la vida humana y nos volvemos

« La mentalidad de una gran parte de los *millennials* sigue siendo más parecida a la de las generaciones precedentes que a la de sus coetáneos, y esto propone un desafío interesante a la hora de elaborar políticas públicas »

más innovadores, existe una brecha intrageneracional fuerte que deja a unos y otros en distintos lados del precipicio que separa a los mundos.

¿Quiénes somos entonces los *millennials*? La respuesta es que lo somos todos, los urbanos y los rurales, los *techies* y los analógicos, los que crecieron chateando en MSN Messenger y los que crecieron labrando la tierra, los que están estudiando un posgrado y los que no terminaron la primaria, los que son padres hace años y los que nunca lo serán, los que conocen cinco continentes y los que nunca salieron de su pueblo. Solamente partiendo de este diagnóstico sincero es que podremos abordar las posibilidades que tiene la política para trabajar con todos los colectivos de jóvenes.

Hacia un enfoque ciudadano con el joven en el centro

Pensando en las decisiones políticas y de gestión que afrontamos desde el Estado, es crucial reconocer que nuestra generación está partida, porque de otra manera el abordaje estaría respondiendo a un diagnóstico parcial y segmentado del público objetivo. ¿Debemos trabajar en programas que continúen abriendo el acceso a la red, a las computadoras y a una primera alfabetización digital, o apuntar a capacitar en usos superadores de las herramientas digitales con salida laboral, como por ejemplo la programación, la robótica y el *testing*? ¿Es recomendable introducir herramientas para mejorar las habilidades socioemocionales o fomentar la formación en oficios

para incentivar el ingreso al empleo? ¿Tenemos que elaborar programas donde se seleccione a los candidatos según el mérito y la continuidad académica o deberíamos privilegiar la necesidad y la carencia de oportunidades? ¿Apuntaremos a que todos los jóvenes terminen el colegio secundario o asumiremos que algunos no lo harán y les brindaremos herramientas también a ellos? ¿Generemos viajes para los jóvenes vulnerables de lugares recónditos a las capitales para que conozcan espacios de mayor modernización o promoveremos viajes de los jóvenes con mayores oportunidades hacia los pueblos y barrios para que *mentoreen* a otros jóvenes? ¿Diseñaremos programas de emprendedurismo e innovación para quienes ya saben cómo hacerlos o para quienes haya que guiar en el proceso de entender qué es un plan de negocios? ¿Incorporaremos la voz de los jóvenes invisibles en las definiciones de políticas públicas o conduciremos la nave con nuestros propios preconceptos y visiones?

Estas opciones nunca son excluyentes, y lo que debe buscar el Estado es hilarlas creando políticas públicas transversales que dialoguen con toda la población, que no respondan a una lógica de compartimientos estancos y que privilegien a quienes se encuentran en situaciones de mayor vulnerabilidad. Los jóvenes debemos estar en el centro del enfoque estatal, considerándonos en el pie de igualdad que nos propone la ciudadanía. El diseño de las políticas debe comenzar de abajo hacia arriba, elaborando sobre los sentidos comunes y buscando canalizarlos y mejorarlos, siempre considerando

como objetivo el desarrollo del máximo potencial del proyecto de vida de cada joven y no el desarrollo ideal que responda a paradigmas predefinidos detrás del escritorio.

Así como lo señala la encuesta de Salud en Argentina (2012), la sensación de vacío existencial y soledad entre los *millennials* es alarmante: un 16,9 % de los adolescentes de entre 13 y 15 años consideraron suicidarse en el último año. Estos números indican una línea que probablemente sea común a todos los estratos: por más integrados o vulnerables que seamos, existe algún componente en torno al cambio y la incapacidad de detenerlo que nos genera angustia e inestabilidad. Para eso proponemos que en el centro de todas las políticas que realizan abordaje al joven esté lo que llamamos *proyecto de vida*, es decir, una autorreflexión constante para que los jóvenes pensemos en quiénes somos, qué nos gusta de nosotros mismos, qué quisiéramos cambiar de nosotros y del entorno, y que podamos trabajar crecientemente en espacios de

mayor diálogo y comunicación sincera entre pares, sabiéndonos atravesados por una misma generación.

» ¿Incorporaremos la voz de los jóvenes invisibles en las definiciones de políticas públicas o conduciremos la nave con nuestros propios preconceptos y visiones? «

Para poder procesar los cambios que nos circundan e integrarlos a la realidad es importante que los *millennials* participemos cada vez más en la formulación y evaluación de políticas públicas, acercando al entorno decisor la conciencia plena de las brechas intrageneracionales. Tanto en el Estado como en lo privado y en las organizaciones sociales, civiles y de base es importante que los jóvenes integremos espacios de decisión, pero principalmente que



El primer grupo del taller de danzas de la Casa Nacional del Futuro
Foto: Soy Joven

nos exponamos a conocer, recorrer y dejarnos afectar por todas las realidades que cruzan a nuestra generación. En ese sentido, es relevante que las empresas y el mundo privado no dejen fuera del cambio y la innovación a las juventudes vulnerables, y que cada vez más se propongan formar e integrar a los jóvenes en sus esquemas, entendiendo que solo con toda la población y no con una parte de ella es que se pueden desarrollar los países en el largo plazo. También es crucial que las organizaciones de la sociedad civil continúen tendiendo puentes entre las juventudes, eludiendo los esquemas tradicionales de estructuración de la identidad, y que puedan basar el desarrollo local en todo aquello que nos une como jóvenes *millennials* —incluyendo oportunidades y desafíos— y no lo que nos separa.

En definitiva, siendo conscientes de las diferencias intrageneracionales que encarnamos los *millennials* y compartiendo la visión de que para el desarrollo de un país es imprescindible que el avance sea igualitario, sostenemos que el verdadero desafío de estas décadas en cuanto a la juventud tiene que ver con interpretar esas complejidades e inconsistencias desde los ámbitos de decisión y trabajo con jóvenes, a fin de construir cada vez mayores oportunidades para las juventudes más vulnerables y apuntando a tender lazos de corresponsabilidad entre todos los jóvenes. Solo así, construyendo una juventud segura y reconciliada consigo misma, podremos confiar en una generación que abogue por un mundo más igualitario.

Bibliografía

- BAUMANN, Z. (2002). *Modernidad líquida*. México: Fondo de la Cultura Económica.
- BOURDIEU, P., y L. WACQUANT (2008) [1992]. *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- CAMPANELLA, E. (2016). «Generation Jobless». *Project Syndicate*. Disponible en: <https://www.project-syndicate.org/onpoint/generation-jobless-by-edoardo-campanella-2016-06?barrier=accessreg>.
- CEPAL, OIJ, IMJUVE (2014). «Invertir para transformar. La juventud como protagonista del desarrollo». Disponible en: http://www.oij.org/file_upload/publications/items/document/20141023131557_25.pdf.
- CRESCIMBENI, C. (2015). «Educación y ciudadanía en el siglo XXI», *Revista SAAP*, vol. 9, n.º 2.
- DELOITTE (2015). *Brechas importantes. Encuesta Deloitte 2015 Generación del Milenio. Resumen ejecutivo*. Disponible en: <https://www2.deloitte.com/content/dam/Deloitte/cr/Documents/human-capital/estudios/150225-EncuestaDeloitte2015-Generacion-del-Milenio.pdf>.
- DÍEZ RODRÍGUEZ, A. (2003). «Ciudadanía cibernética, la nueva utopía tecnológica de la democracia». En J. BENEDICTO, y M. L. MORÁN (coords.). *Aprendiendo a ser ciudadanos. Experiencias sociales y construcción de la ciudadanía entre los jóvenes*. Madrid: Injuve.
- DUBET, F. (2003). «Mutaciones cruzadas: la ciudadanía y la escuela». En J. BENEDICTO, J., y M. L. MORÁN (coords.). *Aprendiendo a ser ciudadanos. Expe-*

- riencias sociales y construcción de la ciudadanía entre los jóvenes. Madrid: Injuve.
- FOUCAULT, M. (2003). *Historia de la sexualidad*. 1. «La voluntad de poder». Buenos Aires: Siglo XXI.
- GUTIÉRREZ RUBÍ, A. (2015). «La generación millennials y la nueva política». *Revista de Estudios de Juventud*. Madrid: Injuve. Disponible en <<http://www.injuve.es/sites/default/files/2015/35/publicaciones/12.%20La%20generaci%C3%B3n%20Millennials%20y%20la%20nueva%20pol%C3%ADtica.pdf>>.
- HEREDIA, M. (2011). «Ricos estructurales y nuevos ricos en Buenos Aires: primeras pistas sobre la reproducción y la recomposición de las clases altas». *Estudios Sociológicos*, vol. XXIX, n.º 5, enero-abril, pp. 61-97.
- KESSLER, G. (2014). *Controversias sobre la desigualdad. Argentina, 2003-2013*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, cap. 1, «La desigualdad y sus interrogantes», pp. 27-57.
- KESSLER, G., y V. ESPINOZA (2003). *Movilidad social y trayectorias ocupacionales en Argentina: rupturas y algunas paradojas del caso Buenos Aires*. Santiago de Chile: CEPAL, serie Políticas Sociales 66.
- INSTITUTE OF DESIGN AT STANFORD (s/f). *Mini guía: una introducción al Design Thinking + Bootcamp bootleg*. Disponible en <<https://dschool.stanford.edu/sandbox/groups/designresources/wiki/31fbd/attachments/027aa/GU%C3%8DA%20DEL%20PROCESO%20CREATIVO.pdf?sessionID=e62aa8294d-323f1b1540d3ee21e961cf7d1bce38>>.
- MINISTERIO DE SALUD (2012). 2.ª *Encuesta Mundial de Salud Escolar. Argentina* 2012. Disponible en <http://www.ms.gob.ar/ent/images/stories/vigilancia/pdf/2014-09_informe-EMSE-2012.pdf>.
- SEIDMANN, S., S. AZZOLINI y J. DI IORIO (2012). «Visibles o invisibles, vida cotidiana y construcciones identitarias en jóvenes». *Anuario de Investigaciones*, vol. XIX, Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires. Disponible en <<http://www.scielo.org.ar/pdf/anuinv/v19n1/v19n1a07.pdf>>.
- SVAMPA, M. (2005). «La transformación y territorialización de los sectores populares». En *La sociedad excluyente*. Buenos Aires: Taurus.
- UNGER, M. (2010). *La alternativa de la izquierda*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Innovación disruptiva en política juvenil

—» EVERARDO PADILLA CAMACHO

Miembro del Partido Acción Nacional de México, en el que fue secretario nacional de Acción Juvenil. Es vocal ejecutivo del Instituto de Estudios Legislativos en el Congreso del Estado de México, presidente de Nada Nos Detiene A. C. y asociado de la Fundación Rafael Preciado Hernández.

Introducción

El mundo cambia más rápido que nunca y nada se puede comparar con lo que estamos viviendo. En cuestión de horas, quizá hasta minutos, puede producirse un fenómeno social, una tendencia en redes causada por alguna eventualidad superficial. Difícil de pronosticar y de comprender, hay una generación nueva, poco estudiada, cuya visión de la vida dista mucho de aquella a la que estábamos acostumbrados.

Rara vez hablan de política o religión; los asumen como dos asuntos cuyas instituciones carecen de credibilidad. La nueva credibilidad la tienen sus propias experiencias y las valoraciones que una masa les da. Una masa iconoclasta, que destruye todo el simbolismo para crear nuevos símbolos no trascendentales, puesto que estos siempre podrán ser remplazados sin temor ante la existencia de lo nuevo, considerado *a priori* como mejor.

Es mi interés compartir en las siguientes líneas algunas reflexiones sobre esta compleja generación y al mismo tiempo ilustrar sus alcances desde lo sucedido en México en Acción Juvenil, la rama joven del Partido Acción Nacional, durante los últimos tres años y medio. Para ello es importante un análisis autocrítico de dicha generación, muy heterogénea, pero con algunos rasgos comunes que en política pueden implicar transformaciones positivas.

Planteamiento

Quizá muchos no se educan en los colegios, se educan en internet como el mejor de los maestros. Líderes de 20 años que publican absolutamente todo y se convierten en los «influenciadores» más poderosos de su generación, son capaces de convocar multitudes con un solo *tweet* sin ofertar algo extraordinario. Todo lo contrario: su oferta es lo común; hablan de lo que cualquiera podría hablar, con simpleza, sin sentencia alguna; no son expertos en nada, pero opinan de todo lo ordinario: las relaciones humanas, la tecnología, la moda, las artes,

etcétera. Quizá su fama efímera se base en la existencia de contenido nuevo permanente, de hacer público cada rincón de su pasado, sus pensamientos y sus relaciones, de eliminar toda privacidad con el objeto de entretener a su público.

En ese mundo de las redes sociales, la veracidad no se cuestiona; se encuentra en función de la cantidad de personas involucradas en ellas. Es decir, la cantidad de personas que siguen a un *youtuber*, la cantidad de *views* que tiene un video, la cantidad de *likes* de una foto o nota es directamente proporcional a la confianza que se otorga a la fuente. Se trata de un liderazgo atípico, basado en el entretenimiento, pero con enorme capacidad de romper fronteras y transformarse en liderazgo social.

Estos líderes virtuales viven el presente, pero un presente inmediato; el ayer ya es pasado y el futuro no se planea. No existen visiones que trasciendan: ni los compromisos entre las personas, como el matrimonio o la amistad, ni la construcción de patrimonio como garantía de estabilidad, ni la superación académica como herramienta en el mundo laboral. La vida es un instante que debe ser aprovechado, y la mejor forma de hacerlo es vivir sin atadura alguna, dedicar el tiempo a aquello que nos haga disfrutarla.

Según Christian Ascencio, investigador de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM:

En lo económico, esta generación no está afianzando cuestiones que le permitan cierta estabilidad, como seguridad social, un sistema de ahorros, de jubilación o pensión. Transitan de

una disciplina a otra, les cuesta enfocarse en un solo eje; han renunciado a un trabajo estable de por vida y prefieren el dinamismo. Colocan la satisfacción por encima de lo que en otro momento era responsabilidad en el sentido tradicional.¹

Es decir, no están preparados para una crisis porque en realidad no han vivido una; a pesar de las decenas de conflictos armados en el mundo, se trata de uno de los periodos más pacíficos y prósperos del mundo occidental. Pero sí abrazan algunas causas: un mundo utópico donde todos gocen de los mismos privilegios sin considerar el mérito para conseguirlos, un mundo donde la flora y la fauna obtengan condiciones similares a las de la vida humana, un mundo donde la autoridad sea imperceptible para la vida ordinaria. No luchan por patrimonio, sino por la mayor cantidad de personas contactadas en su red, una red etérea a la que se le tienen consideraciones sentimentales. Hay un líder que otorga contenido, sin exigir exclusividad ni lealtad, y unos seguidores que reciben el contenido y compartirlo es su forma de retribución.

Mucho se puede comentar sobre el *bono demográfico* mexicano y la forma en la que este puede influir en las decisiones públicas del país, pero lo cierto es que los partidos políticos no hemos sabido conquistar a esta generación tan

peculiar. Datos del Instituto Nacional Electoral reflejan que solo tres de cada diez jóvenes con credencial de elector ejercieron su derecho a votar en las elecciones de junio del 2015 para renovar la Cámara de Diputados, un porcentaje significativamente menor que el promedio de la población electoral.

Sin embargo, los nuevos votantes mexicanos representan al mismo tiempo un rango etario más participativo. En esa misma elección los jóvenes de 18 a 19 años que votaron por primera vez alcanzaron una participación del 44,22 %, significativamente superior a la participación de los jóvenes de entre 20 y 29 años, pero muy por debajo de la de los votantes de entre 60 y 69 años, que tuvieron una participación superior al 60 %.

Semanas antes de esa elección, el portal electrónico *Forbes* ilustraba las dificultades de convencer a esta generación y resumía:

El mercado de los votantes *millennials* no es nada despreciable: en términos concretos, el segmento de los 19 a 24 años de edad representa el 21 % del universo de cibernavegantes en México, lo que equivale a poco más de 12 millones de electores en potencia. La mayor parte de ellos sin una orientación política definida, pero con grandes deseos de informarse a través de los medios sociales.²

1 Cristina Pérez-Stadelman. «Millennials cambian el ideal de trabajo». *El Universal*, 2 de enero de 2017, disponible en <<http://www.eluniversal.com.mx/articulo/nacion/sociedad/2017/01/2/millennials-cambian-el-ideal-de-trabajo>>.

2 Rubén Vázquez. «Política digital: nada fácil obtener el voto millennial». *Forbes*, 19 de marzo de 2015, disponible en <<http://www.forbes.com.mx/politica-digital-nada-facil-obtener-el-voto-millennial/gs.lXORnU>>.

Ergo, sigue pendiente atraer ese mercado que, según las estadísticas, podría ser decisivo en cualquier jornada electoral.

A la par de esta complejidad generacional, en el Partido Acción Nacional se vivió un proceso muy interesante de participación juvenil. Durante del año 2014, justo en el punto de inflexión producido por una crisis política interna, la cantidad de jóvenes de entre 18 y 25 años inscritos en el padrón nacional aumentó en un 500 %, mientras que el padrón general solo alcanzó un 200 % de crecimiento. Lo anterior adquiere mayor relevancia si se consideran variables como que el padrón de jóvenes es un instrumento dinámico que tiende a decrecer por obvias razones y que el partido en cuestión no goza de una plataforma electoral dirigida a este mercado ni, mucho menos, de una línea de pensamiento cercana a los movimientos estudiantiles o brotes revolucionarios nacionales en los que mayoritariamente participan los jóvenes mexicanos.

Al respecto es interesante mencionar algunos factores que podrán ayudar a comprender este crecimiento desmedido:

- a. En primer lugar, el descontento social que comenzó a crecer en contra del gobierno federal y particularmente de la figura del presidente de la República, emanado del PRI, pero que según cifras oficiales contó con el respaldo de la población joven durante la elección del 2012.
- b. La ligera recuperación electoral del PAN durante el proceso del 2013, cuando obtuvo importantes victo-

rias en capitales de los estados, que contribuyó a generar la percepción de un partido político competitivo después de la crisis del 2012, tras obtener el tercer lugar en los resultados presidenciales.

- c. El inicio de una fuerte oferta formativa a los jóvenes militantes y a los no militantes, que además logró ser mediatizada a través de las redes sociales, principalmente, y que consistió en un programa de becas destinadas a jóvenes militantes para estudios de posgrado en el extranjero, programas de seminarios y diplomados en instituciones de educación superior nacionales o extranjeras, y programas de formación intensiva patrocinados en su totalidad con el presupuesto del partido.
 - d. El ascenso de figuras partidistas relativamente jóvenes, mediatizadas, con agenda opositora pero propositiva, con un interés profundo en proyectar cercanía con la clase media y desvincularse de las formalidades y solemnidades de la clase política clásica.
 - e. La debilidad institucional de otros espacios de reclutamiento de jóvenes en partidos políticos opositores, incapaces de capitalizar el incipiente descontento social por los escándalos de corrupción y las tragedias sociales durante los primeros años del sexenio del presidente Peña Nieto.
- Me detendré en ahondar un poco más en el punto c, toda vez que se trata de un factor endógeno y con un alto porcentaje de responsabilidad a cargo de la Secretaría Nacional Juvenil que me correspondió encabezar.

Es importante puntualizar que el PAN ha tenido jóvenes militantes prácticamente desde la etapa fundacional. El promedio de edad de los fundadores del partido era de 29 años, y desde aquellas primeras jornadas para establecer una red nacional de militantes hubo jóvenes en ella. Con el paso de las décadas, dichas generaciones fueron asumiendo roles protagónicos en el partido, pero siempre promoviendo la participación de nuevas generaciones. Durante las etapas de consolidación institucional del PAN aparecen nombres de militantes destacados provenientes de las filas juveniles, y en 1987, después de una crisis política dentro del partido, se consolidó una nueva organización juvenil que lleva el nombre con el que hasta ahora se la conoce. Hago esta reseña para ilustrar la fortaleza del PAN en el ámbito de formación de jóvenes, frente a otras fuerzas políticas mexicanas que apenas hace algunos años han comenzado a trabajar en este sector con la dedicación y la disciplina que se requieren.

A la par de lo anterior, Acción Juvenil había atravesado un momento de pasividad producido por una crisis política dentro del partido muy vinculada a la dolorosa derrota del 2012, pero también a la falta de una agenda de trabajo durante algunos años. Esa falta de agenda produjo la implosión paulatina en muchas de las estructuras de jóvenes en el país y cierto desprestigio frente a la dirigencia del partido. Esto explica la sobredemanda de formación, la cual produjo la necesidad de implementar más capacitaciones que atraían a más jóvenes hasta el gra-

do de elevar la participación juvenil en los términos antes descritos. Durante el lapso de tres años el PAN invirtió un promedio de un millón de dólares anuales para sus estructuras juveniles y atendió de manera personal a diez mil de ellos con al menos una oportunidad formativa.

Sin embargo, los retos que implica esta nueva generación de jóvenes en el mundo no están cerca de ser alcanzados. En México los jóvenes representan la tercera parte de la población y el bono demográfico más grande de la historia. Al mismo tiempo, se trata de la generación más interconectada e informada, pero hasta ahora poco inserta en el terreno de la militancia partidista, aunque con un fuerte impulso dentro de la política estudiantil y en organizaciones no gubernamentales. Nadie puede negar los beneficios que el acceso de jóvenes a los partidos políticos representa para estos y para la democracia, pero al mismo tiempo considero prudente hacer una breve autocrítica sobre algunas características generacionales que, mal asumidas, podrían representar amenazas a la estabilidad y el desarrollo político de las naciones.

No es sencillo para los partidos comprender el perfil de un joven de esta generación, como tampoco lo es para la economía, la sociología, la psicología u otras ciencias sociales. Nos encontramos frente a una generación adicta a la inmediatez, que es una de las carencias más grandes de la política en toda su historia. Se trata de una generación impaciente, que no puede esperar los cambios graduales; antes bien,

optaría por transformaciones radicales, incluso si se dieran con violencia. La inmediatez con la que los jóvenes actuales se comunican con el mundo, piden comida a domicilio, pactan una cita amorosa, ven una película o una serie, compran un artículo y lo tienen en casa al día siguiente es la misma con la que exigen resultados a la autoridad política.

Ante este panorama, mal harían los gobiernos si trataran de adaptar su ritmo al de los jóvenes, puesto que, aunque la tecnología ha representado avances importantes en incontables rubros, también es preciso aceptar que se ha empoderado una generación sin madurez sobre las cosas que realmente importan. Tenerlo todo de manera instantánea no es posible en la vida real; las cosas trascendentes toman su tiempo. El amor, la satisfacción laboral, la autoestima y, en el caso de la política misma, el bien común no son alcanzables en un instante con la facilidad que nos brinda cualquier aplicación de celular.

Con respecto al PAN, vale la pena reconocer que ha sido incapaz de deslindarse de la llamada «derecha» en que socialmente se lo ubica. Dicho estereotipo es ciertamente un lastre para las estrategias de acercamiento y reclutamiento de líderes juveniles, que malamente asumen estas posiciones políticas como adversas y optan por esquemas más «revolucionarios» y cercanos a la supuesta izquierda mexicana.

Izquierda y derecha, en política, son denominaciones relativas, cuyo contenido varía en función de

la posición que arbitrariamente se atribuye a quien se autocoloca en el centro, y de la habilidad o docilidad que tengan quienes se ponen esas etiquetas para divertirse o para acomodarse dentro de la topografía política, cambiando la ubicación personal a tiempo, cuando los poderosos cambien o cuando el Poder da la espalda a lo que antes daba la cara.

Izquierda y derecha, centro y extremismo, radicalismo y conservatismo son términos que se utilizan en la literatura política, con tal pluralidad de sentidos que se han convertido en expresiones equívocas que, en realidad, se utilizan al gusto de cada quien.³

« Se trata de una generación impaciente, que no puede esperar los cambios graduales; antes bien, optaría por transformaciones radicales, incluso si se dieran con violencia »

La frase anterior, proveniente de don Adolfo Christlieb, destacado panista y expresidente del PAN, es una clara referencia sobre la postura del partido con respecto a la «topografía política», como él la llama. Resulta

3 Adolfo Christlieb Ibarrola, «Comunismo y socialismo, izquierda y derecha», *Revista La Nación* n.º 1116, 1963.

muy interesante la forma en la que, aunque el partido es asociado siempre como un partido de derecha, no existe registro en sus documentos fundacionales, principios de doctrina, estatutos o expresión alguna que sustente esta afirmación.

Pero si tuviéramos que preguntarnos los motivos por los que el PAN es visto incuestionablemente como un partido de derecha, resaltan dos muy básicos: el acercamiento durante los ochenta de grupos empresariales molestos con el sistema priista, que se afiliaron al PAN y obtuvieron relevancia en él, y, por supuesto, la cercanía ideológica del clero católico desde el periodo fundacional del partido.

Este último punto tiene su origen en la Guerra Cristera, cuando laicos católicos impidieron la imposición de la doctrina comunista desde la educación pública, por lo que dicha agitación social originó dos movimientos de carácter político. El primero, denominado *sinarquismo*, con el paso de los años fundó el Partido Demócrata Mexicano, que obtuvo relevancia electoral en los estados del Bajío. El segundo movimiento, mucho más moderado, se consolidó en 1939 con la fundación del Partido Acción Nacional, bajo la influencia de dos hombres que delinearón su rumbo: Manuel Gómez Morín, quien había sido un destacado académico, rector de la Universidad Nacional Autónoma de México y subsecretario de la Secretaría de Hacienda, entre otros cargos, y Efraín González Luna, un hombre originario de Jalisco que imprimió a los documentos fundacionales el se-

llo de la doctrina social de la Iglesia. Eso llevó a que el PAN fuera concebido como un partido cercano a esos principios, sin llegar a considerarlo un partido confesional.

Así fue como el estigma «partido de derecha» se aplicó al PAN de forma indiscutible, a pesar de que ha sido la oposición más consolidada frente al régimen del PRI y también ha sido muy crítico del liberalismo económico, además de que hay que reconocer que ha tenido algunos rasgos de «izquierda» al momento de hacer gobierno. Ejemplo de lo anterior son los programas sociales impulsados durante los sexenios panistas de Vicente Fox y Felipe Calderón, como los programas Oportunidades —destinado a otorgar un apoyo económico mensual a las familias en pobreza extrema— o Seguro Popular —que otorgó seguridad social gratuita a todos los mexicanos nacidos después del 2006—. Esto no podría explicarse según la lógica bipolar de la izquierda contra la derecha. Debemos suponer, entonces, que de ambos polos se rescatan elementos sustanciales para justificar el «centro» donde el PAN ha querido colocarse desde tiempos fundacionales.

De tal suerte, por razones coyunturales, históricas, fenómenos generacionales y cualquier otro hecho, atribuible al PAN o no, aún falta un largo camino por recorrer para que este partido pueda, aprovechando el momento político mexicano, transformar el sistema de la mano de esta compleja generación de jóvenes.

Conclusiones

Es cierto que existen valores rescata- bles en la generación *millennial*, como pueden ser la prontitud y la simplifica- ción de trámites gubernamentales, la celeridad para expresar opiniones po- líticas a través de redes sociales, el uso de tecnologías digitales para comuni- car a la población logros y anuncios, la transparencia y máxima publicidad de los servidores públicos en cuanto a las actividades que realizan y el recur- so público que se utiliza, entre otros. No obstante estos importantes avan- ces, también se puede señalar que los defectos de la generación implemen- tados en política podrían desembocar en graves crisis. Líderes políticos aclamados por su manejo de redes sociales y no por su capacidad de solución de problemas, la eliminación de la vida privada del personaje público, la ines- tabilidad emocional del actor político, entre otros, serían algunas de las con- secuencias que ya se están presentando en otras latitudes y no son extrañas en México.

Es decir, se puede dar lugar a una transformación positiva de la política y los partidos políticos en su conjun- to sin que esto suponga la sumisión al súbito ritmo con que la generación usa y desecha las tendencias, instituciones y personas. Al respecto, Antoni Gutié- rrez Rubí, experto en comunicación, recomienda integrar la energía de esa generación a la política formal de la si- guiente manera:

Un primer paso, sencillo, que puede ayudar a este objetivo es con-

textualizar las causas en lo político (enlaces a la legislación, propuestas de ley, etc.). La administración, la política, debe ser parte de la solu- ción. Podemos sacar la losa del po- der como algo ajeno, infranqueable, si somos capaces de generar alter- nativa [...]. Los *millennials* son, a su vez, un desafío y un reto para la política. Son un público complejo y difícil de tratar. Pueden mantenerse al margen de la política, mostrarse apáticos, desencantados, indiferen- tes. O pueden movilizarse y mos- trar sus dientes como hicieron en el Movimiento 15M en España o en Occupy Wall Street en Estados Uni- dos. De una manera u otra, desin- teresados o movilizados, seguirán siendo los protagonistas de la políti- ca durante algunos años más.⁴

De esta manera podremos tener una nueva clase política que, sin re- nunciar a la madurez de este arte mile- nario, pueda responder con prontitud, austeridad e innovación a las deman- das sociales que exige el mundo pos- moderno. Tener partidos políticos más conectados con su militancia, líderes sociales que interconecten a sus segui- dores, respuestas simplificadas, trans- parencia total en el manejo de recursos públicos y mecanismos digitales de

4 Antoni Gutiérrez Rubí, «La generación Mi- llenials y la nueva política», en *Jóvenes y ge- neración 2020*, disponible en <<http://www.injuve.es/sites/default/files/2015/35/publicaciones/12.%20La%20generaci%C3%B3n%20Millennials%20y%20la%20nueva%20pol%C3%ADtica.pdf>>.



Congreso Nacional de Estudiantes. Guanajuato, 2015
Fuente: <https://www.facebook.com/AJuvenil/photos>

participación ciudadana podrían ser apenas el comienzo de esa tan ansiada transformación positiva.

Concluyo postulando que esta transformación no podrá ser posible si no se la acompaña de una formación en la caridad para los jóvenes que actualmente se forman en la política partidista. Con el impulso de la juventud llegan muchos de ellos llenos de una esperanza e idealismo que con el paso del tiempo son sustituidos por el pragmatismo y la inmediatez; se habla del bien común, pero en privado se busca el bien estrictamente personal. Cuando logran el cumplimiento de una aspiración y apenas comienzan a ejercerla, ya proyectan con ilusión cuál podrá ser la siguiente. Hay prisa pero no rumbo; urge llegar alto, pero se ignora para qué hacerlo.

El filósofo mexicano Antonio Caso formuló una extraordinaria aprecia-

ción de la caridad, que no debe ser vista desde los ojos de quien la recibe, sino de quien la da. Es decir, su importancia reside en el complejo proceso interno que implica para quien realiza el acto. El acto caritativo no depende de la debilidad de quien es receptor, sino de la fuerza de quien es el emisor; «la explosión de fuerza», dice Caso, de una fuerza moral que se opone al mal y hace el bien para vencerlo.

Las tres clásicas virtudes del cristianismo son de obvia aceptación. La caridad no se demuestra ni colige. Es la experiencia fundamental religiosa y moral. Consiste en salir de uno mismo, en darse a los demás, en brindarse y prodigarse sin miedo de sufrir agotamiento. Esto es en esencia lo cristiano.

El cristianismo no es una apología de la debilidad, como lo creen

algunos contemporáneos, sino de la fuerza moral más pura, de la energía que se opone al mal, sin usar de sus medios para vencerlo. Virtud débil es una contradicción patente.

[...] Cuando se trata de la caridad, se piensa generalmente en el alivio que recibe el débil por la acción del caritativo, mas no en la explosión de fuerza que implica el sentimiento de caridad, al vencer las resistencias del egoísmo y brotar del alma del fuerte. La caridad es indisolublemente fuerza y bondad, fuerza porque es bondad, y bondad porque es fuerza; porque es virtud, no conforme al estilo del Renacimiento, como decía Nietzsche; ni a la griega, ni a la oriental, ni a la romana; sino virtud a secas, sin forma histórica demasiado humana.⁵

Pero, para Caso, el acto de caridad no solamente debe implicar un desinterés genuino, sino también un sacrificio de quien lo comete, un perjuicio subjetivo que eleva el acto a lo sobrenatural. Así termina haciendo un sincero llamado a hacer el bien a quien no lo merece pero sí lo necesita, un llamado a la santidad y a la sabiduría que otorgan la caridad y el saber respectivamente.

La caridad es acción. Ve y comete actos de caridad. Entonces, además de sabio, serás santo. La filoso-

fía es imposible sin la caridad; pero la caridad es perfectamente posible sin la filosofía, porque la primera es una idea, un pensamiento, y la segunda una experiencia, una acción.

Tu siglo es egoísta y perverso. Ama, sin embargo, a los hombres de tu siglo que parecen no saber ya amar, que solo obran por hambre y por codicia. El que hace un acto bueno sabe que existe lo sobrenatural. El que no lo hace no lo sabrá nunca. Todas las filosofías de los hombres de ciencia no valen nada ante la acción desinteresada de un hombre de bien.

Con esta última sentencia concluye un extraordinario ensayo Antonio Caso, reconociendo la trascendencia inigualable de una sola acción desinteresada por encima de todo lo que, lamentablemente, en nuestro mundo llamamos *progreso*. Un llamado vigente para este siglo también «egoísta y perverso» que requiere reflexiones profundas como estas, que colaboren a comprender lo verdaderamente importante en la inercia de superficialidades en que vivimos.

De tal suerte, es la caridad, en los términos expuestos, la vía por la que haremos que la política sea reformada en este mundo, no como una nueva revolución que altere el orden hasta establecer uno igual al depuesto, sino como un conjunto de pequeñísimos actos realizados por actores políticos cuya suma transforme, paulatina pero profundamente, un entorno que parece haber perdido su virtud fundamental: el amor al otro.

⁵ Antonio Caso, *La existencia como economía, como desinterés y como caridad*, México D.F.: Universidad Autónoma de México, 1972.

Experiencias de una joven en el Parlamento

—» **MARIALBERT BARRIOS**

Licenciada de Estudios Internacionales. Diputada a la Asamblea Nacional de Venezuela (2016-2021), hasta ahora la mujer más joven en la historia del Parlamento venezolano. Líder de las parroquias más populosas del oeste de Caracas.

Estamos en el año 2017 y pareciera que hubo un hito que marcó el curso de mi historia. Antes de hablarles de las experiencias, las oportunidades, los riesgos y los aprendizajes vividos desde el Parlamento venezolano, debo contarles en breves líneas, y con obligatoriedad, lo que significó ser candidata a la Asamblea Nacional.

Recuerdo el mes de agosto de 2015. Tan solo habían pasado seis semanas desde que Tomás Guanipa, secretario

general del partido Primero Justicia, había empezado su campaña como candidato por Caracas y yo era más o menos su «coordinadora de giras». Llegamos a una reunión de estrategia, luego de un volanteo en la estación de metro de Caricuao —el segundo intento, porque del primero salimos amenazados por unos hombres armados simpatizantes del régimen—. Se incorporó el coordinador de Caracas, dirigió una reunión de cuarenta y me llamó al otro lado del salón. Sin buenos días, sin preámbulos ni sonrisas, comenzó y cerró: «Eres la candidata de Catia y te toca trabajar duro». Mis adversarios eran el exalcalde de Caracas, Freddy Bernal, y el exjefe de Gobierno de la capital, Ernesto Villegas. Así terminó el mes agosto y comenzó mi campaña electoral.

Los cuatro meses siguientes debo resumirlos como la aventura más gratificante que puede vivir una joven de 24 años, con vocación de servicio y sin prejuicios. Fueron días de veinte horas de trabajo. Empezaban con un volanteo en alguna estación de metro, seguían con un recorrido por algún mercado, luego un encuentro puntual, se visitaba casa por casa alguna zona, posteriormente asistía a conversatorios o asambleas y terminaba con una cena con mi equipo para hacer el balance de la jornada. Así transcurrieron 95 días, una que otra entrevista en radio o televisión, riesgos por ser perseguidos, miedos, altos y bajos del equipo, entre las caras tristes de los seres que cada día comían menos, a los que nunca les alcanzaba el dinero, que rezaban para que sus hijos llegaran con vida a sus hogares, viendo a la mujer que vivía

en una casa que se le caía encima y al hombre de barrio que, sentado, desde la acera miraba el cielo buscando un poco de esperanza. Así viví. Entre una anunciada derrota y una inesperada victoria.

«Sin buenos días, sin preámbulos ni sonrisas, comenzó y cerró: «Eres la candidata de Catia y te toca trabajar duro»»

El 6 de diciembre de 2015, el día de la elección, lo tenía todo: un equipo, una familia, salud —había llegado viva al día de la elección, que ya era bastante—, me sentía segura de mí misma y del trabajo que habíamos hecho: organización en defensa del voto, recorridos por todas las zonas del circuito y el contacto con la gente tratando de devolverle la fe en un futuro mejor y posible. A las siete de la mañana ya recorría más de 180 centros de votación de Catia, la parroquia más *chavista* hasta el momento. Más de 16 horas después, luego de ir del centro de totalización a las mesas de aquel *patio* para atender a mis defensores del voto, me llamaron: «¡Ganaste, negrita!». Desde ese momento mi vida cambió.

Un mes después, el 5 de enero, me enrumbaba al Palacio Federal Legislativo, la Asamblea Nacional. Sentía un enorme peso sobre mis hombros: 361.000 electores habían confiado en ser representados por una joven de 25 años, crecida en un sector popular, con una carrera en Estudios Internacionales y una maestría en proceso. Llegó la primera señal: «No son 100 metros planos;



Marcha en Caracas

es una carrera de largo aliento», me dijo alguien cercano.

Supé en los primeros meses que aquel año era de aprendizaje, pero entenderlo y ejercerlo era otra cosa. En el Parlamento debes tener muy claro algunos asuntos fundamentales: el reglamento de interior y de debates, que la comisión es el verdadero espacio para desarrollar un discurso, aprender de los más viejos y crecer con los más jóvenes, y la más importante de todas: no olvides a la gente que te eligió.

Mi primer discurso, de las cuatro intervenciones que hasta hoy he tenido en la Cámara de Diputados, fue el mejor. Ahí pude mostrar lo que soy y mi compromiso con los sectores que me eligieron. Un político siempre debe tener presente de dónde viene y a las personas que representa. Es a ellas a quienes nos debemos, a quienes servimos; si no, esta carrera no tendría sentido.

Aunque existe una oficina parlamentaria, no debes estar mucho tiempo entre cuatro paredes. Tu verdadera acción está en la calle, escuchando a los más necesitados, acompañando al que padece, ofreciéndote como garantía de que

las cosas pueden estar mejor. Mi caso es particular. Mis electores sufren los males de la negligencia de un gobierno que ha permanecido por 18 años y que le ha negado a la población sus derechos más elementales, como la alimentación, el acceso a un sistema de salud, la libertad de expresión, el libre tránsito, el ejercicio del voto y una vida digna.

Muchas veces te preguntan: «¿Sabes para qué te eligió el pueblo?». Pues, en este capítulo, en este momento de la historia, la respuesta no es precisamente «para legislar». Entiendes que la representación ejercida está estrechamente vinculada al deseo de la mayoría: *un cambio*, pero uno de verdad. Y ¿qué estás haciendo? Aquí la verdadera experiencia.

Un joven es el verdadero sinónimo de cambio y rebelión. Es la figura que llena de esperanza los ojos de los más adultos y llena de curiosidad los pensamientos de sus pares. Un joven debe desenvolverse entre la experiencia de sus maestros, los traspíes en las calles, las lecturas, la formación académica, el ejercicio, el aprender y el triunfar con humildad.

La Asamblea Nacional, donde me ha tocado ejercer mi primer cargo de elección popular, ha sido la más golpeada en la historia de Venezuela. Una Asamblea donde los ministros no se presentan a rendir cuentas, cuyo mayor enemigo es el vejado Tribunal Supremo de Justicia, mientras el Gobierno se sienta en sus cómodas sillas en salones de buena apariencia para planificar el secuestro del presupuesto de la nación, la detención arbitraria de algún dirigente político, la burla a la inmunidad parlamentaria e inhabilita el ejercicio representativo y participativo de la ciudadanía.

Esa Asamblea Nacional está conformada hoy en día por 109 diputados, centenares de trabajadores de larga data, un equipo de jóvenes como personal técnico que tras bastidores estructuran las agendas, los temas y la puesta en escena de cada diputado de cada fracción. Del otro lado, tiene unas 50 sillas vacías, esas donde deberían sentarse los que ostentan el poder y que decidieron darle una razón más al pueblo para afirmar que son *ellos*, el Gobierno, los rojos, los que andan con escoltas y carros blindados, los que no quieren dar la cara porque no tienen nada más que ofrecerle al país.

Los claroscuros de mi corta, muy corta, experiencia en la Asamblea Nacional pueden mostrarse en el contexto que trato de desarrollar en estas líneas; sin embargo, para mí han significado cursar otra carrera universitaria que transcurre rápidamente y que, como todo, hay que saber aprovechar. Este espacio me ha permitido conocer aún más de la historia del país, la historia



Diputada Marialbert Barrios

del Congreso y de líderes políticos que han construido un camino que hoy nos toca a los jóvenes transitar y continuar. El Parlamento es una casa de estudios, donde aprendes de otros mundos, de las personalidades, de leyes, pero sobre todo aprendes a tomar una gran responsabilidad y un enorme compromiso.

« Ser joven, político y parlamentario es el desafío más grande que puede tener aquel que vive en un país donde el Gobierno arrebató oportunidades y no da garantías de una vida digna »

Ser joven, político y parlamentario es el desafío más grande que puede tener aquel que vive en un país donde el Gobierno arrebató oportunidades y no da garantías de una vida digna. Asumir este reto es poner al servicio del país las ganas de trabajar, la rebeldía y la fuerza para construir una realidad donde se pueda convivir en democracia, libertad, justicia y paz.

Movimiento estudiantil y partidos políticos

en la Venezuela del chavismo

—» ÁNGEL ARELLANO

Licenciado en Comunicación Social. Magíster en Estudios Políticos y de Gobierno (Unimet, Venezuela) y estudiante de Doctorado en Ciencia Política (Udelar, Uruguay). Profesor de la Escuela de Comunicación Social de la Universidad Santa María en Barcelona, Venezuela.

El movimiento estudiantil de Venezuela ha tenido una actuación estelar en la política. Su dirigencia trasciende por lo general las esferas de las organizaciones estudiantiles y llega en diversas ocasiones a los partidos. Históricamente ha existido un importante flujo de jóvenes y estudiantes que nutrieron las organizaciones políticas. En los episodios de 1928 (primeras luchas prodemocracia), la década de los sesenta (la izquierda radical contra el incipiente

régimen democrático inaugurado por el Pacto de Punto Fijo) y el resurgir de 2007 (levantamiento contra medidas autoritarias del gobierno chavista) se visualiza cómo el movimiento, a lo largo de la vida del país, se ha presentado como defensor de las libertades ciudadanas y crítico del sistema gobernante.

Según Luisa Ramos (1997), investigadora de la Universidad Pública de Navarra, existen tres aspectos en la dimensión política de un movimiento social: el efecto que la estructura de oportunidad política tiene en su nacimiento, la susceptibilidad de esta para representar demandas sociales y su capacidad para influir en decisiones políticas. En el caso del movimiento estudiantil de Venezuela, la estructura de oportunidad política ha sido históricamente adversa a sus aspiraciones.

El movimiento tuvo sus primeras manifestaciones durante una dictadura militar (1928), cuando exigía la construcción de un sistema democrático, el que terminó por instalarse treinta años después. Posteriormente, la democracia le permitió un libre accionar en las universidades; sin embargo, el movimiento militó intensamente en las corrientes de izquierda que buscaban deponer al gobierno democrático (1958-1969). Una década después, consolidada la democracia y la alternancia en el poder de los partidos políticos modernos, el sistema liberal permitió que movimientos y partidos convivieran sin menoscabo de su autonomía como colectivo no tradicional y en constante renovación (1969-1998). Con la llegada del chavismo a la presidencia de la República, la oportunidad para

que el movimiento pudiera ser tomado en cuenta por las autoridades políticas se redujo. La convivencia con los poderes del Estado pasó a una situación de conflicto, lo que trajo consigo un movimiento estudiantil mayoritariamente disidente y en activa movilización para presionar por sus demandas.

» La convivencia con los poderes del Estado pasó a una situación de conflicto, lo que trajo consigo un movimiento estudiantil mayoritariamente disidente y en activa movilización para presionar por sus demandas »

El politólogo estadounidense Michael Hangan (1998) identifica cinco tipos de relaciones prácticas entre los movimientos sociales y los partidos políticos: articulación, permeabilidad, alianza, independencia y transformación. Tomamos de un análisis de María Fernanda Somuano (2007) la explicación para cada uno de estos tipos:

- ▶ *Articulación*: las organizaciones de los movimientos se agrupan en torno al programa de un determinado partido político.
- ▶ *Permeabilidad*: las organizaciones del movimiento social infiltran a los partidos para intentar orientarlos hacia su causa.

- ▶ *Alianza*: las organizaciones de los movimientos sociales pueden negociar alianzas con partidos o facciones de partidos que involucren la colaboración cercana en asuntos específicos.
- ▶ *Independencia*: Las organizaciones del movimiento actúan autónomamente presionando a los partidos a hacer concesiones.
- ▶ *Transformación*: Los movimientos se convierten en partidos.

En la relación entre el movimiento estudiantil de Venezuela y los partidos políticos, encontramos dos de los tipos mencionados: *permeabilidad* y *alianza*.

El primero se observó en la reaparición del movimiento en el año 2007: la influencia social alcanzada en un contexto de deterioro de la oposición política y la victoria electoral en el referendo constitucional abrieron el camino para que dirigentes de primera línea de varias organizaciones miembros del movimiento se presentasen como candidatos en las elecciones regionales que tuvieron lugar el año siguiente. Infiltraron los partidos con fines electorales y en el desarrollo de esta acción lograron un mayor diálogo entre ambos factores.

El segundo tipo, *alianza*, se evidenció en 2014, cuando el movimiento volvió a las calles, esta vez con una lógica de cercanía a los partidos. Muchos de los dirigentes de esta nueva generación eran miembros de las fuerzas políticas formales y permitieron una colaboración cercana; lograron la articulación de ambas agendas y mantuvieron la estructura del movimiento y de los partidos con libertad de acción individual.

Estudiantes por la Libertad (2007)

En el mes de mayo del año 2007 hubo en Venezuela una serie de protestas y movilizaciones de calle impulsadas por estudiantes de las principales universidades del país. Pero el acontecer político de los anteriores cuarenta años no registraba una participación trascendente del movimiento estudiantil, más allá de las manifestaciones y protestas propias de la vida universitaria dentro del campus. Ello dio origen a calificaciones como la que acuñó (y popularizó) en 1984 el entonces rector de la Universidad Central de Venezuela (UCV), Edmundo Chirinos, alegando que el movimiento de entonces era menos combativo y crítico que el de los sesenta (buena parte de este fue simpatizante de las guerrillas armadas de izquierda) o el de las primeras luchas estudiantiles de 1928, que exigían la instalación de un sistema democrático que desplazara a los militares que consecutivamente habían gobernado desde la Independencia. Era la «generación boba», en palabras de este académico.

No obstante, en 2007 la medida tomada por el gobierno del presidente Hugo Chávez de no renovar la concesión de transmisión en señal abierta del canal Radio Caracas Televisión (RCTV) ocasionó que el movimiento, autodenominado Estudiantes por la Libertad (García-Guadilla y Mallén, 2013) incorporara en su agenda temas políticos que le permitieron acaparar rápidamente la atención de la sociedad. Jóvenes voceros, que semanas atrás eran desconocidos fuera de los claustros

universitarios, comenzaron a tener una importante cobertura de los medios de comunicación, ganando visibilidad e influencia en el debate político.

El discurso que utilizó el movimiento en ese momento lo alejaba de los partidos. Se presentaba como una agrupación de jóvenes que buscaba defender los derechos de la ciudadanía subrayando con insistencia su autonomía política como característica esencial y el rechazo a las prácticas de los partidos tradicionales (Antequera, Ortiz y Rincón, 2013).

Existen piezas importantes de su mensaje en episodios como el emblemático discurso que el dirigente Douglas Barrios, de la Universidad Metropolitana, pronunció en junio de 2007 ante la plenaria de la Asamblea Nacional:

Es por eso que la juventud está hoy en la calle. No estamos luchando por los intereses de un grupo empresarial, no estamos luchando en nombre de intereses internacionales, no estamos luchando a favor de una tendencia política. En todo caso, estamos en la calle haciendo política sin los políticos tradicionales, fraguando una lucha cotidiana en nombre de nuestra nación y salvaguardando los intereses de una sociedad entera (Barrios, 2007).

La intención de no estar a favor de una parcialidad en el medio de la polarización chavismo-oposición y de marcar su propia (y nueva) tendencia política tuvo espacio de inmediato en la agenda. Así lo comentó Ricardo Sánchez, para entonces presidente de la

Federación de Centros Universitarios (FCU) de la UCV:

Nosotros no somos estudiantes de oposición; somos unos estudiantes convencidos de que somos una alternativa política y de que llegará un momento en que [el movimiento] tendrá sus aspiraciones a cargos de representación política y lo haremos en su momento, porque este movimiento llegó para quedarse y para decirle [al país] que hay una juventud gallarda y digna que quiere con humildad y compromiso tomar las riendas de su futuro y del presente (Obelmejías, 2007).

También son representativas las palabras del dirigente de la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB), Yon Goicoechea (Globovisión, 10.6.2007), el vocero con mayor exposición mediática en aquel momento:

Nosotros hemos declarado que estamos haciendo política, pero política con P mayúscula. Es decir, no partidista. Aunque hemos dicho que respetamos los partidos, en nuestro caso, en el de las manifestaciones estudiantiles, queremos generar un movimiento incluyente más allá de todos los partidos.

Hallamos en estos mensajes un gran esfuerzo discursivo por diferenciar y distanciar al movimiento de los partidos. Contradictoriamente, al año siguiente estas posiciones se irían flexibilizando hasta dar paso a una situación de *permeabilidad*.

La polarización existente en el país dividió a los estudiantes entre *estudiantes opositores* (movimiento estudiantil) y *estudiantes bolivarianos* (afectos al oficialismo). Los primeros, representantes de las principales federaciones universitarias de las casas de estudio autónomas y privadas del país; los segundos, dirigentes con escasa representación en el gobierno y el cogobierno de las universidades autónomas y privadas, excepto en aquellas controladas por el Estado, en su mayoría creadas por el gobierno de Chávez, como la Universidad Bolivariana de Venezuela (fundada en 2003). Esta división persiste en la actualidad.

Por un lado están las y los jóvenes que han liderado las protestas estudiantiles en contra, a quienes se califica como «agentes del imperialismo», «antipatriotas», «representantes de la burguesía», «hijitos de papá y mamá», «oligarcas», «golpistas», «escuálidos» y «representantes de la derecha». Por otro lado, las y los jóvenes que apoyan al Gobierno, quienes significan «los defensores del pueblo y de la patria», «bolivarianos», «revolucionarios», «dignos» y «representantes del pueblo» (Bermúdez, Martínez y Sánchez, 2009, p. 70).

Durante el año 2007 el movimiento estudiantil ganó una importante notoriedad pública por su defensa de la libertad de expresión y el triunfo de la campaña en rechazo a la propuesta de reforma constitucional promovida por el presidente Hugo Chávez en el marco

de la profundización de su proyecto de gobierno. El referendo se celebró el 2 de diciembre y fue victoria del *no*. Para entonces, el discurso del movimiento estaba caracterizado por posicionar su condición de jóvenes independientes con un criterio político propio y un programa autónomo alejado de la influencia de los partidos políticos, como ya hicimos referencia. Este mensaje fue repetido continuamente en los medios de comunicación y en los espacios de debate político a los que tuvieron acceso.

Sin embargo, tras esa coyuntura, los principales dirigentes del movimiento fueron ingresando a las filas de los partidos políticos, en su mayoría afiliados a la oposición a Chávez nucleada en la Mesa de la Unidad Democrática (MUD), lo que afectó la independencia del movimiento y permitió que la agenda de la MUD permeara su accionar. En el corto plazo se evidenció que la inserción de los estudiantes en las organizaciones políticas formales y la estrategia de apertura que pusieron en marcha los partidos para recibirlos tenían fines exclusivamente electorales de cara a los comicios regionales pautados para el siguiente año. Fue un proceso de *permeabilidad*, en palabras de Hangan.

Los partidos perseguían la oxigenación de sus filas con esta nueva generación de dirigentes que contaban con altos índices de aprobación social a través de la estrategia de *partidos atrapados* (Kirchheimer, 1980), en la que los partidos actúan como agencias electorales que apuntan al conjunto de la sociedad y hacen un «llamamiento casi ilimitado a toda la población». Por otro lado, la

dirigencia estudiantil buscaba permear las estructuras políticas para lograr cargos de representación popular. Los estudiantes ganaron gran popularidad por la permanente exposición en los medios de comunicación desde su irrupción en mayo de 2007. Esa popularidad generó una oportunidad que no desperdiciaron ni los partidos ni los voceros de las primeras filas del movimiento. Ello es resumido por el historiador Agustín Blanco Muñoz (2008) de la siguiente manera:

Los dirigentes estudiantiles sirvieron entonces como especie de señuelo o garantía para la gente. Ahora cuando guardan silencio ante la monstruosidad del o2D [referéndum de diciembre de 2007], y cada quien jala para una tolda política, queda claro que lo único nuevo es ver el control y coordinación mediática para vender dirigentes estudiantiles al mayor y al detalle.

La reaparición del movimiento en 2007 y su rol estelar en la política nacional tuvo impacto en las elecciones regionales del año siguiente, cuando los principales voceros de las Federaciones de Centros Universitarios (FCU) y representantes estudiantiles participaron como candidatos a concejales, alcaldes y legisladores regionales de la coalición de oposición, como el caso de Stalin González (presidente de FCU-UCV), candidato a alcalde del municipio Libertador (Caracas), o Freddy Guevara (dirigente de la UCAB), candidato al Concejo Metropolitano de Caracas, entre otros. En 2010, dirigentes del movimiento como

« Los partidos perseguían la oxigenación de sus filas con esta nueva generación de dirigentes que contaban con altos índices de aprobación social [y] la dirigencia estudiantil buscaba permear las estructuras políticas para lograr cargos de representación popular »

Ricardo Sánchez y Miguel Pizarro (FCU-UCV) llegaron a ser diputados a la Asamblea Nacional. Incluso, en 2012, un joven de las filas del movimiento, José Manuel Olivares (exconsejero universitario de la UCV), fue candidato a gobernador por la MUD en el estado Vargas y en 2015 logró un curul en el Parlamento. Todos ellos fueron postulados por sus respectivos partidos, a los que ingresaron luego de mayo de 2007.

Activismo político del movimiento (2008-2013)

Luego de la victoria de la opción por *no* a la reforma constitucional, la relación del movimiento con los partidos políticos comenzó a estrecharse. Por un lado estaban muchos de los voceros del movimiento que fueron migrando a

los partidos de oposición para participar como candidatos en las elecciones de 2008; por el otro, los estudiantes bolivarianos que también compitieron en esa contienda y, con un fuerte respaldo del presidente Chávez, obtuvieron posiciones como la de Héctor Rodríguez, vocero del movimiento chavista de la UCV, nombrado el 3 de agosto de ese año ministro del Despacho de la Presidencia de la República a los 26 años de edad.

Las elecciones regionales de 2008 representaron una derrota para el sector disidente, que de 23 entidades federales obtuvo cinco más la alcaldía metropolitana de Caracas. El chavismo superó en número de alcaldías, consejos municipales, gobernaciones y asambleas legislativas, y la oposición ganó en varios de los estados más poblados del país.¹ De inmediato, Hugo Chávez promovió una enmienda constitucional buscando un objetivo no alcanzado con el rechazo a la reforma constitucional: la reelección presidencial indefinida. Para lograr el apoyo masivo del oficialismo gobernante, la propuesta inicial se modificó para incluir como beneficiarios a todos los cargos de elección popular. Así alcaldes, gobernadores, legisladores y el presidente podrían presentarse a elecciones consecutivas, cambiando lo antes establecido (reelección por un solo periodo para los gobernantes y tres periodos para los legisladores) en los

artículos 160, 162, 174, 192 y 230 de la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela.

La nueva derrota opositora en el referendo aprobatorio de la enmienda constitucional que impulsó el chavismo fue el contexto de un movimiento estudiantil que en 2009 ya no convocaba marchas masivas, sino que focalizaba sus protestas en temas puntuales del espectro político. En ese año tuvieron lugar acciones como las protestas (organizadas en conjunto con la MUD) contra la nueva Ley Orgánica de Educación, aprobada por la mayoría oficialista en el Parlamento, y dos huelgas de hambre realizadas por dirigentes universitarios ante la sede la Organización de Estados Americanos (OEA) en Caracas, que exigían la liberación de estudiantes presos en protestas y de todos los presos políticos del gobierno de Chávez.

La primera huelga de hambre ante la OEA, realizada en septiembre de 2009, logró la libertad de Julio César Rivas, líder de la organización estudiantil independiente Juventud Activa Venezuela Unida (JAVU), quien en 2012 se unió a las filas del partido Proyecto Venezuela y fue electo legislador del estado Carabobo. La segunda obtuvo la libertad condicional de algunos presos políticos cuyos casos eran seguidos por la Corte Interamericana de Derechos Humanos.

En los años posteriores, los estudiantes de la generación 2007 tuvieron participación en procesos electorales como las elecciones parlamentarias de 2010, las elecciones regionales de 2012 y las municipales de 2013. El movimiento no trascendió en un partido

1 Consejo Nacional Electoral (23.11.2008). *Divulgación Elecciones Regionales 2008*. Disponible en: <http://www.cne.gob.ve/divulgacion_regionales_2008>.

político, a pesar de que esta fue una idea que los principales voceros reconocieron haber examinado en su momento, pero que desestimaron para aprovechar la plataforma de los partidos existente en la MUD. En palabras de Yon Goicoechea:

Los movimientos estudiantiles en Venezuela, desde José Félix Ribas hacia acá, son mucho más estallidos eventuales que manifestaciones continuadas. Nuestro error fue el de habernos metido en los partidos políticos en lugar de haber formado uno propio (Rodríguez, 2010).

2014, el movimiento retiene nuevamente al oficialismo

Durante el lustro anterior, la relación movimiento-partidos se había profundizado en el lado opositor, estableciendo un diálogo programático y el encuentro de las agendas entre ambos sectores. En el oficialismo esta relación se resumió en el predominio del Partido Socialista Unido de Venezuela. Los estudiantes bolivarianos ingresaron en la juventud de esta organización y se consolidaron en los espacios universitarios que ya venían controlando desde el ascenso de Chávez a la Presidencia. Un ejemplo se encuentra en la creación de la Federación Venezolana de Estudiantes Bolivarianos (FVEU) —órgano paralelo a las Federaciones de Centros Universitarios de las universidades autónomas—, que congrega a todos los centros de estudiantes formados por afectos al gobierno.

El año 2014 inició con una nueva ola de protestas masivas del movimiento estudiantil que trajo consigo más de cuarenta muertos y varios centenares de estudiantes detenidos y torturados por los cuerpos de seguridad del Estado.² Esta vez la inseguridad en las casas de estudio fue la causa que los movió a las calles y extremó la posición de los estudiantes contra el gobierno. Veamos un fragmento del comunicado con el que se crea la Junta Patriótica Estudiantil y Popular, plataforma del movimiento estudiantil de cara a la ola de protestas de 2014:

El régimen castro-comunista con grupos paramilitares y la Guardia Nacional han asesinado, torturado y apresado compañeros en todo el territorio nacional. El pueblo se

« El año 2014 inició con una nueva ola de protestas masivas del movimiento estudiantil que trajo consigo más de cuarenta muertos y varios centenares de estudiantes detenidos y torturados por los cuerpos de seguridad del Estado »

² Véase *Anexo: Cronología de las protestas en Venezuela de 2014*. Recuperado de https://es.wikipedia.org/wiki/Anexo:Cronolog%C3%ADa_de_las_protestas_en_Venezuela_de_2014; Infobae (12.2.2015). «Uno por uno, estos son los 43 muertos en las protestas contra el régimen de Maduro en Venezuela», <http://www.infobae.com/2015/02/12/1626403-uno-uno-estos-son-los-43-muertos-las-protestas-contrael-regimen-maduro-venezuela>.

ha sumado con nosotros: se ha despertado el espíritu libertario ante la opresión de 15 años de este sistema político. [...]

Es este el momento de definir nuestro destino. Está a prueba nuestro gentilicio y hemos sensibilizado al mundo con nuestro coraje. No hay posibilidad de cambio real si no logramos llegar hasta el final: por eso, está prohibido perder. Vamos a vencer, y con el pueblo refundar a la Nación como la más libre del continente. Por la memoria de nuestros caídos no nos vamos a rendir. Es el momento de reescribir la historia de Venezuela y suscribirla con el sudor de nuestro esfuerzo (*Noticiero Digital*, 4.3.2014).

No obstante, a diferencia del resurgir de 2007, cuando el movimiento estudiantil se exhibía autónomo e independiente de los partidos políticos y afirmaba que su lucha no defendía ninguna corriente política sino las libertades constitucionales del pueblo venezolano, ahora las agendas del movimiento y de la oposición reunida en la MUD confluyeron mucho más, como consecuencia del proceso de acercamiento evidenciado entre 2008 y 2013. Encontramos en este marco una situación de *alianza* entre el movimiento y los partidos. Ambos factores generaron un clima de colaboración mutua sin renunciar a su libertad de acción y autonomía organizativa.

En adelante, y hasta la actualidad, observamos que el movimiento estudiantil ha podido renovarse y así permitir que una nueva dirigencia juvenil

asuma su conducción. A diferencia de 2007, estos líderes son también pieza relevante de las estructuras juveniles de los partidos de oposición y han desarrollado su agenda en torno a las actividades macro impulsadas desde la MUD en contra del gobierno de Nicolás Maduro, sucesor de Hugo Chávez.

Los cargos partidistas que tienen los voceros más importantes del movimiento en 2014 nos permiten identificar claramente esa *alianza*. Sus discursos en buena medida se mimetizan con el de la MUD. Citamos a David Martínez Yabrudy, entonces presidente de la FCU de la Universidad Simón Bolívar y miembro de la dirección nacional de la juventud del partido Primero Justicia:

Todos los jóvenes nos encontramos protestando porque queremos una Venezuela diferente, donde sí tengamos oportunidades, donde entre hermanos venezolanos nos estemos reconociendo y nos respetemos, donde sí se consiga empleo y no tengamos un gobierno que se esté burlando de todos y cada uno de los venezolanos; seguimos en las calles defendiendo el futuro que merecemos todos los jóvenes y todos los venezolanos [...] no habrá manera ni habrá suficientes cárceles, balas o bombas lacrimógenas para callar a un pueblo. Podrán cerrar cualquier medio de comunicación y nosotros seguiremos adelante porque sabemos que vivimos en un país donde no se hace justicia. Eso es algo que lo tenemos bastante claro, a nosotros no nos van a engañar. El pueblo sabe

que este gobierno tiene el país vuelto nada (Primero Justicia, 12.6.2014).

Gaby Arellano, consejera universitaria de la Universidad de Los Andes y miembro del partido Voluntad Popular —organización que después la presentó como candidata a diputada al Parlamento Nacional y fue electa en 2015—, tuvo participación estelar al frente del movimiento en esta coyuntura. «El movimiento político tiene responsabilidad de asumir su dirección y convocatorias. Esta iniciativa de calle, de lucha, de resistencia [agenda de manifestaciones iniciada el 23 de enero de 2014], está enmarcada en el respeto a la Constitución», declaró Arellano durante una protesta (*BBC Mundo*, 14.2.2014).

Propuestas tales como las mesas de diálogo e instancias de encuentro movimiento-gobierno, que tradicionalmente formaron parte del discurso de los partidos de la MUD, fueron puestas en la escena pública por los estudiantes. Citamos a Juan Requesens, presidente de la FCU-UCV y secretario juvenil de Acción Democrática: «El movimiento estudiantil no está para tumbar gobiernos. Estamos dispuestos a instalar mesas de trabajo con el gobierno luego de la liberación de nuestros compañeros. Queremos dialogar para resolver nuestras demandas» (*El País*, 17.2.2014). En 2015, Requesens pasó a las filas del partido Primero Justicia y, al igual que Arellano, fue electo diputado nacional.

Posteriormente, el movimiento estudiantil y los partidos opositores han seguido encontrándose en frentes, plataformas y actividades macro en contra del gobierno de Nicolás Ma-

duro y promoviendo su salida del poder a través de un camino electoral.³

Los estudiantes acompañaron la movilización prorreferendo revocatorio en 2016 y apoyaron la inclusión de la Iglesia católica como facilitadora del diálogo entre el gobierno chavista y la MUD.⁴ Al momento de escribir este trabajo, dos estudiantes de la generación 2007 del movimiento estudiantil ocupan cargos de máxima importancia para la oposición y el Poder Legislativo. Freddy Guevara, exdirigente de la UCAB y coordinador nacional del partido Voluntad Popular, fue nombrado primer vicepresidente de la Asamblea Nacional el 5 de enero de 2017, y Stalin González, expresidente de la FCU-UCV y miembro de la directiva nacional de Un Nuevo Tiempo, fue declarado jefe de la fracción parlamentaria de la MUD, mayoría en la actual legislatura.

❖ Propuestas tales como las mesas de diálogo e instancias de encuentro movimiento-gobierno, que tradicionalmente formaron parte del discurso de los partidos de la MUD, fueron puestas en la escena pública por los estudiantes ❖

3 Véase la creación del Frente Ciudadano por la Restitución de la Constitución en *Revista SIC* (28.11.2016). [Comunicado]. Recuperado de <http://revistasic.gumilla.org/2016/ciudadania-activada-por-el-referendo>.

4 *Sumarium* (7.10.2016). «Movimiento estudiantil respalda a la Conferencia Episcopal Venezolana para exigir revocatorio en el 2016», <http://sumarium.com/movimiento-estudiantil-respalda-a-la-cev-para-exigir-revocatorio-en-el-2016>.

Conclusiones: 2007 (movimiento apartidista) - 2014 (movimiento que articula con los partidos)

El proceso de relación entre el movimiento estudiantil y los partidos políticos de Venezuela entre los años 2007 y 2014 permite algunas reflexiones que dan cuenta de importantes continuidades y cambios en estos dos actores.

El resurgir de 2007 está caracterizado por un proceso de *permeabilidad* en que el movimiento estudiantil, presentado inicialmente como independiente, distante e incluso antagonista de los partidos, ingresó en estos para obtener postulaciones con las que presentó a varios de sus principales dirigentes a cargos de elección popular. En 2014, por el contrario, durante la nueva ola de protestas de calle protagonizadas por los estudiantes, encontramos un movimiento que ya sostiene una sólida comunicación con los partidos políticos. Los principales voceros del movimiento, a diferencia del de 2007, son miembros de las estructuras juveniles de las organizaciones que constituyen la MUD y articulan en *alianza* con la coalición opositora parte de su agenda de movilizaciones en contra del gobierno de Nicolás Maduro. Reivindican una lucha de oposición de todos los sectores políticos.

En 2007 la autonomía operativa del movimiento fue su activo más importante, posicionado a través de los discursos que contaron con gran exposición mediática. Llegado el año 2014 esta autonomía no se ve afectada, aunque sí influida por la agenda de la MUD y las diversas iniciativas que esta pone en práctica con la finalidad de ga-

nar terreno al chavismo. Movimiento y partidos se encuentran constantemente en frentes e iniciativas de alcance nacional para oponerse al oficialismo.

Si bien la *permeabilidad* y la *alianza* son dos tipos de vinculación complementarios, encontramos que el momento de la *permeabilidad* se encuentra afianzado a finales del año 2007 con la victoria del *no* a la reforma de la Constitución que pretendió llevar a cabo Hugo Chávez y su posterior desenlace en las elecciones regionales de 2008. Por otro lado, la *alianza* se consolidó en 2014, precedida por el periodo que separa ambos escenarios (2008-2013) y que hemos analizado para identificar la serie de procesos electorales, continuidades y cambios que maduraron la relación entre el movimiento estudiantil y los partidos políticos.

Es necesario rescatar que durante el periodo 2008-2013 hubo grupos dentro del movimiento estudiantil que consideraron necesaria la creación de un partido político de estudiantes en la búsqueda de una transformación y de dar inicio a una plataforma electoral propia, pero esta idea no trascendió. Igualmente, debemos decir que, aun cuando movimiento estudiantil y partidos han logrado una *alianza*, ambos preservan su independencia programática.

Bibliografía

- ANTEQUERA, C., E. ORTIZ y Y. RINCÓN (2013). «Movimiento estudiantil, sociedad civil, democracia y gobernabilidad en Venezuela: 2000-2010». *Telos*, vol. 5, n.º 3, pp. 338-354.

- BBC Mundo* (14.2.2014). «Venezuela: el movimiento estudiantil reta de nuevo al chavismo», http://www.bbc.com/mundo/noticias/2014/02/140214_venezuela_protestas_estudiantes_az.
- BERMÚDEZ, E., G. MARTÍNEZ y N. SÁNCHEZ (2009). «Las jóvenes y los jóvenes universitarios en Venezuela: prácticas discursivas y construcción de representaciones de identidades políticas», *Cuadernos del Cendes*, vol. 26, n.º 70, pp. 69-97.
- BLANCO MUÑOZ, A. (30.5.2008). «¿Cuál movimiento estudiantil?». *El Universal*, Caracas.
- El País* (17.2.2014). «Los estudiantes dictan el ritmo de las movilizaciones», <http://www.elpais.com.uy/mundo/estudiantes-dictan-ritmo-movilizaciones-venezuela.html>.
- GARCÍA-GUADILLA, M., y A. MALLÉN (2010). «El movimiento estudiantil venezolano: narrativas, polarización social y públicos antagonicos». *Cuadernos del Cendes*, vol. 27, n.º 73, pp. 71-95.
- GLOBOVISIÓN [queacidos] (10.6.2007). «Debate entre Yon Goicochea y Héctor Rodríguez» [archivo de video]. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=qllXgas95I>.
- HANGAN, M. (1998). «Social Movements. Incorporation, Disengagement and Opportunities. A Long View». En GIUGNI, M., D. McADAM y C. TILLY (eds.). *From Contention to Democracy*. Lanham: Rowman and Littlefield Publishers.
- KIRCHHEIMER, O. (1980). «El camino hacia el partido de todo el mundo». En L. KURT y F. NEUMANN (eds.). *Teoría y sociología críticas de los partidos políticos*. Barcelona: Anagrama.
- Noticiero Digital* (4.3.2014). «Manifiesto de Mérida: estudiantes conforman Junta Patriótica y aseguran no querer dialogar con el gobierno», <http://www.noticierodigital.com/2014/03/manifiesto-de-merida-estudiantes-conforman-junta-patriotica-y-aseguran-no-querer-dialogar-con-el-gobierno>.
- OBELMEJÍA, Yolimer (25.12.2007). «Los jóvenes alzaron su voz». Entrevista con Robert Serra y Ricardo Sánchez, disponible en www.eluniversal.com.
- PRIMERO JUSTICIA (12.6.2014). «Daniel Martínez Yabrudy: no habrá suficientes cárceles para callar a un pueblo», http://www.primerojusticia.org.ve/cms/index.php?option=com_flexicontent&view=item&cid=148:rotator-articles&id=15348:daniel-martinez-yabrudy-no-habra-suficientes-carceles-para-callar-a-un-pueblo&Itemid=468.
- RAMOS, L. (1997). «La dimensión política de los problemas sociales: algunos problemas conceptuales». *Reis*, n.º 79, pp. 247-263.
- RODRÍGUEZ, J. (1.11.2010). «Yon Goicochea: “Tenemos que pensar en la posibilidad de que no haya elecciones en 2012”». *El Tiempo*, <http://eltiempo.com.ve/venezuela/entrevista/yon-goicochea-tenemos-que-pensar-en-la-posibilidad-de-que-no-haya-elecciones-en-2012/2624>.
- SOMUANO, M. (2007). «Movimientos sociales y partidos políticos en América Latina: una relación cambiante y compleja», *Política y Cultura*, n.º 27, pp. 31-53.

Testimonios

Frecuentemente se señala la disminución del interés en la participación política entre los jóvenes. ¿Qué significa la política para jóvenes dirigentes latinoamericanos? ¿Cómo visualizan su futuro en esa actividad? ¿Hay una baja en la participación política de los jóvenes?

Sobre estos y otros temas, conversamos con diez jóvenes dirigentes políticos de nueve países latinoamericanos, buscando caminos para entender los procesos de participación juvenil y mejorar su situación en la región.

Vea los videos completos en la página web de DIÁLOGO POLÍTICO y en el canal de YouTube de la Oficina Montevideo de la Fundación Konrad Adenauer.



Las entrevistas fueron realizadas por
FEDERICO IRAZABAL



Jóvenes, ética y política

Desafortunadamente, muchos políticos cuidan más sus intereses que el interés público. Este escenario generó un descrédito no solo en Brasil, sino en Latinoamérica en general. Los jóvenes desean participar en la política, pero están creando movimientos en los que tienen más libertad para decir lo que quieren, en los que no tienen que defender a alguien por ser del partido; es una cosa más transparente, más libre. Si los políticos quieren atraer más jóvenes a la política y a sus partidos, deben tener una conducta más ética y orientada al interés público. Los jóvenes hoy tienen mucha información a través de internet y las redes sociales, y por tanto no seguirán más que por algunas semanas a alguien que demuestre que está trabajando más por sí mismo que por la población o el



BRUNO KAZUHIRO
Presidente de la Juventud de Demócratas
(Brasil)

partido. Los más viejos deben liderar con el ejemplo y escuchar a los jóvenes antes de tomar sus decisiones, no imponerles las decisiones a ellos.

Fomentar la participación

La baja participación política de los jóvenes es un tema no solo de América Latina, sino del mundo en general. Hoy en día el joven es muy apático hacia la política. Tenemos mu-



PAULINA PÉREZ GONZÁLEZ
Integrante de la Comisión Organizadora
Electoral del Partido Acción Nacional
(México)

chos opinólogos dentro de las redes sociales. Sin embargo, nuestra participación queda en las redes sociales. La participación dentro de un partido político o de una organización socialmente activa se ve mermada, y es entendible, ya que aquí en México la preocupación de los jóvenes pasa por acabar los estudios, poder conseguir un empleo que pueda mantenerlos y tener seguridad. Si esas son sus principales preocupaciones, queda poco tiempo para tener un activismo político. Lamentablemente también luchamos contra la pérdida de credibilidad de los partidos y las instituciones en México: «todos los políticos son iguales»; «todas las instituciones son iguales». Evidentemente, no hemos generado una motivación o una credibilidad suficiente para que los jóvenes quieran participar. Si queremos gente con nuevas ideas, nuevas caras, gente honesta, debemos cambiar esta situación. Falta que los jóvenes nos involucremos más en la toma de decisiones.

Los jóvenes no solo con los jóvenes



CHRISTA RIVAS
Presidenta de la Juventud del Partido Patria Querida (Paraguay)

Si los partidos políticos van a seguir apuntando a una figura joven para obtener el voto de los jóvenes, están cometiendo un error. Lo mismo pasa con el género. Si bien el género es una cuestión que no se pasa con los años, poner la carita de una mujer solo para cautivar el voto de las mujeres es una mentira, porque en general las mujeres no votan a las mujeres. Si queremos llegar al joven, al abuelito, a la mujer, tenemos que hacer un discurso que les llegue; llegar con la palabra. No creo que uno por ser joven tenga asegurados los votos de los jóvenes ni tampoco un rol. Es más, creo que debemos animarnos a hablar de más temas. Hablemos del cambio climático, hablemos de presupuesto, hablemos de seguridad, hablemos de los procesos de integración regional, que son la deuda máxima que tenemos como latinoamericanos.

Toda institución en el mundo está en un declive, está a la baja a la hora de la representación. Los sindicatos, la Iglesia, la política, toda aquella institución que represente gente está en problemas de representación. Esto se da porque estas instituciones no tuvieron capacidad de innovar. La sociedad fue cambiando rápidamente y la política no ha innovado con la rapidez con que innovaron muchas otras cosas. Esto nos trae la pregunta de cómo reparamos estas instituciones, cómo podemos hacer para hacerlas más flexibles. Los jóvenes nacimos en esta generación, con una capacidad de comunicarnos y relacionarnos distinta, y muchas veces esto hace que a la hora de los espacios de participación política nos choquemos con una generación mayor que no está habituada a nuestra forma de conversar, a nuestros canales. La política no escapa a la creciente individualidad, a la crisis de representar, pero a su vez la veo como un desafío:

La necesidad de actualizarse



JUAN GOWLAND
Coordinador general del Ministerio de Modernización (Argentina)

si queremos incentivar tenemos que innovar y hacer las cosas distintas. Si los partidos no cambian rápido, se los va a comer la sociedad. La gente es la que ordena a la política y no la política la que ordena a la gente.

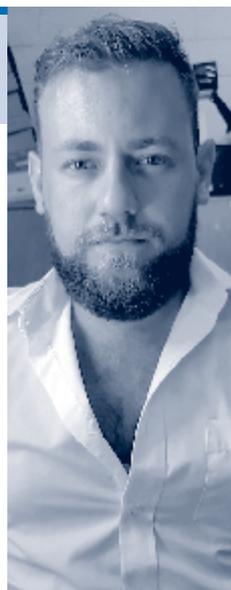
DIEGO SILVEIRA

Director de la Comisión Nacional de Jóvenes del Partido Nacional (Uruguay)

La importancia de la formación

Partimos siempre de la base de que los jóvenes no participan en política. Es algo que está aceptado y se repite todo el tiempo: «Los jóvenes no participan, no se interesan por la política». Y no es así; yo entiendo que realmente no es así, y menos en la juventud del Partido Nacional. Hemos atravesado dos elecciones de jóvenes en un país de tres millones de personas, donde votan

algo menos de dos millones; que en una elección de jóvenes participen cien mil personas, libremente, demuestra un compromiso muy grande. No solo eso. Nosotros, desde la juventud del partido, hemos optado por un camino, un proyecto de encuentros regionales en los diecinueve departamentos del Uruguay. Vamos, nucleamos a los jóvenes que están en la política, que andan desperdigados por ahí pero que tienen ganas, que quieren intervenir, quieren participar, y los formamos.



Crece la participación de jóvenes en Perú

La política nos permite aportar, a través de nuestros conocimientos, nuestro deseo y voluntad social para transformar el lugar donde vivimos. La participación política de los jóvenes, en Perú específicamente, se ha agitado un poco, porque antes era muy pasiva. No había jóvenes que salieran a las calles a protestar, y a raíz de la llamada Ley Pulpín, que era una ley que reglamentaba negativamente el derecho laboral de los jóvenes, la juventud ha

tomado más fuerza, de salir a la calle, de agitar su voz. Yo veía que la juventud de Chile siempre estaba protestando y la juventud peruana era muy pasiva; dejaba que se la atropellara, era muy desinteresada. Ahora ha tomado el tema como propio y ha podido salir a las calles para hacer escuchar su voz y protestar contra cosas que considera atropellos para el país. Generalmente lo hace a través de otras organizaciones, pero no tanto de un partido.



VIOLETA BEAS

Secretaria general del Comando Universitario del Partido Popular Cristiano (Perú)

Política y creación de oportunidades

La política debe servir como instrumento para que la sociedad crezca. Eso es fundamental, porque cuando nosotros logramos crecer, es decir, cuando tenemos oportuni-



HENRY SALAZAR
Presidente de la Juventud Demócrata
Cristiana de América (JODCA) (Costa Rica)

dades de empleo, oportunidades de obtener una vivienda, oportunidades de tener un sistema de salud, de tener un sistema de pensiones que nos va a garantizar una vejez digna, todas esas cosas se convierten en oportunidades que nos hacen crecer, sobre todo también en el tema de educación. Suena muy idealista, pero cuando nosotros crecemos, llegamos a algo, hay un sentimiento, y es el sentimiento de la felicidad. La política tiene que servir para que desde una visión de país se abra la mayor cantidad de oportunidades para que la gente crezca y llegue a ser feliz. Si bien es muy importante luchar por los puestos, llegar al gobierno, tener diputados en la Asamblea Legislativa, más importante es que todos esos puestos sirvan para que la gente tenga oportunidades y llegue a ser feliz.

Hay que apuntar a diversos ámbitos

Hablar de participación política implica romper el estigma de que los jóvenes solamente participan cuando votan, y eso es cuando tienen más de dieciocho años. Creo que tenemos que ir un poco más allá de esos derechos civiles, políticos, que hemos adquirido a través de la Constitución y las leyes, y participar más allá, en el sentido de involucrar a los jóvenes en el ámbito local. He podido conocer muchas iniciativas de jóvenes líderes, emprendedores, que están haciendo pequeños cambios y aportando su granito de arena en la transformación social a través de lo local, de lo territorial. Destaco mucho eso porque he conocido iniciativas de emprendedores en el ámbito académico, en el ámbito empresarial, en el ámbito político. Hay muchos jóvenes que se involucran de lleno. He visto cómo los jóvenes podemos llegar a aportar a través de la investigación,



TANIA LÓPEZ LIZCA
Representante de América Latina y el
Caribe en el Leadership Board del Youth
Movement for Democracy (Colombia)

del trabajo en campo; a través de diferentes iniciativas, tanto en Colombia como en Latinoamérica, sé que los jóvenes no estamos para estar quietos. Ser joven es sinónimo de cambio, de querer transformar el *statu quo*, entonces ese valor que tenemos los jóvenes debemos rescatarlo.

Rescatar el sentido de la política

Tenemos que volver al sentido del ejercicio político. La política fue diseñada para lograr la organización de los pueblos, para buscar el bien común, para buscar el progreso y el desarrollo de las comunidades. Desafortunadamente en Latinoamérica esa figura de organización del Estado, esa figura por la que los pueblos tienen progreso, tienen desarrollo, esa política de buscar el bienestar común la hemos ido perdiendo en muchos países, porque hoy el populismo se ha venido difundiendo en los procesos democráticos, y los líderes o los partidos políticos buscan sus beneficios y no el desarrollo político de las comunidades. Tenemos que vincular nuestros procesos democráticos para reivindicar lo que es la política. La política es ejercer un poder para el servicio de los demás; la



LUIS KAROL LEON VARGAS
Integrante de la dirección del Partido Conservador (Colombia)

política es la oportunidad de lograr estar en escaños representativos del Estado —en el Poder Ejecutivo, en el Poder Judicial, en el Poder Legislativo—, siempre buscando el bien común, siempre buscando el desarrollo de los pueblos, siempre buscando el bienestar de las comunidades.

Participación juvenil y nuevas tecnologías



ORESTE DEL RÍO SANDOVAL
Encargado de la misión diplomática de Panamá en Qatar (Panamá)

Estamos viviendo una evolución social, y esa evolución trae consigo que la juventud cada vez se vea más involucrada con los cambios sociales. En el mundo hemos visto cambios que son producto del involucramiento de la juventud en esos temas, que han desembocado en estos cambios de estructura social, gubernamental y estatal. Creo que Panamá y Centroamérica no quedan de lado en esta evolución a escala mundial, y las capacidades que tiene la juventud para usar el lenguaje que nos permiten las redes sociales, las distintas tecnologías de comunicación, nos mantienen más enlazados, más actualizados, y le dan también más proyección a la voz que tenemos. No creo en aquel llamado que se hace buscando que la juventud salga a la calle, como se hacía en el pasado. Entiendo que produce una mayor impresión gráfica que desde distintos puntos veas cámaras en edificios tomando marchas multitudinarias, pero no estamos hablando de presencia física, sino del poder que pueden tener las ideas.

COMUNICACIÓN Y CAMPAÑAS



La rebelión de las masas 2.0

—» CARMEN BEATRIZ FERNÁNDEZ

Urbanista. Magíster en Administración de Empresas (IESA, Venezuela) y en Campañas Electorales (University of Florida, EUA). Desde 1997 dirige @DataStrategia y coordina el portal político iberoamericano e-lecciones.net. Consultora de estrategia general y en ciberpolítica.

Corren tiempos complicados. «No exageres, tendrías que haber visto los míos», hubiera dicho mi abuelita. Y tendría razón. Cada época entraña sus dificultades y hay muchas que han sido muy duras. Corren tiempos complicados y vertiginosos, entonces. «De gorja son y rapidez los tiempos», dice un verso del poeta José Martí que cito con frecuencia. Su verso describe con precisión esa sensación tan frecuente en el hombre urbano. Pero Martí murió hace ciento cincuenta años y ya se sentía abrumado por el vertiginoso carácter de su tiempo, así que tampoco pareciera esto gran novedad. «El atributo más esencial de la existencia es la perentoriedad: la vida es siempre urgente. La vida

nos es disparada a quemarropa», decía Ortega y Gasset (1930) hace casi cien años, en una reflexión que escribiera poco antes de su famoso libro *La rebelión de las masas*.

Más bien digamos que corren tiempos complicados, vertiginosos y poco predecibles, en los que lo que consideramos verdad es puesto en duda. Y esto sí que pareciera una novedad.

La reciente elección presidencial norteamericana puso muy de moda a las *alternative facts* y la *post-truth*, y velozmente lo hemos traducido. Apenas diez días después de la elección recibí un correo electrónico de la fundación para el español de la Agencia EFE y el BBVA, asesorada por la Real Academia Española y mucho más rápida que esta para adaptarse a los cambios de la lengua, diciendo que era preferible referirse a ella como *posverdad*, en lugar de *post-verdad*. Y que *contra-factual* era un término que podía perfectamente usarse como sinónimo del neologismo (Fundéu, 17.11.2016). En la elección presidencial de 2016 el equipo de Trump supo hacerse de la mayoría de la forma un tanto *sui generis* que permite el sistema electoral norteamericano.

También a pocos días de haber ocurrido la elección de marras, salió a la luz pública un estudio de Craig Silverman (16.11.2016) que dio mucho que hablar en los análisis de la elección del siglo. Tras analizar las historias políticas publicadas en Facebook en los últimos tres meses de campaña, el análisis encontró que las historias falsas tuvieron mucho mayor impacto relativo que las historias reales de importantísimos canales noticiosos como el *New York Times*, el *Washington Post*, el *Huffington Post*, la *NBC News* y otros varios.

La exitosa tendencia de los bulos del mundo digital no es nueva. Montones de noticias falsas se expanden a diario, más viralmente cuanto más bizarras y escandalosas sean. La novedad que sugirió el estudio en cuestión, y que hizo saltar las alarmas del orbe, es que hubo quien sacó provecho de ello para diseñar una estrategia político-electoral de clara direccionalidad.

Como venezolana el concepto no me es ajeno. La posverdad puede ser un neologismo, pero los esfuerzos por construir realidades paralelas no. Lo ocurrido en Venezuela durante los últimos 18 años ha sido un preludio de lo que viene ahora viéndose de manera mucho más globalizada. Chávez fue un mago de las emociones a partir de un verbo poderoso, y ese verbo se apalancaba sobre muchas medias verdades (y una que otra flagrante mentira que exigía creer a sus acólitos). La mezcla resultaba un potente moldeador de la opinión pública, en la que los

« La exitosa tendencia de los bulos del mundo digital no es nueva. Montones de noticias falsas se expanden a diario, más viralmente cuanto más bizarras y escandalosas sean »

hechos objetivos tenían mucha menor influencia que las apelaciones a las emociones y a las convicciones personales. Como reflejo de Chávez y su discurso, en Venezuela los medios de comunicación discurren realidades paralelas desde hace mucho tiempo. El muy poderoso sistema nacional de medios públicos está concebido como una herramienta de propaganda ideológica, en la que las funciones informativas de «la verdad» están muy disminuidas.



Dos pantallas en tiempo real

Foto de la autora, con imágenes de la televisión de Venezuela durante los sucesos de abril de 2002

Tan interesante como el uso de las noticias falsas durante la campaña resulta este afán de construcción de una realidad paralela desde la gestión de gobierno de Trump. No es solo que en un hábil manejo de la agenda Trump se haya hecho dueño del término *fake news* utilizándolo en contra de sus adversarios, buscando un efecto bumerán; ni que su hombre al frente de la agencia ambiental niegue la existencia del cambio climático. Hay más. Recientemente la asesora de Trump Kellyanne Conway habló en un par de programas de TV sobre *la masacre de Bowling Green*, como un elemento que hacía justificable el apoyo a la orden ejecutiva del presidente que impone barreras a la entrada de ciudadanos de siete países musulmanes. La mencionada *masacre* nunca existió, y la consultora en su aclaración indicó que se refería a dos iraquíes que habían sido arrestados en la población de Bowling Green, Kentucky. Sin embargo, una encuesta (Public Policy Polling, 10.2.2017) realizada pocos días después de popularizada la mención indicó que un 51 % de los votantes de Trump estaban de acuerdo con la aseveración «la masacre de Bowling Green muestra por qué necesitamos la orden ejecutiva de Donald Trump en inmigración».

Cuadro 1. Tema Bowling Green, encuesta en Estados Unidos, febrero de 2017

VOTO 2016						
Afirmación sobre la masacre de Bowling Green	Base	Donald Trump	Hillary Clinton	Gary Johnson	Jill Stein	Otro
De acuerdo	23 %	51 %	2 %	6 %	3 %	2 %
En desacuerdo	57 %	23 %	90 %	55 %	50 %	54 %
No está seguro	20 %	25 %	8 %	40 %	47 %	45 %

P4	P4: ¿Está usted de acuerdo o en desacuerdo con la siguiente afirmación: «La masacre de Bowling Green muestra por qué necesitamos la orden ejecutiva de Donald Trump sobre inmigración?»	
	De acuerdo	23 %
	En desacuerdo	57 %
	No está seguro	20 %

Fuente: Public Policy Polling (10.2.2017).

Se cuenta una divertida anécdota de campaña de Ségolène Royal y la falsa historia del activista contra la esclavitud (Fréour, 8.6.2010). Al parecer la candidata, en conmemoración del día contra la esclavitud, rememoró el carácter heroico de un activista de temple y buen corazón: Robert Louis-de Astran; su nombre aparecía en Wikipedia y era una bonita historia. El único problema es que ese señor nunca había existido y se armó un pequeño escándalo que incluía el testimonio de historiadores desmintiendo la especie. El evento ocurrió en 2010, hecho que ratifica que Trump no inventó la posverdad, solo la popularizó.

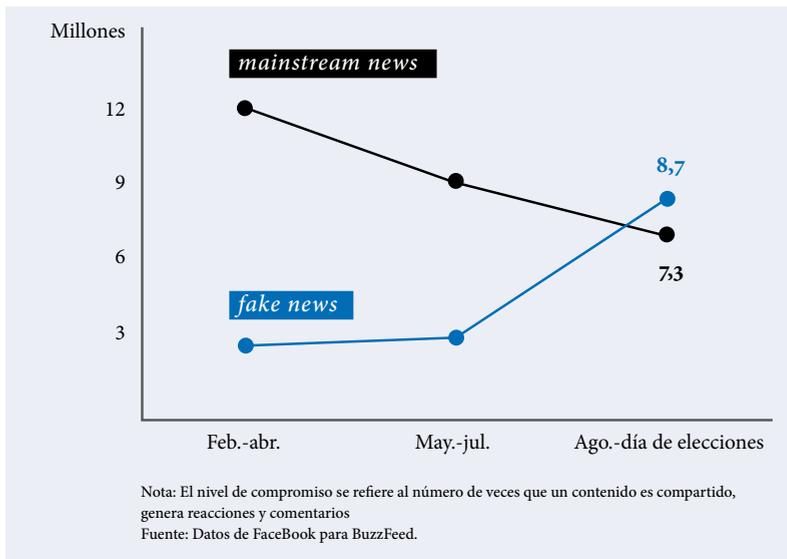
Aún no termina la autopsia de los eventos relacionados con las *fake-news* de la campaña norteamericana, pero empieza a hacerse visible un lazo que los une con las informaciones de WikiLeaks sobre los *mails* en las computadoras de Hillary y su jefe de campaña, John Podesta, así como con los servicios de inteligencia rusos. Aunque los informes no son del todo concluyentes en relación con la influencia determinante de la intervención rusa (Greenberg, 6.1.2017), parece claro que WikiLeaks y sus historias, con sus medias verdades, fueron actores claves de esta contienda. La duda es si fueron agentes libres o si existe un hilo conductor que los hizo parte de un exitoso esfuerzo orquestado.

De momento cuatro de las veinte historias falsas de mayor impacto identificadas por Silverman están directamente relacionadas con Wiki-



Leaks como fuente. Una de las falsas noticias de mayor impacto aseguraba que Donald Trump contaba con el apoyo del papa Francisco. Solo este *post* generó en Facebook casi un millón de *compromisos* (*engagement*, según la categorización de Facebook, que usa el concepto como indicador de impacto de cada publicación, en función de la cantidad de veces que se comparte, las reacciones y los comentarios que genera).

Gráfico 1. Total del compromiso en FaceBook de las 20 principales noticias en medios tradicionales (*mainstream news*) versus medios que falsean noticias (*fake news*)



Las implicaciones de estos hechos han preocupado tanto a Facebook como a Google, que vienen intentando tomar medidas que protejan las verdades (First Draft News, 6.2.2017). La recién estrenada iniciativa CrossCheck es uno de estos esfuerzos, especialmente pensada para impedir la proliferación de noticias falsas en la elección francesa de este año 2017. Mientras tanto, la hora de la posverdad pareciera haber llegado para quedarse.

Decía Ortega y Gasset (1930) que «el hombre no puede vivir sin reaccionar ante el aspecto primerizo de su contorno o mundo, forjándose una interpretación intelectual de él y de su posible conducta en él». Esta es la cualidad humana que impulsa la búsqueda de la verdad. Sin embargo, parte del problema puede estar cuando, en respuesta al vértigo de los tiempos, ese hombre se forja su interpretación intelectual a la profundidad que le ofrecen los 140 caracteres de Twitter.

Kennedy, Obama, Trump y Putin

El manejo de las herramientas de campaña de forma similar a como hoy las conocemos se ubica a los inicios de los sesenta en Estados Unidos, durante la campaña de John F. Kennedy, cuando se comienzan a trabajar formatos y *spots* televisivos modernos, así como a emplear modernas técnicas demoscópicas en la identificación segmentada de la opinión pública electoral. Este es uno de los elementos que se pueden utilizar para encontrar semejanzas entre Kennedy y Obama: Kennedy fue muy habilidoso manejando el medio de comunicación que empezaba a ser dominante para su momento, la TV; así como Obama lo fue manejando las redes sociales, instrumento de comunicación que empezaba a dominar en el nuevo siglo.

Pero la analogía Kennedy-Obama estaría incompleta si no incluimos a Trump. No es exagerado afirmar que hoy Trump es presidente porque encontró la forma de liderar el espacio comunicacional dominante. Probablemente con la ayuda de Putin, o sin ella, encontró unas vulnerabilidades en las plataformas que lo hicieron situarse en posición de dominio en un medio en el que Obama y los demócratas creían tener holgadas ventajas.

Cada imperio llegó a serlo porque dominó la tecnología bélica del momento. Recientemente visité una gran fábrica de cañones que tuvo el Imperio español en Liérganes, Cantabria. Explorar los restos de la inmensa fábrica de La Cavada, y observar desde allí el monopolio que tenían sobre las armas de guerra, ofrece una explicación muy importante sobre el imperialismo de los tiempos coloniales. Miles de cañones virtualmente idénticos en todas las costas del globo: en St. Agustín de la Florida, Cartagena de Indias, Isla Margarita, Panamá, Perú o las costas africanas, hacen muy fácil imaginarse al Imperio en acción. No es casualidad que la obsolescencia de esa tecnología y la decrepitud en la que entró la fábrica doscientos años después de ser fundada coincidiera *vis-à-vis* con la decadencia del Imperio español. Cada sociedad afronta los retos de su momento histórico con los instrumentos que los tiempos dictan. Hoy los rusos podrían haberse hecho con el arma más importante del nuevo siglo.

La ciberpolítica ofrecía una gran promesa de democratización. La masiva penetración de la tecnología abre potencial para la generación de nuevos espacios de encuentro y discusión, así como facilita que se tomen en cuenta las nuevas herramientas para la construcción y articulación de redes públicas. Sin embargo, también es ciberpolítica lo que hemos visto en la elección norteamericana de 2016: las reales posibilidades de influir sobre el sistema de comunicaciones de una campaña

electoral, tanto hacia dentro, con el espionaje y el *hackeo* de los sistemas de comunicación intracomando, como hacia fuera, en la transmisión de los mensajes políticos a grupos claves del electorado. Y es también ciberpolítica lo que vimos en Venezuela en la elección presidencial de 2012 y en la de Brasil de 2014: el manejo tecnopolítico de poderosas bases de datos asociadas a programas de políticas públicas dirigidas a los más desfavorecidos, que fuerza a los más pobres a votar en la dirección en la que apunta la mano (o el carné) que otorga los subsidios.

Es claro que:

[...] la Red en sí misma no implica libertad; tampoco opresión. Es tecnología y, como todo lo instrumental, depende del uso que se haga de ella. Podemos identificar montones de tendencias liberadoras; también podemos identificar fuertes tendencias opresivas. Es la misma lucha dicotómica que ha ido construyendo la historia.

Ninguna tecnología asegura la libertad. Sin embargo, a través de la tecnología se construyen redes de ciudadanía y organización que pueden ser muy sólidas y que al carecer de un claro anclaje territorial, en determinadas circunstancias pueden proveer un carácter estratégico y poderoso ante los gobiernos.

Los dos párrafos precedentes están tomados de mi libro *Ciberpolítica* (Fernández, 2008), que concluía así:

Las redes comunican, pero horizontalmente difícilmente sirven para el *broadcasting* o difusión masiva al que muchas veces aspiran los gobiernos totalitarios; de allí su carácter subversivo, y apuesto a que, finalmente, liberador.

A la luz de los acontecimientos de hoy creo que puedo haber perdido esa apuesta...

La posverdad es la parodia de la verdad.

Valores y cultura política

En su texto sobre la justicia y el bien común, el académico de Harvard Michael Sandel (2011) pone foco no tanto en las semejanzas como en una importantísima diferencia entre John F. Kennedy y Barack Obama. Más allá de que ambos eran políticos jóvenes, elocuentes, inspiradores, y que ambos perseguían movilizar a los estadounidenses en una nueva era de compromiso cívico, hay algo muy importante que a su juicio los

diferenció y que en el contraste termina beneficiando a Obama: «sus opiniones sobre el papel de la religión en la política no podían ser más diferentes».

Argumenta Sandel:

[...] desde los años sesenta hasta los ochenta, los demócratas fueron derivando hacia el ideal de la neutralidad; en muy buena medida suprimieron los argumentos morales y religiosos de su discurso político. Hubo algunas excepciones notables: Martin Luther King Jr. recurrió a argumentos morales y religiosos para promover la causa de los derechos civiles, el discurso moral y religioso dio impulso al movimiento contra la guerra de Vietnam, y Robert E. Kennedy, en pos de la nominación presidencial en 1968, intentó convocar a la nación para que adoptase ideales morales y cívicos más exigentes. Pero para los años setenta el centroizquierda había hecho suyo el lenguaje de la neutralidad y la elección, y cedió el discurso moral y religioso a la emergente derecha cristiana.

Esto llega a su fin bajo el liderazgo de Barack Obama, quien, a diferencia de otros demócratas, «impregnó su lenguaje político de una dimensión moral y espiritual que apuntaba más allá de la neutralidad liberal».

«Toda política es moral», afirma el académico de Berkeley George Lakoff (1996), con la contundencia de un axioma. Quizás fuera su prédica entre los miembros del Partido Demócrata durante muchos años la que le facilitase el camino a Obama. Ahora bien, el marco de referencia moral es distinto para los conservadores que para los progresistas, y hay muchísima gente (la mayoría) cuyos marcos de referencia son parcialmente conservadores y parcialmente progresistas. ¿Por qué la mayoría de la gente es biconceptual en su enmarcamiento moral? Por la misma razón por la que la moral del sábado por la noche y la moral del domingo por la mañana son distintas y conviven en la misma persona, dice Lakoff.

En cierta forma ello refuerza la observación de Sandel. Su apreciación es relevante porque en buena medida el abrazo a los valores morales y religiosos le dio al Partido Republicano durante mucho tiempo una convicción hegemónica. Un partido dominante se construye a partir de su identidad con las mayorías sociales. Los republicanos construyeron su identidad política a partir del corazón de la sociedad y, previsiblemente, su mayoría político-electoral: partiendo del prototipo del hombre blanco, anglosajón, protestante, del espíritu del pionero WASP (*White, Anglo-Saxon, Protestant*).

La nueva rebelión de las masas

Ortega y Gasset (1937) aborda la misma idea desde el concepto de masa social. «La sociedad es siempre una unidad dinámica de dos factores: minorías y masas». En el caso de la elección 2016 las *masas* estarían representadas por los republicanos, mientras que el factor minoritario, en este caso, sería el del Partido Demócrata. Una estrategia conocida del Partido Demócrata ha sido el esfuerzo por construir una mayoría a partir de la sumatoria de las distintas minorías. Esto fue muy evidente desde la segunda elección ganada por Clinton, en el año 1996. Seis segmentos básicos exhiben con orgullo los demócratas: mujeres, negros, ecologistas, solteros, latinos y *gays*. Son seis segmentos que confrontan al WASP prototípico, pero cuya sumatoria consigue la construcción de una mayoría alternativa. Esta complementaridad entre las mayorías y la sumatoria de las minorías también es asomada por Ortega y Gasset (1937) al hablar de las masas:

En los grupos que se caracterizan por no ser muchedumbre y masa, la coincidencia efectiva de sus miembros consiste en algún deseo, idea o ideal, que por sí solo excluye el gran número. Para formar una minoría, sea la que fuere, es preciso que antes cada cual se separe de la muchedumbre por razones *especiales*, relativamente individuales.

El talento del Partido Demócrata estuvo, precisamente, en hacer sentir a quienes no son parte de las *masas* que podían integrarse con otras minorías para hacer acopio de fuerzas políticas en una sumatoria que terminase construyendo la mayoría política ambicionada. Con el paso del tiempo y con los avances tecnológicos fue rindiendo cada vez mejores frutos esta segmentación demócrata, hasta llevarla a la microsegmentación facilitada en el análisis de los grandes datos y el buen manejo de las redes sociales del que fue pionero Obama en el año 2008.

«Masa es todo aquel que no se valora a sí mismo —en bien o en mal— por razones especiales, sino que se siente “como todo el mundo”», describe Ortega en *La rebelión de las masas*, como si estuviera describiendo en la Norteamérica de 2017 a esas masas que lograron la victoria electoral de Trump.

Ser diferente es indecente. La masa arrolla todo lo diferente, egregio, individual, calificado y selecto. Quien no sea como todo el mundo, quien no piense como todo el mundo, corre el riesgo de ser eliminado. Y claro está que ese «todo el mundo» no es «todo el mundo».

«Todo el mundo» era, normalmente, la unidad compleja de masa y minorías discrepantes, especiales. Ahora «todo el mundo» es sólo la masa. (Ortega y Gasset, 1937)

«Hay siempre un sistema de ideas vivas que representa el nivel superior del tiempo, un sistema que es plenamente actual. Ese sistema es la cultura» (Ortega y Gasset, 1930). Y la cultura política es parte inseparable de la sociedad. Jo Freeman llama a esta construcción de identidad política complementaria la estrategia *del centro a la periferia*, para los republicanos, y *de la periferia al centro*, para los demócratas. Estas diferencias en los segmentos básicos y cómo ellos se aproximan a la sociedad sellan en el interior de ambos partidos una impronta particular. En lo actitudinal, ha dicho Jo Freeman (1986), los republicanos se perciben a sí mismos como *insiders* aunque estén fuera del poder, mientras que los demócratas se ven como *outsiders* aunque estén en el gobierno.

Esas masas que en Estados Unidos ganaron la elección 2016 se concentran en las áreas geográficas menos urbanas, en el *hinterland* de los Estados Unidos, que contrasta con la diversidad que caracteriza a las ciudades y, en general, se opone a los valores urbanos. Esas masas victoriosas de Estados Unidos se asemejan también a las que ganaron el *brexit* en Gran Bretaña y a las que ganaron el *no* en el referéndum colombiano por la paz. Son esas masas, de naturaleza escéptica, las que en 2016 se rebelaron contra los medios de comunicación, contra las campañas bonitas, contra los artistas, contra los intelectuales y contra los «expertos». Se rebelaron contra las elites.

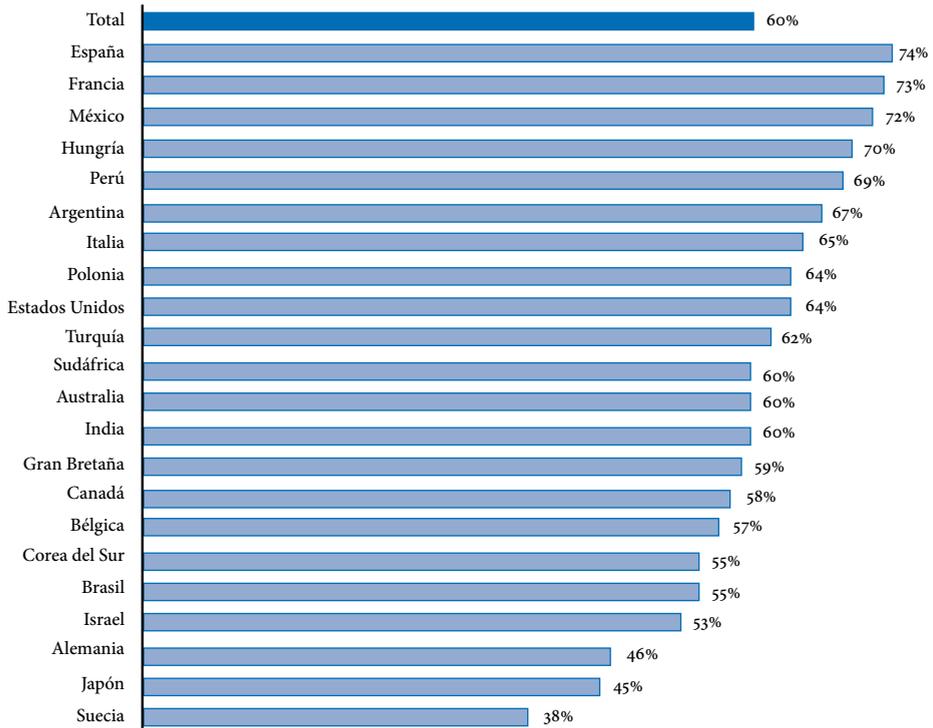
Nunca hubo en la estructura de medios de comunicación de los Estados Unidos tal nivel de consenso en cuanto a la conveniencia de que ganara uno u otro candidato. Un análisis publicado por *The Economist* (The Data Team, 3.11.2016) durante la semana previa a la elección señalaba con claridad el fenómeno. Los periódicos norteamericanos, incluso aquellos con consejos editoriales republicanos, abandonaron a Donald Trump en el año electoral. Los endosos de los periódicos usualmente favorecen al partido fuera del poder, argumenta *The Economist*. Esta vez, a pesar de ocho años de gobierno democrata, los consejos de redacción temerosos de una presidencia de Trump apoyaron abrumadoramente a Hillary Clinton. Otro tanto puede quizás decirse del *brexit* y del referéndum colombiano. Las voces de los medios de comunicación del mundo parecían orquestadas en torno a la conveniencia de una victoria de Clinton, de que británicos siguieran en la Unión Europea y de que los colombianos dieran un sí a la paz.

Una reciente encuesta global llevada a cabo luego de la elección norteamericana por Ipsos indagaba en varios de los aspectos que hicieron

posible el triunfo de Trump. Una pregunta especialmente llamativa indagaba sobre qué tanto el encuestado estaba de acuerdo con la aseveración «los expertos de este país no entienden a la gente como yo».

Aunque varía para cada caso, el grado de acuerdo al respecto es, en varios países, casi un consenso social:

Gráfico 2. ¿Qué tanto está de acuerdo o en desacuerdo con la afirmación «Los expertos de este país no entienden la vida de gente como yo»?



Fuente: IPSOS, noviembre de 2016 (16.096 encuestas a entrevistados de entre 16 y 64 años).

Parte de la lógica que explica el comportamiento electoral está en el argumento del elector que desconfía de las elites: «Si hay tal grado de armonía en que debo votar de esa manera, entonces me conviene hacerlo de forma diferente». Las masas en esos tres procesos políticos tan relevantes del 2016 sintieron que las voces dominantes eran de elites y formaban un coro que era distinto al que ellas mismas entonaban y, por ello, desconfiaron de la orquesta. Prefirieron creer en lo que querían creer, y no en lo que los expertos aconsejaban como «realidad objetiva».

El año 2016 marcó claramente una *rebelión de las masas 2.0*.

Referencias bibliográficas

- FERNÁNDEZ, C. B. (2008). *Ciberpolítica, ¿cómo usamos las tecnologías digitales en la política latinoamericana?* Buenos Aires: Fundación Konrad Adenauer.
- FIRST DRAFT NEWS (6.2.2017). «French newsrooms unite to fight election misinformation with the launch of CrossCheck», <https://firstdraftnews.com/crosscheck-launches>.
- FREEMAN, J. (1986). «The Political Culture of the Democratic and Republican Parties». *Political Science Quarterly*, vol. 101, n.º 3, pp. 327-356.
- FRÉOUR, P. (8.6.2010). «Ségolène Royal tombe dans le piège de Wikipédia», *Le Figaro.fr*, <http://www.lefigaro.fr/politique/2010/06/08/01002-20100608ARTFIG00346-segolene-royal-tombe-dans-le-piege-de-wikipedia.php>.
- FUNDÉU (17.11.2016). «[P]osverdad, mejor que post-verdad», <http://www.fun-deu.es/recomendacion/post-truth-post-verdad-posverdad>.
- GREENBERG, A. (6.1.2017). «Feds' Damning Report on Russian Election Hack Won't Convince Skeptics», <https://www.wired.com/2017/01/feds-damning-report-russian-election-hack-wont-convince-skeptics>.
- LAKOFF, G. (1996). *Moral politics. How Liberals and Conservatives Think*, Chicago: Chicago University Press.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1937). *La rebelión de las masas*. Barcelona: Espasa.
- (1930). «Misión de la Universidad», *Revista de Occidente*, Madrid.
- PUBLIC POLICY POLLING (10.2.2017). «Americans Now Evenly Divided on Impeaching Trump», http://www.publicpolicypolling.com/pdf/2017/PPP_Release_National_21017.pdf.
- SANDEL, M. (2011). *Justicia. ¿Hacemos lo que debemos?* Barcelona: Random House Mondadori.
- SILVERMAN, C. (16.11.2016). «This Analysis Shows How Viral Fake Election News Stories Outperformed Real News On Facebook», https://www.buzzfeed.com/craigsilverman/viral-fake-election-news-outperformed-real-news-on-facebook?utm_term=.eqbKLd22K#.no9mpqggm.
- THE DATA TEAM (3.11.2016). «American newspapers resoundingly reject Donald Trump», *The Economist*, <http://www.economist.com/blogs/graphicdetail/2016/11/daily-chart-1>.

Nuevas tecnologías de la comunicación y su impacto en la narrativa política

—» ALEJANDRO VIVAS

Director nacional de Comunicaciones y miembro de la Junta de Dirección Nacional de Primero Justicia, Venezuela. Fue miembro de los comandos de campaña presidenciales en 2012 y 2013, en el área de movilización de voto, y en las elecciones parlamentarias de 2015, en el área de comunicaciones.

En los últimos años, el crecimiento de las redes sociales en el mundo ha obligado a políticos y a partidos a iniciar un proceso de transformación en su mensaje para reconectarse con la sociedad.

Desde los años noventa, en América Latina se evidenció un desgaste de las estructuras tradicionales de los partidos políticos que generó la desconexión del liderazgo tradicional y permitió el surgimiento de *liderazgos carismáticos y antipolíticos* que llevaron exitosamente su mensaje a la base de la población.

En Venezuela, Hugo Chávez Frías encarnó y encabezó esta ola de *cambio y revolución* que significó para el país el nacimiento de una nueva Constitución, que posteriormente degeneró en

uno de los regímenes más autoritarios, totalitarios e inconstitucionales que la historia venezolana y latinoamericana puedan registrar.

El surgimiento de este tipo de liderazgo es el resultado del agotamiento de un modelo de comunicación política que no se renovó y fue superado, mientras las nuevas tecnologías y estructuras de la comunicación moderna avanzaban a pasos agigantados. Para la clase política resultaba más sencillo mantenerse en el poder enviando mensajes e informando sobre la toma de decisiones que afectaban a los ciudadanos sin salir a la calle a conectarse con sus electores, sin explicar las razones o explicándolas desde la comodidad de una oficina o una rueda de prensa, dejando que la comunicación fluyera a través de los medios masivos (prensa, radio y televisión). Así abandonaron poco a poco la estrategia del contacto directo con las personas, con los votantes.

Si bien en la actualidad el liderazgo político reconoce la importancia de tener un mensaje comunicacional bien estructurado, algunos partidos y dirigentes aún se niegan a formar parte de las nuevas fórmulas para llevar adelante un proceso de comunicación política efectiva, e incluso hay un grupo no menor que, conociendo la importancia de adaptar su mensaje a las nuevas herramientas de comunicación política, no lo hacen de la manera correcta.

Gobiernos como el del fallecido presidente Hugo Chávez en Venezuela o el de Rafael Correa en Ecuador no tienen dudas de que para sus liderazgos es necesario tener el control pleno —y podría decirse el *control absoluto*— sobre lo que se dice, se publica o se calla en los medios masivos de comunicación, y para ello desarrollaron estructuras de control que se convirtieron en censores políticos de los mensajes que se emiten masivamente.

Desde la llegada de Hugo Chávez al poder, y luego con su sucesor, Nicolás Maduro, se montó un sistema de control de los medios que le ha permitido al gobierno venezolano —que llegó al poder por la vía del voto pero actúa y ejecuta como un régimen totalitario— controlar y silenciar la información que le llega al ciudadano y mantener secuestrada la agenda política del país.

Esta hegemonía comunicacional, característica de los gobiernos totalitarios, va disminuyendo la capacidad de organizaciones y líderes políticos para comunicarse efectivamente con los ciudadanos, producto de un modelo que se asumió en el pasado, en el que los medios masivos de comunicación eran parte fundamental de la estrategia política y sustituían las tareas esenciales de la dirigencia y de la militancia de establecer relación directa con el ciudadano.

Es decir, los partidos olvidaron el ejercicio natural del activismo político, dejaron de contactar, convencer, comprometer y movilizar a los

habitantes de la comunidad y fijaron su accionar político en las conferencias de prensa, los *spots* de tv y radio y los carteles o vallas publicitarias; dejaron que su comunicación con los votantes fluyera de modo unidireccional y no facilitaron el natural diálogo con electores y ciudadanos.

Esta actitud de los partidos y de buena parte de la dirigencia política fue la que allanó la tarea de los regímenes totalitaristas latinoamericanos, que se han beneficiado de ello hasta el presente.

El escenario actual obliga a los partidos y a sus líderes a repensar la forma de comunicarse con el votante y con la colectividad. Si bien es una respuesta que surge ante una situación coyuntural, abre paso para que dentro de los partidos se lleven adelante las modificaciones y transformaciones dirigidas a retomar el diálogo político con el pueblo.

El secuestro de los *mass media*

Los regímenes totalitarios han logrado sacar ventaja de los vacíos dejados por el sistema democrático y por estructuras tradicionales de los partidos políticos que venían en declive desde finales de los años ochenta. El fracaso del modelo neocapitalista y de los paquetes del Fondo Monetario Internacional impuestos a los pueblos latinoamericanos fueron el abono perfecto para que ideas y conceptos como los expresados por Hugo Chávez se convirtieran en la voz santa del pueblo.

Chávez demostró inteligencia y un gran conocimiento del juego político pues, luego de conectarse con las bases y asumir el poder en 1998, inició un ataque indetenible y sostenido para alcanzar el control y la censura de los medios tradicionales, además de apoderarse poco a poco del aparato comunicacional del Estado.

La no renovación de la concesión a Radio Caracas Televisión, principal televisora del país hace nueve años, así como la extinción de los permisos de más de quinientas emisoras radiales en todo el territorio venezolano y su sustitución por nuevas emisoras dirigidas o cercanas al gobierno de Hugo Chávez, fue la jugada magistral que le permitió hacerse con el control hegemónico de los medios masivos de información y comunicación. Esta estrategia hoy en día intenta ser replicada por el presidente ecuatoriano Rafael Correa, quien a través de una nueva legislación ha tratado de sustituir cerca de tres mil operadoras de radio y televisión.

Este control significó para la sociedad venezolana el silencio de los partidos políticos y de las organizaciones de la sociedad civil independientes, que, por no comulgar con el pensamiento del régimen, vieron su influencia y su presencia en los medios públicos y nacionales reducirse hasta casi desaparecer. Algunos medios, arriesgando su es-

tabilidad, los siguen llamando, pero tratan de contener el nivel de los mensajes expresados por los entrevistados, so pena de recibir la visita de los entes de control del Estado. Un caso reciente se dio con la «inspección técnica» realizada al canal de noticias Globovisión luego de una entrevista al diputado y vicepresidente de la Asamblea Nacional, Freddy Guevara.

Este poder permite a los regímenes totalitarios imponer la agenda política en el país, la *agenda framing*, que controla y dirige, y hace lo posible para invisibilizar los problemas que realmente afectan a la sociedad, contraponiéndolos a argumentaciones sesgadas. Es decir, para cada problema hay una causa externa. Por ejemplo, en Venezuela el gobierno del presidente Nicolás Maduro responde al problema de la escasez acusando a una supuesta pero hasta ahora nunca probada *guerra económica*. Este conflicto se ha manejado por espacio ya de tres años sin que el gobierno dicte hasta el momento medidas ciertas y contundentes para superar la crisis económica del país.

La oposición, por el contrario, señala que el problema de la escasez no es producto de una guerra económica sino de las políticas de gobierno que generaron la desaparición o la disminución, a niveles alarmantes, de la capacidad de producción del país. Esto es confirmado por los indicadores económicos de la nación, que son convenientemente ocultados o publicados con retraso por las instituciones del Estado.

En esta nueva realidad de control hegemónico de la comunicación, los medios tradicionales pasaron a ser meras herramientas para la distribución del mensaje político, y en manos de regímenes totalitarios el control de esto asegura la construcción de una agenda comunicacional y política en la que solo se informará o conocerá de los temas que impone el gobierno. Guardando las distancias, esta hegemonía de los medios es un acercamiento a la noción de sociedad que idealizó George Orwell en su 1984.

En este aspecto, otro punto clave que ha permitido el avance de este modelo de hegemonía comunicacional ejercido por los regímenes totalitarios es el alejamiento voluntario de una parte de la sociedad, sobre todo de los jóvenes, que no se siente identificada con los partidos políticos tradicionales y no quiere relacionarse con ellos.

Con esta nueva realidad se hace necesaria la creación o el desarrollo de una narrativa política que parta de las nuevas tecnologías y utilice sus bondades y beneficios y, al mismo tiempo, que se lleven a cabo acciones de acercamiento y de intercambio con la comunidad; es decir, se debe retomar el activismo de los partidos y propagarlo utilizando para ello las herramientas de diálogo y de estudio que ofrecen las nuevas tecnologías de la comunicación en internet.



Nuevas tecnologías de la comunicación como herramienta y no como fin

En el ejercicio actual de la comunicación política, los partidos y los dirigentes políticos se encuentran en pleno proceso de aprendizaje, una especie de ensayo y error para desarrollar su mensaje y llevarlo a las comunidades de forma rápida y eficaz.

Algunos actores políticos han comenzado a utilizar las nuevas tecnologías de la comunicación según el mismo esquema con el que se comunicaban a través de los medios masivos, esto es, como meras herramientas para replicar un mensaje construido con las mismas premisas de un mensaje unidireccional dirigido a las masas y que no da importancia a la respuesta de la gente.

El uso de las nuevas tecnologías debe estar enmarcado en la proyección de la labor de los activistas y militantes de los partidos para generar el diálogo activo y constante con las comunidades y las organizaciones de la sociedad civil. En ningún caso la utilización de las redes sociales y las nuevas tecnologías debe sustituir la acción política de calle, sino que más bien debe potenciarla y fortalecerla replicando su mensaje.

Los medios de comunicación, a pesar de que mantienen una posición equilibrada en la trasmisión de la información, en la medida en que procesan el material informativo, lo editorializan y lo jerarquizan según un criterio noticioso. Por tanto, es posible que el mensaje que desean transmitir los partidos políticos sea modificado o jerarquizado de forma distinta a lo que estos planifican en su estrategia.

En este sentido, las nuevas tecnologías hacen posible que el mensaje político sea transmitido directamente, sin la mediación de los medios tradicionales, y permiten burlar el filtro implícito que vienen desarrollando los regímenes totalitarios, que buscan que solo se hable de lo que ellos generan y no de lo que en realidad acontece. Ejemplo de ello, en Venezuela el gobierno ha dejado de informar las cifras macroeconómicas del país e incluso las cifras de muertes en los fines de semana, todo lo cual se ha convertido en información clasificada. A través de las nuevas tecnologías los partidos políticos pueden dar a conocer su posición al respecto y con ello acercarse y entablar un diálogo con la comunidad.

En esta nueva era, las redes deben servir como herramientas o mecanismos propios para la distribución de contenido de las organizaciones políticas, sin intermediaciones que modifiquen el mensaje. Cuando se está luchando contra un régimen totalitario que busca el control absoluto de los medios y de todo lo que sale a través de estos, sin duda es una ventaja importante la que resulta de poder expresar la opinión



Venezolanos manifiestan en Montevideo por la democracia en su país
Foto: Manfred Steffen

sobre un tema del momento en 140 caracteres —y llegar así a cientos de miles de personas sin tener que esperar a que una emisora de radio llame para tomar una declaración— o de grabar un comercial audiovisual y *colgarlo* al alcance de todos sin tener que preocuparse por la censura de la TV abierta o los costos de la pauta.

Como ya lo hemos señalado, los gobiernos totalitarios tienen como prioridad el control de la agenda comunicacional y política; la hegemonía comunicacional resulta estratégica para ellos y el control de los medios masivos es el mecanismo perfecto para lograrlo.

Por esta razón, uno de los objetivos al utilizar los nuevos medios es mover la agenda política fuera del círculo político —por contradictorio que esto suene— y ponerla en el centro de la gente común. Cada día son más los ciudadanos que buscan voluntariamente aislarse del debate de los políticos; por ello, hacer llegar nuestro mensaje a través de los espacios tradicionalmente políticos no nos dará un resultado efectivo.

Si utilizamos las mismas estrategias de la política del siglo pasado y además tenemos un gobierno totalitario en el control de la hegemonía comunicacional de los medios tradicionales, estaremos condenados al fracaso.

Si hoy queremos hablar de nuestras propuestas para los jóvenes profesionales, una conferencia de prensa transmitida en el noticiero

« En ningún caso la utilización de las redes sociales y las nuevas tecnologías debe sustituir la acción política de calle, sino que más bien debe potenciarla y fortalecerla replicando su mensaje »

CC

nocturno de las cadenas de TV abierta y una reseña en la sección política de los diarios impresos al día siguiente le llegarán a cualquier público menos a los propios jóvenes profesionales. En cambio, un mensaje audiovisual, producido con los *códigos* correctos y difundido a través de las redes —por ejemplo, Facebook—, con una segmentación de audiencia objetivo y con el apoyo de algunos influenciadores en la difusión, sin duda alguna llegará con mayor eficacia al *target* deseado. De esta forma es que podremos sortear el muro que establecen los gobiernos totalitarios.

Cuando se habla del proceso de modernización de las comunicaciones o de la adopción de las nuevas tecnologías en las organizaciones políticas, comúnmente se comete el error de creer que aquellas son un fin en sí mismo, y no se comprende que solo son herramientas —muy poderosas— que facilitan el proceso clásico de la acción política.

De la comunicación unidireccional al modelo de diálogo con la comunidad

Tal como señalamos, el trabajo de todo militante o dirigente político ha sido y debe ser siempre contactar, convencer, comprometer y movilizar a los ciudadanos, todo esto sobre la base del mensaje o la idea política que representa y en que cree. Ese trabajo a pequeña escala es que lo históricamente hacían los activistas políticos en sus comunidades, sin otra gran herramienta que su palabra, visitando casa tras casa, organizando pequeñas reuniones, estrechando los lazos con los integrantes de sus comunidades. Y la suma de todos esos activistas —y su trabajo— proporcionaba una plataforma a las organizaciones políticas para llevar su mensaje a los ciudadanos y convencerlos de su propuesta. En una palabra, era la *estructura* del partido.

En la actualidad se nos presenta un reto crucial, que es cómo migrar de la *entrega del mensaje* a *establecer un diálogo* con los ciudadanos. Lo primero que hay que señalar es que las nuevas tecnologías en las comunicaciones permiten que esto se haga realidad y por esta razón es que la comunicación de una organización política moderna debe apuntar permanentemente a establecer un diálogo constante entre la organización, y sus liderazgos, con la gente y las comunidades.

Todos los medios son necesarios, incluso los tradicionales. Son complementarios. Debemos entender que las redes sociales no son *me-ros parlantes* de un mensaje o contenido único. No podemos pretender éxito si repetimos exactamente el mismo contenido en todas las redes.

Cada una de estas debe tratarse de manera individual, con su estrategia y su contenido diseñados y producidos específicamente. Esto es posible gracias a que cada red permite (en mayor o menor cuantía) saber a quiénes les estamos hablando y, mejor aún, qué reacción tienen ante nuestro mensaje y cómo adaptarlo para que finalmente se enghanchen en un diálogo con nosotros.

La clave de la narrativa política en las nuevas herramientas tecnológicas es que *no a todo el mundo se le dice lo mismo, ni por el mismo canal*. Si ante los medios tradicionales era importante presentar un lenguaje sencillo, limpio, sin ruido, con una imagen intachable y casi perfecta, en las nuevas herramientas esas formas tradicionales ya no son las que marcan el éxito o el fracaso de un material.

Treinta segundos de imágenes de impacto, conversaciones con personas de una comunidad o el relato testimonial de lo que les ha tocado vivir pueden ser más efectivos que un discurso programado.

Teniendo en cuenta que nuestra estrategia dominante es migrar desde la colocación del mensaje hacia el establecimiento de un diálogo o conversación, una de las principales tareas tácticas es saber con quiénes queremos hablar, dónde están y por cuál canal (medio) les podemos llegar más eficientemente.

Hace algunos años contestar estas preguntas era un ejercicio que se acercaba mucho a la ficción. Hoy en día tenemos la respuesta al alcance de la mano. Las nuevas tecnologías en el campo de *Big Data* y *Data Mining* nos permiten contestar estas preguntas de manera muy precisa, siempre y cuando tengamos claro qué queremos buscar y por qué.

La tecnología está para satisfacer nuestras demandas, pero vamos un poco más allá. Si tenemos los datos precisos de aquel a quien estamos hablando y de cómo está reaccionando a nuestro mensaje, el ejercicio de la investigación se hace un poco más simple.

En el pasado podía tardarse mucho tiempo en el desarrollo de una pieza gráfica o audiovisual para someterla a un estudio cualitativo tradicional (grupo focal) y testear su efectividad; implicaba además gastar una cantidad importante de recursos. Gracias a las nuevas tecnologías, ahora podemos producir la pieza, pautarla en *audiencias de prueba* y evaluar su rendimiento, todo en cuestión de horas y con costos reducidos. Esto permite a los partidos políticos y a sus dirigentes hacer más efectiva la inversión de recursos, que siempre son limitados.

«Treinta segundos de imágenes de impacto, conversaciones con personas de una comunidad o el relato testimonial de lo que les ha tocado vivir pueden ser más efectivos que un discurso programado»

CC

La nueva narrativa política

Las preguntas que debemos responder en este momento son: ¿cómo construir esta nueva narrativa política a través de las tecnologías de la información y la comunicación disponibles?, ¿qué características debe tener para lograr un impacto suficiente que permita al partido político y sus dirigentes conectar con el ciudadano y dialogar con él?

Para responder utilizaremos como base una parte de las estrategias desarrolladas por los diputados de Primero Justicia durante la campaña para la elección de diputados a la Asamblea Nacional, que finalizó el 6 de diciembre de 2015 con una avasallante victoria de los candidatos de la coalición de la Mesa de la Unidad Democrática en contra de los candidatos del partido de gobierno, el Partido Socialista Unido de Venezuela. En estos comicios la alternativa democrática alcanzó 112 diputados de los 165 escaños posibles en el Parlamento.

¿Qué comunicamos y cuándo lo comunicamos? Parece sencillo pero no lo es: vamos a comunicar nuestras actividades, pero no se trata solo de informar que estuvimos en determinado lugar, con determinado sector de la población; se trata de demostrar que nuestra presencia en ese lugar generó un verdadero cambio, que al recorrer esas calles o conversar con los vecinos pudimos conectarnos y conocer la problemática de cada ciudadano.

Esto nos obliga a los dirigentes a tener coherencia entre nuestro discurso y nuestro accionar. Lo que decimos, lo hacemos. Lo que comunicamos, lo creemos. Solo así podemos ir tejiendo una narrativa política coherente y cónsona con los ciudadanos y votantes que nos ven en el entramado de las redes sociales y de las nuevas tecnologías pero que también nos ven en las calles, con quienes nos cruzamos cuando recorremos un bulevar o entramos a un mercado popular para conversar y escuchar a los usuarios y a los vendedores.

Entonces, la primera característica de nuestra nueva narrativa política es la coherencia entre lo que decimos y lo que hacemos.

¿Cuándo lo comunicamos? Siempre. Pero no debemos saturar a los usuarios con mensajes de cada uno de nuestros movimientos; debemos dosificar los mensajes según la herramienta que estemos usando y el objetivo que estemos persiguiendo.

Durante la campaña para las elecciones parlamentarias, el gobernador de Miranda y líder nacional de la Alternativa Democrática, Henrique Capriles, se convirtió en uno de los principales movilizadores y promotores de los candidatos de la Mesa de la Unidad Democrática. Eso lo llevó a visitar hasta tres o cuatro regiones del estado el mismo día. Para demostrar a los venezolanos que estábamos en una campaña

activa, a través de Periscope, Capriles realizaba cada cierto tiempo transmisiones desde un lugar distinto del estado de Miranda, mostrándose con los vecinos, compartiendo y conversando con los habitantes del sector, permitiéndoles comunicar sus dificultades y problemas, pero también sus esperanzas y sus ganas de alcanzar un cambio.

Ejercicios similares se realizaron en las campañas de los diputados en Caracas. Tomás Guanipa, candidato por la lista del Distrito Capital, colgaba las imágenes de cada una de sus actividades, acompañando a los ciudadanos en las colas para comprar alimentos o escuchando sus inquietudes mientras recorría alguna zona popular.

Este es un punto clave: aunque parezca contradictorio, a veces el mensaje que queremos transmitir tiene un mejor vocero que no es el candidato o el dirigente. Darle el espacio y potenciar ese mensaje es la clave.

A lo largo de la campaña parlamentaria, se hicieron virales en el país mensajes capturados por los candidatos y dirigentes de la Alternativa Democrática en los que hablaba gente común: la vecina que no encuentra qué comer, el motorizado que está cansado de buscar dónde comprar comida para sus hijos o que está harto de la violencia. Estos fueron algunos de los testimonios que movieron la fibra de los venezolanos.

Las nuevas tecnologías han impuesto nuevas reglas al *spot* publicitario; si bien todavía debemos realizar videos y mensajes elaborados y limpios para explicar a los ciudadanos nuestra propuesta de gobierno, a veces es más efectivo y contundente mostrar los testimonios de la calle, escuchar a personas sin maquillaje y sin arreglos. Este es un ingrediente fundamental y clave para la nueva narrativa política, porque no solo nos conecta *con* el pueblo, nos *hace* pueblo porque lo escuchamos en vivo y directo y lo transmitimos al resto de los ciudadanos simultáneamente.

Tenemos entonces dos características más en nuestra narrativa: la primera, mensajes que deben ser usados y elaborados específicamente para las herramientas que vamos a utilizar; la segunda, el uso de testimoniales de los ciudadanos tal como nos lo van transmitiendo en nuestro caminar diario, sin mayores ediciones ni filtros.

Nuestra narrativa política también debe estar alineada con el interés real de los ciudadanos. En el pasado, la campaña imponía un discurso, unas necesidades y unas propuestas, a veces sin tomar en cuenta el sentir del ciudadano.

Las nuevas tecnologías nos llevan a un diálogo permanente con el votante, pero para que se dé ese diálogo, nuestro discurso y mensaje deben incorporar, en la medida de lo posible, los problemas

« Aunque parezca contradictorio, a veces el mensaje que queremos transmitir tiene un mejor vocero que no es el candidato o el dirigente. Darle el espacio y potenciar ese mensaje es la clave »



Venezolanos manifiestan en Montevideo por la democracia en su país
Foto: Manfred Steffen

que viven los ciudadanos, sus propuestas de solución, sus críticas y su esperanza. No para que nuestro plan político cambie a medida que se modifica la expectativa del ciudadano, sino para medirnos y hacer que nuestro mensaje toque los temas que de verdad interesan al pueblo.

En este sentido, debemos tener claras nuestras propuestas y nuestros objetivos para que, a medida que incorporamos los ingredientes que nos da el diálogo con la comunidad, nuestro mensaje mantenga su lineamiento central; para que, mientras se adapta a la realidad, establezca las bases que nos conectarán y nos darán arraigo en el votante.

Obviamente, esta no es una fórmula matemática; en las ciencias sociales no existe tal. Debemos ir construyendo nuestra narrativa política, siempre teniendo un norte y un objetivo fundamental, pero sin quitar la mirada de lo que nos está diciendo el votante, el ciudadano que nos acompaña en las nuevas tecnologías, el que reacciona ante nuestras publicaciones, que comparte nuestros videos, que los comenta, que espera nuestra respuesta o que se da de baja. Todo esto debe ser tenido en cuenta y medido, para saber si nuestro mensaje está logrando el efecto que queremos.

Finalmente, debemos advertir una vez más, porque es un riesgo que corremos todos: las nuevas tecnologías no deben sustituir al activismo político. Es a través de este que debemos fortalecer y nutrir nuestras redes sociales. No repitamos el error de desconectarnos de la gente por solo emitir mensajes desde los medios. Tenemos que seguir en las calles activamente y sin descanso.

IDEAS
Y DEBATES



¿Posverdad? La circulación de textos en crisis

—»

DANIEL MAZZONE

Magíster en Periodismo (Universidad de San Andrés, Buenos Aires).
Coordinador académico de Periodismo y catedrático de Periodismo Digital en la Universidad ORT Uruguay. Fue editor en los diarios *La República*, *El Día*, *El Observador* y *El País* en Montevideo.

«Solemos utilizar el término *orwelliano* de dos modos: describimos una situación como orwelliana cuando queremos dar a entender la existencia de una tiranía aplastante, del miedo y el conformismo; y describimos una obra literaria como orwelliana para reconocer que la resistencia humana a esos terrores es irreprimible».

Christopher Hitchens (2016)

La Universidad de Oxford —la más antigua de origen inglés— se fundó en 1586 y de ella egresaron celebridades como Stephen Hawking, Oscar Wilde o J. R. R. Tolkien. Su influyente *Diccionario* se pu-

blica desde 1884 y lanza cada año una palabra que anuncia o da sentido a una tendencia. En 2016 fue *post-truth*.

Según el editor, la «palabra del año» 2016 «denota las circunstancias en las cuales los hechos objetivos tienen menos influencia en el estado de la opinión pública que las apelaciones a la emoción y las creencias personales». Y sustenta la afirmación en una gráfica que registra un crecimiento del uso del término entre mayo y octubre de 2016, referido, según el propio editor, al referéndum del *brex*it en el Reino Unido y al proceso preelectoral en los Estados Unidos. Asimismo, señala y remite a un antecedente de doce años, en el libro de Ralph Keyes, de 2004, *The Post-truth Era*, quien habría acuñado inicialmente la expresión.

La evidencia es incuestionable; el término *posverdad* se emplea con fuerza redundante y ligereza abrumadora. Sin embargo, de esa constatación, amplificada por la eminencia de la fuente emisora, no debería colegirse que efectivamente se haya establecido un escenario irreversible. Por ahora no es más que un desajuste momentáneo de las formas en que circulan los textos en Occidente desde hace más de dos siglos.

Admitir el arribo a un hipotético estadio de posverdad equivale a resignarse ante quienes acusan al voleo a lo que en su neolengua llaman *los medios*, como si se tratara de un todo indiviso y homogéneo que funciona al unísono. Es la falsedad primordial y sobre ella se asienta el resto del mecanismo falacioso detrás del cual probablemente no haya otra cosa que nihilismo. El eslogan *antimedios* parece fácilmente inteligible para audiencias masivas y podría afectar, si acaso prosperara, al propio ecosistema occidental cuya construcción demandó dos siglos, y varios siglos más de antecedentes preparatorios.

Este artículo se propone discutir el equívoco diagnóstico que ubica esta crisis en el campo del periodismo, bajo el rótulo *fake news*, y establecer algunos criterios para evaluar qué hay de verdad en la presunción de que la verdad haya dejado de importar.

La verdad en Occidente

Quizá haya escasa conciencia social acerca de cómo la corriente de los hechos de interés público se concreta como propuestas de sentido en los espacios gráficos, sonoros y audiovisuales. Y cómo estos procedimientos habituales y naturalizados hace siglos modelan las formas de vivir la libertad individual en Occidente.

Según el brasileño Muniz Sodré (1998), la sociología trabaja desde hace décadas con la hipótesis de que los hechos sociales carecen de una ontología propia al margen de los medios.

El acontecimiento (o hecho) y la noticia no son lo mismo. Desde el punto de vista del *medium* (diario, radio, televisión), el acontecimiento es la materia prima para el producto noticia que, a su vez, puede convertirse en acontecimiento para el público. Inclusive se sugiere la hipótesis de que los hechos sociales —objeto de estudio de la sociología desde sus comienzos en el siglo pasado— ya no tienen una ontología propia, exterior a los medios de comunicación (pp. 138-139).

El gran abanico de medios, que la sociedad abierta admite y promueve, favorece precisamente la diversidad de interpretaciones. Es del uso libre e imprevisible que las audiencias hacen de las distintas cabecezas de donde deviene la legitimación de los miembros del ecosistema. Es una paciente construcción de siglos, profundamente imbricada en las formas occidentales de vivir lo que da marco a los procesos complejos de la mediatización. Obviamente no es un proceso a prueba de errores, exageraciones y aun falsificaciones, pero el propio ecosistema se dio históricamente los mecanismos para premiar o castigar a las cabecezas según su eficacia y lealtad con los propósitos para los cuales sus públicos las legitiman.

Un rotundo ejemplo de deslegitimación fue el escándalo de escuchas telefónicas que condujo al cierre del periódico de Rupert Murdoch, *News of the World*, en 2011. Era un brillante negocio fundado en 1843, que debió cerrar abruptamente y sobre el cual hay abundante información en la web.

Otro ejemplo de cómo funciona el ecosistema de medios son las disculpas que debieron pedir medios de referencia de los Estados Unidos como *The New York Times*, *The Washington Post* y la revista *The New Republic*, por equivocar el rumbo e informar según la conveniencia del gobierno en la guerra de Irak (marzo de 2003), olvidando que su lealtad es con las audiencias y no con el poder.

Es decir que cuando la mediatización se realiza con relativa normalidad, el propio escrutinio de las audiencias suele forzar la aplicación de correctivos; el ecosistema se basta a sí mismo para resolver sus dificultades. En cambio, en la crisis que nos ocupa intervienen circunstancias anómalas que interfieren en la circulación de textos y alteran mecanismos vitales como la credibilidad y la confianza colectivas. Si mentiras flagrantes se viralizan en el ámbito favorecedor de las redes sociales y apenas unas horas después se admiten como falsedades, nos encontramos frente a la utilización perversa de mecanismos ante los cuales la sociedad queda desarmada, sin que sus mecanismos históricos de acumulación y resolución de problemas resulten operativos. Es obvio que el daño ocasionado en unas horas por la mentira viral supera exponencialmente el alcance del modesto desmentido, generalmente ineficaz.

La libre circulación de textos constituye una suerte de ancla de la libertad individual en Occidente. Por eso es que se trata de una crisis occidental. En las sociedades cerradas ni siquiera existe el problema de la verdad; ellas no se rigen por la institucionalidad republicano-democrática y la suma del poder la ejercen grupos minúsculos. Tampoco hay interacción entre el público y los medios, lo que hace innecesaria la pluralidad. No hay construcción social de la verdad, ni siquiera verdad, sino una única versión oficial.

La circulación de textos en la historia

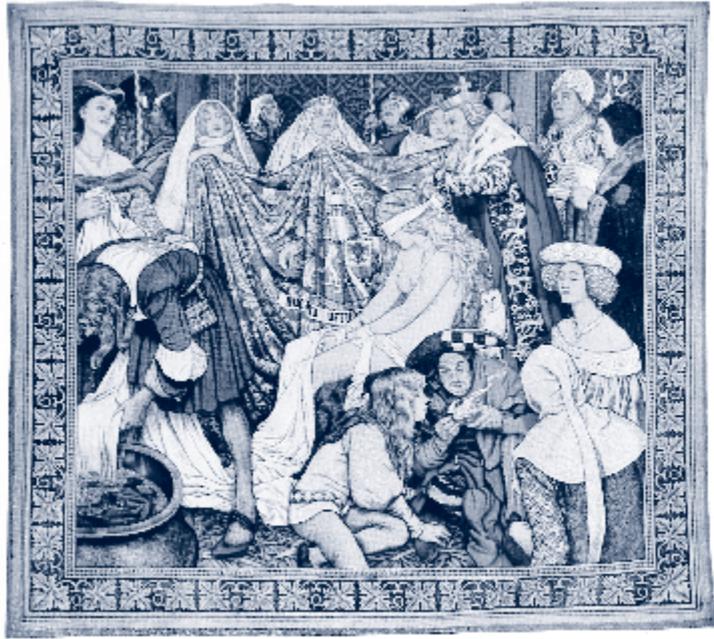
En el siglo xv, cuando irrumpió la imprenta de tipos móviles, se abrió una crisis que condujo en el siglo xvi a que la elite religiosa, que monopolizaba la interpretación y la difusión de los textos alusivos a la fe, perdiera su control. La embestida del racionalismo pautó la vida occidental durante los siglos xvii y xviii.

También volvieron a cambiar las condiciones de la circulación de textos en la segunda revolución industrial del siglo xix, cuando nació el primer ecosistema de medios con los diarios y papeles impresos y el surgimiento del propio concepto de periodicidad (Mazzone, 2016, p. 211). Hasta entonces, las monarquías y los poderes centrales tenían el monopolio de los relatos sobre el mundo. Con los diarios generalistas masivos, nuevos protagonistas, en principio vinculados a la política, se postularon para difundir nuevas verdades. La verdad dejó de ser la del poder, y empezó la lenta, trabajosa, construcción del ecosistema.

Occidente no ha encontrado nada mejor que el ecosistema de medios para consensuar libremente el tipo de verdades macro que denominamos *sentido social*. O para arbitrar el tipo de verdades micro que, sin expresar a ningún segmento o sector social en particular, se asumen colectivamente como expresión de la mayoría. Ese sistema de medios, tan íntimamente vinculado a la libertad individual, es el que nos permite aceptarnos colectivamente y procesar con relativa eficacia las complejidades de la vida social. Es precisamente lo que pone en juego el latiguillo de la posverdad o de las *fake news*.

« Occidente no ha encontrado nada mejor que el ecosistema de medios para consensuar libremente el tipo de verdades macro que denominamos *sentido social*. O para arbitrar el tipo de verdades micro que, sin expresar a ningún segmento o sector social en particular, se asumen colectivamente como expresión de la mayorías »

ID



*El vendaje de la verdad – una alegoría de Byam Shaw
The International Studio, 1909. Via Internet Archive*

¿Qué ha ocurrido entonces, y en qué orden o dimensión, para que se modificaran de manera imprevisible las condiciones en que circularon los textos en los últimos doscientos años?

Según el contrato de comunicación establecido en el ecosistema industrial de medios a partir del siglo XIX, las cabeceras se comprometían a producir y distribuir libremente textos de información o propaganda, y se responsabilizaban por sus contenidos. Es decir que promovían la circulación de textos que cada cabecera considerara de interés público, al tiempo que filtraban la que a su juicio no mereciera circular o no ofreciera garantías de veracidad.

Ese contrato acaba de caducar, no porque los medios —tradicionales o nuevos— renuncien a cumplir su parte, sino porque ya no pueden hacerlo solos, dado que perdieron el control que tenían de la circulación. El desplazamiento de las audiencias a roles de generación de contenidos y la aparición de las redes de *networking* (socialmedia) han sido factores incidentes en aquella caducidad.

Todo el problema parece concentrarse en cómo pasar de aquel circuito de circulación segura basado en el *gatekeeping* a este nuevo ordenamiento basado en la conversación, en que, por defecto, no se filtra nada. Pero entonces ¿por qué si se trata de una crisis del paradigma

comunicacional el problema se carga al campo del periodismo, como si este fuera el que bastardeó el clima social produciendo *noticias falsas*?

A poco que se reflexione se advertirá el contrasentido de la expresión *noticias falsas*, ya que si son falsas no pueden ser noticias, y viceversa. ¿A qué periodista o empresario mediático se le podría ocurrir poner en juego el prestigio de su marca por difundir una falsedad que necesariamente desmentirá en pocas horas? Es obvio que quienes lanzan los infundios que generaron esta crisis no piensan en informar, ni son periodistas.

El periodismo no debe hacerse cargo de la crisis porque no controla las redes

El periodismo no reaccionó ante el equívoco bautismo de las *fake news*; por el contrario, validó el marbete desde innumerables titulares sin advertir el giro inculpatório. La expresión parece laudarse un consenso del que participan los propios periodistas, en torno a que los textos gráficos que circulan integran la categoría informativa. Probablemente se deba a una inercia proveniente de los tiempos remotos en que los diarios fueron los primeros en organizar la circulación de textos.

Sin embargo, no todos los textos que circularon desde los comienzos fueron periodísticos. Ya la publicidad con sus anuncios contribuyó a financiar a los primeros soportes gráficos y también los partidos políticos fundaron sus propias cabeceras. Con el correr de las décadas, las marcas, empresas y otras instituciones los utilizaron para sus propias comunicaciones propagandísticas. Hoy es muy claro que cada una de esas actividades y discursos utiliza los diversos canales de emisión abiertos por las redes de *networking* o *socialmedia*. Es obvio que el discurso publicitario prescinde cada vez más de enunciarse a través de medios tradicionales y genera sus propias vías, como la de los *influencers*.

De modo que difícilmente pueda incluirse en la definición de periodismo el caso de los dos blogueros irresponsables que registra la crónica de *The New York Times* del 25 de noviembre de 2016. Según ella, un georgiano (de la antigua república soviética de Georgia) y un canadiense descubrieron que hablar de Trump les aportaba un ritmo de *cliqueo* inédito, del cual devino un crecimiento en avisos e ingresos. Se trata de una actitud delictiva o casi, que nada tiene que ver con el periodismo sino con el aprovechamiento perverso de unas condiciones de la circulación de textos en descontrol.

Por su parte, el decano de la Facultad de Periodismo de Columbia, Steve Coll, recordó en una entrevista de *El País* de Madrid, del 27 de noviembre, que «algunos periodistas [que cubrían los actos de

Trump] fueron vetados y humillados, y otros que cubrían mitines eran señalados para recibir el escarnio de la multitud. Y ahora el examen de conciencia ha llevado a muchos, retrospectivamente, a subrayar la prevalencia de noticias falsas fabricadas por medios de la llamada *alt-right* [derecha alternativa] que se han difundido sin freno en las redes sociales».

Esta denuncia acerca de campañas de comunicación deliberadamente falsas de la *derecha alternativa* ¿qué tiene que ver con el periodismo? ¿No está más próxima a la comunicación política? De la peor especie, obviamente, pero lleva toda la carga y la intención de lo propagandístico. No solo no aporta información, sino que además los propios periodistas son víctimas de sus formas fraudulentas de abordar la comunicación.

Así también, el londinense *The Guardian* publicó el 2 de diciembre un artículo titulado «Fake news: una tendencia insidiosa que ya se transformó en un problema global» y aportó ejemplos como la campaña de rumores delirantes que vinculan a la canciller alemana Angela Merkel con la Stasi, la policía secreta de la antigua Alemania del Este, o que sugieren que ella es hija de Adolf Hitler.

Las elecciones germanas, donde Merkel se juega una nueva reelección el 24 de septiembre de 2017, serán relevantes para el futuro de Europa y la estabilidad global. Pero una campaña de rumores del tipo que menciona *The Guardian*, ¿puede tener alguna relación con el periodismo? ¿Por qué entonces la mención de las *fake news* en el título?

Los ejemplos podrían multiplicarse, pero con los expuestos parece claro el punto de vista de este artículo: se ha responsabilizado al periodismo de una crisis de la comunicación que no es de la información sino de la propaganda. Lo único que tienen en común los subcampos del periodismo y la propaganda es que se dirigen a un mismo destinatario, pero tienen fines muy diferentes. Según Patrick Charaudeau (2003),

[...] el discurso informativo y el discurso propagandístico (que incluye tanto el «publicitario» como el «político») tienen en común el hecho de estar particularmente centrados en el destinatario. El segundo para seducirlo o persuadirlo, y el primero, para transmitirle un saber (p. 69).

Es claro que la crisis es de otro orden y solo puede entenderse a partir de desentrañar las nuevas condiciones en que circulan los textos.

Es necesario que las redes de gran porte sean parte de la solución

Por el momento, las principales redes parecen más preocupadas por su propia supervivencia que por preservar la confiabilidad del ecosistema, del que no parecen sentirse parte.

El 1.º de febrero, Facebook protagonizó un nuevo traspíe cuando su algoritmo, programado para detectar desnudos, bloqueó una trágica foto que recordaba el Holocausto (*La Nación*, 2017). La situación, ya demasiado reiterada, obedece a que la cúpula de la red cree poder resolver por sí sola la complejísima trama de la circulación de textos y no parece advertir que los reduccionismos suelen dejar afuera aspectos neurálgicos de los sistemas. Los algoritmos carecen de juicio moral y, por tanto, actúan en forma rígida e inoportuna, cuando no ofensiva. Los algoritmos son una gran innovación de nuestra era digital, pero de ningún modo la solución mágica para todos los problemas.

Vivir en red no nos está resultando fácil. Y aun cuando todo ha ocurrido reciente y rápidamente, a menudo olvidamos que Facebook se fundó al tanteo en 2004, y que los comienzos de Zuckerberg, narrados en el film de David Fincher *The Social Network*, se vinculaban a conectar estudiantes en Harvard, como una suerte de módico Tinder anticipatorio. En 2007 llegó Twitter y después todo fue red, desde Uber, que compite y complica al taxi, o Blablacar, que lo hace con los ómnibus, o Airbnb con los hoteles. Las redes introducen nuevas formas de vivir y en el proceso colapsa parte de lo existente. En la comunicación hay un agravante: una sola red concentra 1800 millones de usuarios.

Es comprensible que Facebook se sienta omnipotente y aun capaz de sustituir a la propia web. Y si bien solo ha sido legitimada como red social, para conectar personas, sus movimientos son equívocos y se mueve torpemente en el frágil bazar de la comunicación. No hay duda de que Facebook busca intensamente soluciones, pero al margen del conjunto, sin percibir su compleja vastedad. Debería sumar pero resta, porque actúa como si no se viera más que a sí mismo.

Zuckerberg se defiende: no somos una compañía de medios ni queremos serlo. Obviamente Facebook no es un medio porque no produce información, pero ha descubierto la forma de que otros lo hagan; desde encumbrados medios de referencia hasta usuarios anónimos que exponen de maneras inéditas sus peripecias personales. Para manejar esa gran masa textual, Facebook organiza su NewsFeed,

«Las redes introducen nuevas formas de vivir y en el proceso colapsa parte de lo existente. En la comunicación hay un agravante: una sola red concentra 1800 millones de usuarios»

donde ranquea algorítmicamente los contenidos disponibles. Allí compiten las cabeceras con sus audiencias, el gran medio con el usuario anónimo, la información investigada y confrontada con el insumo propagandístico falso que solo busca perjudicar la imagen de un rival. No parece el mejor modo de recuperar la eficacia del viejo ecosistema industrial.

En busca de mejorar el estado de las cosas, Facebook contrató en enero de 2017 a la presentadora de CNN Campbell Brown para administrar su espacio de NewsFeeds y prometió someter sus *rankings* a la validación de cabeceras de referencia. También en enero, según un artículo de *The Guardian* (29.1.2017), Facebook respondió a un requerimiento del Parlamento británico que investiga los contenidos maliciosos, que «ellos son solo una plataforma tecnológica con limitada responsabilidad sobre la seguridad de los textos que en ella se comparten, muy diferente a las compañías de medios tradicionales que son responsables por la verificación de los contenidos que publican». Pero si bien es evidente que Facebook no es una compañía de medios, tampoco es solo una plataforma neutra. Y su discurso es lo suficientemente ambiguo como para que no se sepa muy bien qué es; las legislaciones no parecen alcanzarlo, y sus movimientos suelen ser más veloces que los de quienes pretenden controlarlo. El problema parece consistir en que, mientras seguimos debatiendo acerca del árbol Facebook, podríamos perder de vista el bosque del ecosistema.

Por su parte, la BBC anunciaba el 18 de enero de 2017 su intención de aprender de los caminos que recorre Facebook y constituirse en plataforma. Para conectarse con los usuarios con capacidad y deseos de desarrollar contenidos, la empresa entiende esencial desarrollar las denominadas API (*Application Programming Interface*) como base para establecer el *messaging* y demás funcionalidades que atraen a los usuarios a las plataformas.

En tanto, Wikipedia —la plataforma que por ahora ha ido más lejos en cuanto a innovar en el plano de las metodologías colaborativas en red— anunció el 8 de febrero que resolvió inhabilitar al londinense *Daily Mail* en sus páginas, debido a su sensacionalismo y a su pobre verificación y chequeo de datos. Toda una definición que configura a su vez una visión del nuevo ecosistema: no tiene por qué incluir a quienes se desprecupan de la preservación del espacio colectivo de la comunicación.

Emily Bell, directora del Tow Center for Digital Journalism, de la Universidad de Columbia, realizó recientemente un acertado diagnóstico de la situación incierta en que se encuentra la circulación de textos en Occidente. Ella sostiene que debido a la crisis de las *fake news* se

produjo una transferencia de la capacidad de influencia de los medios hacia las plataformas tecnológicas. Es evidente, dice, que se han generado dudas en la credibilidad de los medios, sin que esa credibilidad la hayan capitalizado las plataformas de *networking* (Bell, 2017). En buen romance: hemos perdido algo bueno que teníamos, sin obtener nada significativo a cambio. Si es que hay ganadores, el público todavía no está entre ellos.

Una crisis de la comunicación que puede afectar a la democracia occidental

Dos factores conexos, el agotamiento del contrato de comunicación industrial y el uso perverso de la comunicación política, introdujeron una crisis sin precedentes en el modelo de comunicación que rigió la vida occidental en los últimos doscientos años.

Por el momento —siempre que el momento no se perpetúe— puede considerarse un costo del pasaje de un ecosistema basado en el *gate-keeping* a otro basado en la conversación, en que todo —hasta el chisme o el rumor— circula sin filtros. No obstante, el grueso de los usuarios parece confiar en que todo lo que adquiere conocimiento público es digno de atención; las audiencias no están habituadas a verificar la información que reciben. El ecosistema industrial las había acostumbrado a delegar ese rol en marcas o instituciones mediáticas, hoy desbordadas por cambios que están fuera de su control.

Se trata de un escenario desconocido, en que los usuarios deben ante todo sospechar y superar la creencia vulgar de que medios y periodismo son sinónimos. No será fácil, pero necesariamente habrá que aprender a vivir y comunicar en las nuevas condiciones. Porque en el anillo de las redes, el más externo del ecosistema, que es donde se juega la fuerte crisis de la circulación de textos, no hay por el momento más reglas que la propia autorregulación.

Según los datos relevados a lo largo de este artículo, el espacio de la circulación de textos, si bien en crisis, también aparece poblado de novedades e iniciativas que revelan la conciencia de un problema. No hay conformidad ni conformismo y, aunque la diversidad de intentos y búsquedas de solución luce más desarticulada que convergente, el clima general denota preocupación e insatisfacción ante la ausencia de un horizonte cercano.

« El grueso de los usuarios parece confiar en que todo lo que adquiere conocimiento público es digno de atención; las audiencias no están habituadas a verificar la información que reciben »

El tiempo no corre exactamente a favor de una solución veloz, pero sí los antecedentes, que instan a confiar en las capacidades que crearon el ciberespacio y la complejidad que de esa revolución devino. De ese núcleo lúcido pueden surgir las vías para armonizar el conjunto de intereses hasta hoy todavía desencontrados.

Quizá haya razones profundas para explicar el súbito apogeo del libro emblema de George Orwell, *1984*, que devino *best seller* precisamente el año en que según el *Diccionario Oxford* creímos arribar a la posverdad. Según la interpretación de Christopher Hitchens, al releer aquel texto de hace setenta años, probablemente las audiencias reconozcan en Orwell al enunciador de la irreprimible resistencia humana frente a las tiranías aplastantes «del miedo y el conformismo».

Referencias

- AGUILAR, A. (27.11.2016). «El ambiente está contaminado de noticias falsas». *El País* de Madrid. Disponible en <http://internacional.elpais.com/internacional/2016/11/25/actualidad/1480091889_943811.html>
- BAROT, T. (18.1.2017). «The BBC as a platform? Get ready for APIs from news providers». *BBC*. Disponible en <<http://www.bbc.co.uk/blogs/academy/entries/b41004c6-2c24-408c-89a7-d6e8dcedff50>>
- BELL, E. (1.2.2017). «Facebook and the press: The transfer of power». *Columbia Journalism Review*. Disponible en <<https://t.co/irXwxIIcGT>>
- CONNOLLY, K., et al. (2.12.2016). «Fake news: an insidious trend that's fast becoming a global problem». *The Guardian*. Disponible en <<https://www.theguardian.com/media/2016/dec/02/fake-news-facebook-us-election-around-the-world>>
- HIGGINS, A., M. MCINTIRE y G. J. X. DANCE (25.11.2016). «Inside a Fake News Sausage Factory: “This Is All About Income”». *The New York Times*. Disponible en <https://www.nytimes.com/2016/11/25/world/europe/fake-news-donald-trump-hillary-clinton-georgia.html?smid=tw-nytimesworld&smtyp=cur&_r=4>
- HITCHENS, Ch. (2016). *Por qué es importante Orwell*. Barcelona: Página Indómita (*Why Orwell Matters*, 2002).
- JACKSON, J. (8.1.2017). «Wikipedia bans Daily Mail as “unreliable” source». *The Guardian*. Disponible en <<https://www.theguardian.com/technology/2017/feb/08/wikipedia-bans-daily-mail-as-unreliable-source-for-website>>
- MAZZONE, D. (2016). *El diario entre dos temporalidades: de la periodicidad a la simultaneidad*. *Inmediaciones de la comunicación*. Montevideo: Universidad ORT Uruguay, Escuela de Comunicación.

«Otra vez Facebook confundió una foto histórica con un desnudo: en este caso, del Holocausto» (1.2.2017). *La Nación*. Disponible en <<http://www.lanacion.com.ar/1980775-otra-vez-facebook-confundio-una-foto-historica-con-un-desnudo-en-este-caso-del-holocausto>>.

SODRÉ, M. (1998). *Reinventando la cultura*. Barcelona: Gedisa (Petrópolis: Vozes, 1996).

VIDAL LIY, M. (31.1.2017). «Los falsos tuits de Trump que fascinan a China». *El País* de Madrid. Disponible en <http://internacional.elpais.com/internacional/2017/01/30/mundo_global/1485780265_318934.html>.

WATERSON, J., y M. CHAMPION (29.1.2017). «Parliament Could Ask Facebook to Add 'Fake News' Warning to British News Stories». *BuzzFeed News*. Disponible en <https://www.buzzfeed.com/jimwaterson/british-mps-are-targeting-facebook-with-fake-news-inquiry?utm_term=.kyJ38NpB2#epAMQadRO>.

El centro político en Alemania

¿Qué medidas deben adoptar los partidos políticos tradicionales para reconquistarlo?

—» **KARL-RUDOLF KORTE**

Hagen, Alemania (1958).
Director de la NRW
School of Governance,
dependiente del Instituto
de Ciencias Políticas de la
Universidad de Duisburg-Essen.

Reflexionar sobre el concepto de *centro político burgués* (*bürgerliche Mitte*) en Alemania, definido como hábito o descripción de un estado, implica siempre articular sensaciones de pertenencia. Lo mismo le cabe al término *filiación del centro político*, utilizado muchas veces como sinónimo. Social, sociopolítica y electoralmente resulta difícil hacer mediciones empíricas claras de lo *burgués* sin con-

¹ La versión original de este artículo fue publicada en *Die Politische Meinung*, n.º 540, set.-oct. 2016, ISSN 0032-3446, pp. 14-21.

fundirlo con *estamento medio* o *clase media*, conceptos que definen otras estratificaciones en función de las respectivas bases de medición. Como sensación de pertenencia, el centro político burgués se presenta como estrato social más heterogéneo, más amenazado, hoy más escurridizo y atormentado por el miedo de perder el estatus alcanzado.

Históricamente, la burguesía se definía por dos características fundamentales: era una clase social que residía en ciudades fortificadas, los burgos, y gozaba de ciertos privilegios. Para la sociología y la política los rasgos relevantes del estrato burgués siguen siendo un complejo nivel de seguridad y más trabajo mental que manual en una sociedad de servicios. La burguesía surgió desde la oposición a la nobleza, al clero y a los comerciantes. En su calidad de nueva fuerza cívica terminó por obligar a la clase gobernante a legitimarse. Ninguna democracia puede, en efecto, sobrevivir sin ciudadanía. Sin embargo: ¿cuánto de ciudadanía existe en el espíritu de época, cuánta ciudadanía admite nuestro actual sistema de partidos?

Como concepto de lucha destinado a movilizar el voto ciudadano en época de campañas electorales, los partidos de centroderecha se presentaron tradicionalmente como bloque del centro burgués o ciudadano. Esta definición autorreferencial englobaba al partido demócrata cristiano y socialcristiano, así como a los liberales. Cabe preguntar, entonces, cuáles son los partidos que no responden a este criterio: ¿los partidos de la izquierda proletaria, las fuerzas extremistas y populistas, los representantes de la nueva clase de asalariados precarios que genera el sector de servicios? ¿Dónde se ubicarían en esa enumeración los partidos representados en el Parlamento que, ante el marco de referencia de su orientación al bien común, una programática conforme con la Constitución y un electorado mayoritariamente de centroderecha, con frecuencia constituyeron una mayoría parlamentaria aritmética contraria a los partidos oficialistas? Con bloques políticos de perfil lavado como los que conocíamos hasta mediados de 2015, la distinción entre fuerzas de centroderecha y fuerzas de centroizquierda ya no tiene sentido. La irrupción del partido Alternativa para Alemania (Alternative für Deutschland, AfD), que en parte también tiene acceso al electorado de centro, hace necesario replantear las definiciones del centro político.

Signos de una democracia de jubilados

No obstante, una diferenciación del centro seguirá siendo difusa porque en Alemania de todos modos la mayoría confluye política y culturalmente hacia el centro. Esta tendencia es el resultado de una de-

mocracia con vocación negociadora que en el marco de una estricta división de poderes se inclina siempre por la mediación y el consenso amplio. De hecho, la mayoría de los votantes considera que la mejor solución política es un gobierno de coalición de los grandes partidos, una opción informal, permanentemente presente en el imaginario colectivo. El Santo Grial es buscado siempre en el centro político y el votante burgués se siente cómodo allí. También las manifestaciones de protesta que articula el centro se mantienen dentro de ciertos límites: hace muchos años que dos tercios de los alemanes contestan de manera constante en las encuestas que una tarea prioritaria de la oposición es colaborar con el gobierno.

En los hechos, este electorado de centro presenta los rasgos de una democracia de jubilados. La mayoría de los afiliados a los partidos políticos pertenecen a esta franja etaria de la población. Concurren más asiduamente a las urnas que los ciudadanos menores de sesenta. Todo hace suponer que en las elecciones generales de 2017 la mayoría de los y las votantes tendrá más de 55 años. Es un segmento del electorado que en la política busca claramente seguridad social e interior, confiabilidad, dominio del *statu quo* y una promesa de que la vida es planificable.

Las elecciones generales de 2013 marcaron un triunfo de la inmovilidad. No dominaron los debates sobre los derechos cívicos sino las promesas de bienestar. No se votó a quienes, fueran de derecha o de izquierda, prometieron impulsar una mayor transformación sino a quienes supieron explicar con más elocuencia cómo proteger a los ciudadanos de los avatares de la vida. El votante de centro reclama garantías de estabilidad y quiere que la política sepa asegurar y valorar el *statu quo*. Para la consolidación del presupuesto europeo eso significó que la solución de los problemas quedara en manos de pilotos de tormenta que deciden en forma expertocrática, suprapartidaria y apolítica. Como defensores del contribuyente alemán tratan de no tener que darles en lo posible nada a otros europeos. Una vez más aflora el componente estructuralmente conservador del centro burgués. No interesan tanto las cuestiones distributivas como las líneas de conexión que garantizan un nivel de seguridad social mínimo y la planificación de la vida familiar y laboral. Durante mucho tiempo el personal ejecutivo político empoderado por el electorado de centro encajaba perfectamente en esta concepción. Llegaba sin estridencias y sin pretensiones en tiempos de decisiones de alto riesgo. Con un estudiado perfil bajo y un pragmatismo parco en palabras, el gobierno de coalición integrado por la Unión Demócrata Cristiana, la Unión Socialcristiana y la Socialdemocracia fue resolviendo problemas en forma eficaz y

en representación de los ciudadanos que lo habían votado. Una vez celebradas las elecciones, los ciudadanos no quieren que se los moleste más con estos problemas. A la hora de asumir riesgos, el desgano cunde a lo largo y a lo ancho.

Gestionar políticamente se hace más difícil

Sin embargo, la burguesía no se caracterizó tradicionalmente solo por vivir detrás de muros fortificados. ¿En qué se transformaron los privilegios de antaño como manifestación positiva y fervientemente democrática? Como formulación del compromiso burgués se requiere con urgencia contar con estándares civilizatorios de las fuerzas de centro sobre protección de las minorías en una sociedad de mayorías. Es aquí donde se aprecia el núcleo históricamente cualitativo de lo ciudadano en una democracia. Solo una fuerza política que protege lo supuestamente diferente y que aboga por la diversidad como una ventaja de libertad puede afirmar que está orientada al bien común. Por eso lo burgués, no importa cuál sea la franja etaria, no puede atrincherarse solo detrás de muros o incluso reforzarlos en una suerte de versión moderna de la cultura pequeñoburguesa al estilo *Biedermeier*. El civismo moderno, representado en el espectro de partidos de centro, busca establecer la unión entre seriedad moral, espíritu comercial orientado al bien común, pragmatismo del Estado social y una autonomía que disfruta confrontar con la réplica estimulante. ¿Cuál de los partidos de ese centro que se gesta siempre de nuevo y que incluye a muchos partidos lucha por semejante redefinición? En vista de las sordas victorias de los simplificadores políticos, el centro burgués tiene una ardua tarea por delante.

Desde la última elección parlamentaria se ha producido un sustancial cambio en el clima de época. Crece el temor que genera la desaparición de límites. La globalización atraviesa en estos momentos una mala racha. Entre el centro político cunde la nostalgia por las limitaciones, la presencia de límites, la abarcabilidad territorial y normativa. Desde mediados de 2015 se multiplican en Alemania las experiencias colectivas con los límites. En el sentido más literal, una multitud de refugiados en situación desesperada llega a nuestras fronteras con la esperanza de poder superarlas. La política, a su vez, también hace sus experiencias con los límites: nuestro gerenciamiento político tradicional

« El civismo moderno, representado en el espectro de partidos de centro, busca establecer la unión entre seriedad moral, espíritu comercial orientado al bien común, pragmatismo del Estado social y una autonomía que disfruta confrontar con la réplica estimulante »

ha llegado al límite de sus posibilidades y otro tanto ocurre con nuestra concepción del monopolio regulador del Estado. Los límites generan miedo, provocan deseo de sobrepasarlos y desasosiego. Un nuevo conocimiento constructivo podría cambiar la gestión de gobierno en un país de inmigración. Sin embargo, en una primera etapa la gestión política se dificulta porque el modelo de sociedad consumido hasta ahora se vuelve más vulnerable, presionado desde afuera por la guerra y las crisis en países vecinos, y desde adentro por la nueva alianza del miedo. Se tiene la impresión de que la mayoría moral que se expresa en favor del modelo de sociedad libre y moderna al estilo occidental está a la defensiva. Todo está bajo sospecha, ya no basta con explicar las cosas a partir de la experiencia histórica. Las reglas de la democracia representativa consagrada constitucionalmente, y cuyo principio iniciador son las elecciones, la experiencia de una nación globalizada en Europa, la protección de la mayoría frente a la minoría: todo esto sigue existiendo en Alemania, pero la identidad se va erosionando.

Nerviosismo estructural y sensibilidad frente al futuro

No hay duda de que el centro progresista, que participa activamente en las elecciones y que ha fortalecido al centro afín a Angela Merkel, existe. Pero es un centro estructuralmente nervioso y muy sensible al futuro. Reclama recuperar soberanía nacional, depurar el aparato burocrático europeo e impulsar una inmigración controlada. Puede ponerse en duda si un gerenciamiento resiliente basta para provocar un vuelco positivo del clima básico imperante. Porque, además de la solución tecnocrática de los problemas como base de nuestro orden político, que asegura una estructura social que reduzca las desigualdades, existen otros desafíos importantes por resolver en el más largo plazo. ¿Qué debemos hacer para promocionar electoralmente las ventajas de nuestra democracia pluralista? ¿Cuál es la mejor forma de abogar desde el centro político por las mejores soluciones a través de un debate civilizado y sin rehuir la complejidad de los temas? ¿Cómo creamos en una sociedad heterogénea experiencias democráticas elementales capaces de movilizar el voto a favor de la paz social? Este tipo de interrogantes son marcadores de identidad. Nada es social y psicológicamente más difícil que definir la identidad positiva. Pero en esta tarea se revela el nuevo desafío que enfrenta la democracia. Libertad *de* algo es una característica histórica de nuestro camino democrático. Mucho más difícil de describir es la libertad *para* algo, pero es esencialmente necesario hacerlo para defendernos de un nuevo egoísmo grupal identitario. El

egocentrismo muestra que se siente incómodo con la libertad de los que piensan de otro modo, pero en verdad deja traslucir el arbitrio de la mayoría. Desde el verano de 2015 miles de voluntarios nos ofrecieron una demostración cabal de que brindar ayuda se puede. De esa libertad nació el orgullo del voluntario. Es un punto de partida para volver a abogar proactivamente por la libertad. Los populismos coinciden en señalar que las sociedades modernas han perdido su identidad. El populista se siente culturalmente incapaz de soportar una solidaridad con otros pueblos.

Hasta el verano de 2015 muchos alemanes habían perdido la noción de lo inciertos que pueden ser los tiempos. Si bien no ignoraban los conflictos bélicos que arreciaban en regiones contiguas a Europa, ni tampoco las turbulencias extremas alrededor del euro, lo cierto es que estas crisis les llegaban transmitidas por los medios sin que afectaran su vida cotidiana. La democracia alemana tampoco atravesaba fácticamente una crisis, como coincidían en señalar los estudios empíricos comparados. El sistema recién se vio bajo considerable presión con la repentina llegada de más de un millón de refugiados a Alemania. Por primera vez, el miedo dominó durante meses el estado de ánimo de la población. Muchos ciudadanos se vieron confrontados con nuevas formas de inseguridad: inseguridad entre los principales políticos, entre los partidos, en la administración pública. Este tipo de inseguridades terminó por erosionar y distorsionar el discurso político y el sistema de partidos.

En términos electorales, la política de refugiados impulsada desde el gobierno plantea interrogantes básicos a la democracia tal cual la conocemos y valoramos en Alemania. El diagnóstico actual es unívoco: en la conciencia política de los ciudadanos existe hoy una mayor percepción de diversidad y diferencia. Esto es así tanto en el ámbito nacional como europeo. En sus orígenes la democracia representativa fue una respuesta precisa a la diversidad. A diferencia del Estado ciudadano, de dimensiones reducidas, las democracias modernas deben hacer frente a la cuestión de su tamaño, adaptarse estructuralmente a Estados de gran superficie y saber manejar la cuestión de la diversidad. El hecho de que más diferencia y diversidad sean percibidas como problemas es también un signo de la crisis por la que atraviesa la representación política. Muchos ciudadanos y ciudadanas ya no se sienten representados adecuadamente por los Parlamentos. Dudan de la legitimidad de sus

«Los populismos coinciden en señalar que las sociedades modernas han perdido su identidad. El populista se siente culturalmente incapaz de soportar una solidaridad con otros pueblos»

decisiones. A su vez, los políticos se ven confrontados con el desprecio, aun cuando se esfuerzan por solucionar los principales problemas sociales de la ciudadanía que los votó. El trasfondo de estos problemas es una confusión característica de la época actual: gigantescos movimientos migratorios, inestabilidad regional, crecientes riesgos que emanan de grupos radicalizados y nuevos antagonismos ideológicos entre el oeste y el este que parecían largamente superados. El desorden normativo genera inseguridad. Lo importante sigue siendo que las diferencias se negocien democráticamente. Un lugar posible son las campañas electorales, pero también los debates parlamentarios. Un disenso sobre el que se vota en el Parlamento siempre tendrá más legitimación que un consenso que nunca se negoció en ese ámbito. Solo los debates y las negociaciones parlamentarias pueden reducir el miedo ante lo que es diverso. La democracia formula una doble promesa: en lo procesal promete igualdad de participación en el proceso político y en lo sustancial genera iguales condiciones de vida para toda la sociedad. Ambas promesas soportan hoy una enorme presión. En parte parecen vaciadas de contenido por una escasa participación electoral y una creciente desigualdad, también económica.

Observaciones sobre el mercado partidario, rara vez polarizado en Alemania, pueden ofrecer respuestas a los interrogantes planteados. Cuando las fuerzas extremistas ganan adeptos se produce desintegración. Por ahora, el sistema partidario en Alemania sigue agrupándose alrededor de tres grandes e importantes líneas de conflicto sociopolíticas: la distribución del patrimonio social, las diferencias culturales de la participación política (¿libertaria o autoritaria?) y el peso relativo de Estado y mercado.

¿Comunidad popular en lugar de cosmopolitismo?

Sin embargo, desde hace algún tiempo se agrega una cuarta línea de conflicto sociopolítico importante y con un alto poder de impacto. Se trata del conflicto ideológico que existe entre valores cosmopolitas y comunitarios. Aquí es donde aparecen las tensiones entre cosmopolitas globalizados y comunidades nacionalconservadoras. Las posturas comunitarias privilegian la pertenencia y la filiación en contextos nacionales y comunales. Las posturas cosmopolitas, en cambio, privilegian las obligaciones universales. En ese caso un repliegue sobre estructuras pequeñoburguesas y argumentos de protección cultural del mercado nacional pueden entrar en colisión con la defensa de un acuerdo de libre comercio internacional como el Tratado Transatlántico de Co-

mercio e Inversiones (TTIP). Aquí se pone en cuestión la globalización interior, incluida la tarea humanitaria de recibir a refugiados. En definitiva, en el comunitarismo nacional prevalece la *comunidad popular* por sobre los compromisos internacionales. Estos movimientos y partidos llenan un vacío de representación que los partidos tradicionales no supieron atender. Sin embargo, sería una simplificación decir que aquí se enfrentan ganadores y perdedores de la globalización. Esta línea de conflicto sociopolítico pasa más por los sectores atemorizados por ella. Sus votantes se sienten alienados en su propio país y superados por la aceleración de la vida cotidiana.

Los partidos poseen una extrema capacidad de aprendizaje. A diferencia de lo que sucedió en su momento con la irrupción del Partido Pirata de Alemania, en el caso del partido Alternativa para Alemania existen vallas mucho más altas y curvas de aprendizaje más complejas en cuanto a la posibilidad de incorporar temas que hacen al éxito de esa fuerza política. Por un lado, la fuerza representa en parte un pensamiento propio de la extrema derecha, antisemita y étnico, que ningún partido de centro incorporaría a su plataforma. Hay evidentes casos de instigación al odio contra ciertos sectores de la población y de incitación a la violencia que son penalmente relevantes. Existe un rechazo unánime de los partidos establecidos a este pensamiento. Sin embargo, eso no impide que puedan aprender de la capacidad de pensar en alternativas. ¿Por qué no hubo ni hay supuestamente alternativas al rumbo que ha tomado el salvataje del euro? ¿Cómo es que algunos países de la Unión Europea pueden cerrar sus fronteras y otros no? ¿Por qué no se pueden ofrecer soluciones que circunscriban la circulación ilimitada de las personas? ¿Por qué se ignora a los alcaldes que se ven superados con la aparición de guetos constituidos por inmigrantes? Tampoco el *brexít* aparecía en el *mainstream* de los partidos tradicionales. La decisión tomada por los británicos llevó a un replanteo de la situación a partir del proceso de aprendizaje vivido. Otros éxitos de la AfD acabarán por estancarse. No solo se hace perceptible que las alternativas políticas siempre existen, sino también que sus consecuencias son controlables. Desde entonces comienzan a desmoronarse las barreras mentales.

«¿Por qué no hubo ni hay supuestamente alternativas al rumbo que ha tomado el salvataje del euro? ¿Cómo es que algunos países de la Unión Europea pueden cerrar sus fronteras y otros no? ¿Por qué no se pueden ofrecer soluciones que circunscriban la circulación ilimitada de las personas? ¿Por qué se ignora a los alcaldes que se ven superados con la aparición de guetos constituidos por inmigrantes?»

Sin la hipermoral de los *buenistas*

Esto se aplica sobre todo a un moralismo altisonante. Todas las críticas al programa en gran medida antipluralista de la AfD parten hasta ahora de una posición de superioridad moral. Los partidos populistas no solo enarbolan la bandera antielitista («¡nosotros contra los de arriba!»); son también antipluralistas. Cuando dicen «nosotros» lo hacen siempre en forma autorreferencial, reclamando para sí la representación de la verdadera voluntad popular. Pero las fuerzas democráticas liberales que defienden el modelo de una sociedad abierta caen con la misma frecuencia en una actitud moralizante que los hace aparecer como condescendientes ante los ojos de los sectores contestatarios. Eludir pensar en posibles alternativas políticas no hace más que fortalecer a la AfD. El hecho de que cualquier alternativa debería moverse siempre dentro del contexto constitucional y de la dignidad humana consagrada en la Ley Fundamental limita normativamente el espacio ideológico, pero ciertamente no la curva de aprendizaje político. Actualmente es posible sentir cómo se va expandiendo la nueva forma de pensar en alternativas, sin la hipermoral de los *buenistas*. Los partidos establecidos se muestran dispuestos a revisar sus puntos de vista y a someterse a la disputa política sin por ello asumir el pensamiento antipluralista de la AfD y su visión de amigo-enemigo. Al menos los debates en los Parlamentos estatales se van desarrollando en esa dirección.

La AfD plantea interrogantes identitarios a los que tampoco escapa el centro político. Las democracias deben consensuar en el ámbito parlamentario quién forma parte del sujeto democrático y quién no. Durante décadas Alemania, como país de inmigración sin legislación migratoria, se sustrajo a este debate; las consecuencias están a la vista. La AfD no solo se mueve sobre las olas de la furia antielitista y no solo aprovecha un impulso antipluralista; también define quién debería estar adentro y quién afuera; quién forma parte del sistema y quién no. Por ahora, la AfD representa los intereses de quienes se sienten atemorizados por la globalización. Los partidos establecidos del centro corren el peligro de adoptar también en este conflicto una actitud moralizante fatal: los buenos son siempre los europeos; los malos, aquellos que se amparan en lo nacional. Pero esta arrogancia del centro moralizante, que en parte califica de retrógrada la unión con el terruño, de a poco va perdiendo poder real. No por eso se invalidan las buenas razones que hablan a favor de una comunitarización europea. Pero los partidos tradicionales intentan reconquistar el terreno perdido y ocupar campos de competencia nacional en materia de seguridad

social e interior. Estas son respuestas adecuadas a la creciente aceleración que experimenta nuestra vida. El *brexit* ha generado una considerable politización de la integración europea. Es posible que de este modo los partidos establecidos logren ofrecer a los votantes una alternativa que los aleje de la protesta.

Las sociedades abiertas son liberales. Sin embargo, eso presupone siempre alternativas politizadas sobre las que debe discutirse en voz alta, aun cuando se trate de argumentos poco plausibles. Todo conflicto dirimido públicamente debilita a la AfD si se debaten alternativas entre los alemanes mismos. La AfD no perderá ascendencia sobre partes del electorado porque otros partidos busquen congraciarse con el centro del miedo tratando de entenderlo; perderá influencia en la medida en que se desarme la soberbia moral. A los escuchas clandestinos del populismo se los sorprende argumentando de igual a igual, enfrentándolos con curiosidad y determinación. Es una trampa de éxito que podría dejar a los populistas con un caudal electoral que no llegue a superar la valla del cinco por ciento. En las elecciones generales que se celebrarán en 2017 en Alemania está en juego mucho más que una competencia entre partidos. Bajo la sombra de terror, guerra y crisis crece la ideologización y disminuye el pragmatismo. Las diferencias entre las democracias y los regímenes autoritarios se hacen más visibles. Los votantes se ven confrontados con preguntas elementales de democracia, sobre todo en el centro político. Eso podría ser un elemento movilizador.

«Las sociedades abiertas son liberales. Sin embargo, eso presupone siempre alternativas politizadas sobre las que debe discutirse en voz alta, aun cuando se trate de argumentos poco plausibles»

ID

Bibliografía

BIEBER, Ch., A. BLÄTTE, K.-R. KORTE y N. SWITEK (eds.) (2016). *Regieren in der Einwanderungsgesellschaft. Impulse zur Integrationsdebatte aus Sicht der Regierungsforschung*. Wiesbaden: Springer.

Las prioridades de América Latina hoy

—» JOSÉ EMILIO GRAGLIA

Abogado, licenciado en Ciencia Política, doctor en Derecho y Ciencias Sociales, en Gobierno y Administración Pública, y en Política y Gobierno. Docente titular de grado y de posgrado en varias universidades.

De los principios y valores a la acción política

La primera y principal prioridad de América Latina es reunir los principios y valores con la acción política (Kliksberg, 2008). Para que el Estado sea el responsable principal de planes y actividades que tengan a la sociedad como primera destinataria y participe necesaria, hay que recuperar los principios y valores del humanismo. Sin esa recuperación, las políticas públicas en general, y particularmente las políticas para el desarrollo en democracia, no tienen fundamentación ni sentido. Las acciones de los gobernantes y administradores del Estado deben inspirarse en principios y valo-

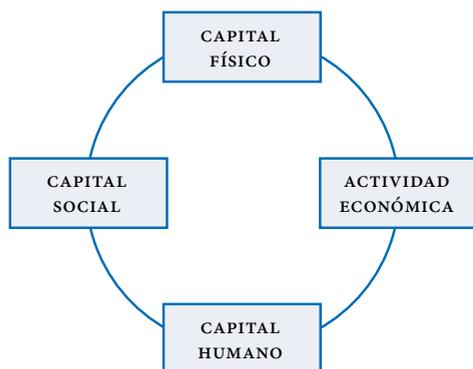
res. También las acciones de los actores privados, con fines de lucro y sin fines de lucro, y de los ciudadanos.

El respeto a la dignidad de la persona humana y la consiguiente búsqueda del bien común son los dos grandes principios que deben inspirar el análisis, el diseño, la gestión y la evaluación de políticas públicas para el desarrollo. La dignidad humana y el bien común deben ser los cimientos de ese desarrollo, integral y en democracia. Sobre dichos cimientos se deben apoyar las paredes, que son los valores del desarrollo: la verdad, la libertad, la justicia y la solidaridad (Consejo Episcopal Latinoamericano, 2007).

El desarrollo del que hablamos supone cuatro grandes condiciones: dos respecto a las instituciones gubernativas o el *sujeto gobierno* y dos en cuanto al proceso de gobernar o *gobernanza* (Aguilar Villanueva, 2010). Respecto al sujeto gobierno, la representatividad de los representantes y la rendición de cuentas a los representados (Martínez, 2004). En cuanto al proceso de gobernar, la receptividad (Martínez, 2004) o capacidad directiva de los gobiernos (Aguilar Villanueva, 2010) y la legitimidad de la democracia (Mateo Díaz, Payne y Zovatto, 2006). Sobre esa base, las prioridades son satisfacer las necesidades y resolver los problemas que impiden u obstaculizan el desarrollo integral.

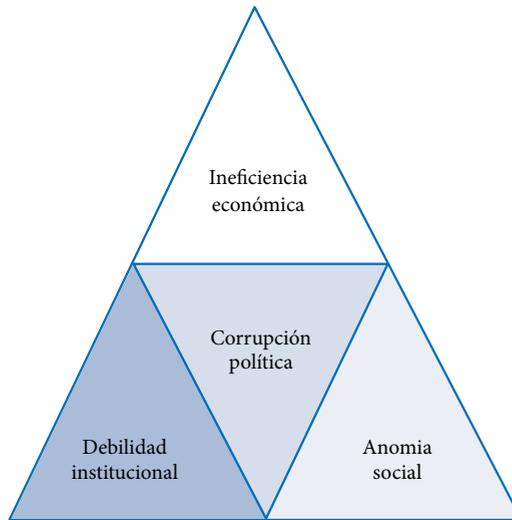
Las necesidades a satisfacer se pueden agrupar en cuatro grandes componentes: el capital físico (que abarca la satisfacción de las necesidades de vivienda y la construcción de obras de infraestructura para la prestación de servicios de calidad), la actividad económica (que incluye el crecimiento de las economías, la generación de empleo o trabajo y lucha contra la pobreza), el capital humano (que comprende el acceso a la educación y la salud, junto con el cuidado del ambiente) y el capital social (que implica la satisfacción de las necesidades de seguridad, administración de justicia y redistribución de ingresos).

Figura 1. El círculo de las necesidades a satisfacer



Ahora bien, dichas necesidades de desarrollo siguen insatisfechas porque hay cuatro grandes problemas irresueltos. Gráficamente, cada uno de estos problemas puede verse como un triángulo. En cada uno de sus vértices está una de sus causas. Los cuatro triángulos conforman la pirámide de los problemas irresueltos de América Latina. El triángulo superior es la ineficiencia económica. Su base se apoya en la base del triángulo central: la corrupción política, cuyos laterales se apoyan en otros dos triángulos que son la base de la pirámide: la debilidad de las instituciones y la anomia de la sociedad.

Figura 2. La pirámide de los problemas irresueltos en América Latina



Las necesidades a satisfacer

Desarrollo del capital físico

El primer componente del desarrollo integral es el *capital físico*. Este componente implica la satisfacción de las necesidades de vivienda y, a la par, la realización de obras de infraestructura para la prestación de servicios de calidad. Sin viviendas, sin obras de infraestructura (viales y sanitarias, entre las primeras) y sin servicios de calidad (transporte e higiene, entre los principales) no hay desarrollo del capital físico, y sin este no hay desarrollo económico, social o humano.

En relación con este componente del desarrollo integral, de acuerdo con el noveno y el decimoprimeros de los 17 objetivos de desarrollo sosten-

nible (ODS) de la Agenda 2030 de la Organización de las Naciones Unidas, es necesario «construir infraestructuras resilientes, promover la industrialización inclusiva y sostenible y fomentar la innovación» (objetivo n.º 9) y, de esa manera, «lograr que las ciudades y los asentamientos humanos sean inclusivos, seguros, resilientes y sostenibles» (objetivo n.º 11).

En particular, la satisfacción de las necesidades de vivienda es «una cuestión central de la ecología humana» (Francisco, 2015, pp. 128-129). La vivienda requiere el acceso a la tierra y al techo. Estas son dos de las tres *t* que planteó el papa Francisco (2016) en su discurso con motivo del II Encuentro Mundial de Movimientos Populares, en Bolivia, el 9 de julio de 2015: dos derechos humanos, particularmente de las familias que viven (o sobreviven) hacinadas en las villas o favelas de las grandes urbes latinoamericanas. La vivienda es la sede de la familia y esta —con sus diversas composiciones— es el núcleo de la sociedad.

No se trata de la construcción de obras o la prestación de servicios como fines, sino como medios para la satisfacción de necesidades sociales. Las obras y los servicios son indispensables para que mejore la calidad de vida de las personas y de los pueblos que ellas integran. La satisfacción de sus necesidades requiere el diseño y la gestión de políticas públicas a largo plazo, políticas que trasciendan a los gobiernos de turno y se conviertan en políticas de Estado.

A lo largo y a lo ancho de Latinoamérica la diversidad es muy grande y depende de la realidad de cada uno de los países latinoamericanos y de sus regiones o localidades. Sin embargo, en relación con las obras y los servicios públicos, se puede decir que las necesidades más graves y urgentes son el agua y la energía. Al respecto, la Agenda 2030 plantea sendos objetivos. Por una parte, «garantizar la disponibilidad de agua y su gestión sostenible y el saneamiento para todos» y, por la otra, «garantizar el acceso a una energía asequible, segura, sostenible y moderna para todos» (objetivos n.º 6 y n.º 7).

Desarrollo de la actividad económica

El segundo componente del desarrollo integral es la *actividad económica*. Este componente implica el crecimiento de las economías nacionales junto con las economías regionales y locales. El crecimiento del que hablamos requiere el aumento de la producción de bienes y servicios, pero también del consumo del mercado interno. Sin desconocer la importancia de una balanza comercial superavitaria, no se trata de vender afuera lo que no se compra dentro de cada país. Hay que buscar un equilibrio, sabiendo que el derrame nunca llega. De acuerdo con el

objetivo n.º 12 de desarrollo sostenible de la Agenda 2030, se trata de «garantizar modalidades de consumo y producción sostenibles».

Muchas veces se identifican crecimiento y desarrollo. Sin embargo, desde una visión humanista, el crecimiento no es desarrollo si no genera empleo o trabajo. Esta es la tercera *t* que planteó el papa Francisco (2016) en el mencionado discurso del 9 de julio de 2015. Las economías latinoamericanas deben crecer para generar empleo y deben generar empleo para crecer. Ambos son la cara y la contracara del desarrollo de la actividad económica. Separados, el crecimiento no genera empleo y el empleo no genera crecimiento. América Latina necesita un modelo de crecimiento inclusivo que alimente al trabajo y se retroalimente del trabajo.

Sin dudas, nos referimos a un *trabajo decente*, en los términos de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) y la Agenda 2030 de Desarrollo Sostenible de la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Es decir, con condiciones laborales y salariales que reconozcan los derechos sociales del trabajador. Dichas condiciones no son costos que los empresarios puedan ahorrar para maximizar sus ganancias. Si el crecimiento y el empleo no van juntos, la lucha contra la pobreza y la indigencia es una causa condenada al asistencialismo y al clientelismo. Por el contrario, si el empleo es digno, se convierte en el medio más idóneo para disminuir la pobreza y erradicar la indigencia.

La Agenda 2030 plantea entre sus objetivos «promover el crecimiento económico sostenido, inclusivo y sostenible, el empleo pleno y productivo y el trabajo decente para todos» (objetivo n.º 8). Este objetivo se complementa con los dos primeros objetivos. En relación con la pobreza y el hambre, los planteos son «poner fin a la pobreza en todas sus formas en todo el mundo» (objetivo n.º 1) y «poner fin al hambre, lograr la seguridad alimentaria y la mejora de la nutrición y promover la agricultura sostenible» (objetivo n.º 2).

Desarrollo del capital humano

La satisfacción de las necesidades de educación y de salud es la base y el punto de partida de la equidad social. Un pueblo ignorante o enfermo es un pueblo esclavo. El desarrollo integral de América Latina impone más y mejores servicios de educación y de salud, en general, y particularmente en favor de los sectores con menos recursos. Una sociedad equitativa, o que por lo menos tienda a la equidad, no puede resignarse a tener servicios privados para ricos que pueden pagarlos y, en el otro extremo, servicios estatales para pobres que deben sufrirlos.

La educación y la salud son derechos humanos que hacen a la vida de las personas y al progreso de los pueblos. Por ende, son obligacio-

nes que el Estado debe cumplimentar, de acuerdo con el principio de subsidiariedad. La educación y la salud no son mercancías para que accedan los que puedan comprarlas y ganen los que puedan venderlas en la feria de la demanda y la oferta. Respecto a la educación, las necesidades contienen tanto la escuela primaria y secundaria como la formación universitaria. En cuanto a la salud, las necesidades comprenden desde la promoción y la prevención hasta el tratamiento de las enfermedades en hospitales de mediana y alta complejidad.

Respecto a la salud, la Agenda 2030 de Naciones Unidas plantea «garantizar una vida sana y promover el bienestar para todos en todas las edades» (objetivo n.º 3). Asimismo, en cuanto a la educación, el planteo es «garantizar una educación inclusiva, equitativa y de calidad y promover oportunidades de aprendizaje durante toda la vida para todos» (objetivo n.º 4). Estos dos grandes objetivos, junto con los objetivos previstos en relación con el ambiente, constituyen una de las bases del desarrollo integral.

Hoy por hoy, junto con la educación y la salud, el cuidado del ambiente hace al desarrollo del capital humano.

No hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis. Las líneas para la solución requieren una aproximación integral para combatir la pobreza, para devolver la dignidad a los excluidos y simultáneamente cuidar la naturaleza. (Francisco, 2015, p. 118)

Las problemáticas de la ecología ambiental son tan complejas y complicadas que van desde la contaminación y el cambio climático a la pérdida de biodiversidad, pasando por la basura y la cultura del descarte, todo en medio de la inequidad planetaria y la debilidad de las reacciones.

En relación con el ambiente, la Agenda 2030 de Naciones Unidas se plantea varios objetivos. Entre ellos, adoptar medidas urgentes para combatir el cambio climático y sus efectos (objetivo n.º 13), conservar y utilizar en forma sostenible los océanos, los mares y los recursos marinos para el desarrollo sostenible (objetivo n.º 14) y promover el uso sostenible de los ecosistemas terrestres, luchar contra la desertificación, detener e invertir la degradación de las tierras y frenar la pérdida de la diversidad biológica (objetivo n.º 15).

«La educación y la salud no son mercancías para que accedan los que puedan comprarlas y ganen los que puedan venderlas en la feria de la demanda y la oferta»



Campus Adenauer, capacitación con jóvenes latinoamericanos

Desarrollo del capital social

El cuarto componente del desarrollo latinoamericano del que hablamos, integral y en democracia, es el *capital social*. Este componente implica, primero y principalmente, más y mejor inclusión. La exclusión de personas, sectores y territorios deshumaniza a las sociedades, las agrieta. Junto con la inclusión, el desarrollo del capital social implica seguridad y justicia. El delito y la violencia son enemigos del capital social porque quitan libertades y derechos.

Inicialmente, el desarrollo integral de América Latina clama por la disminución de la desigualdad entre ricos cada vez más ricos y pobres cada vez más pobres. Es necesario y urgente disminuir la brecha de ingresos, como base de una inclusión social en serio. Al decir del papa Francisco (2016) en aquel discurso a los movimientos populares:

La primera tarea es poner la economía al servicio de los pueblos. Los seres humanos y la naturaleza no deben estar al servicio del dinero. Digamos *no* a una economía de exclusión e inequidad donde el dinero reina en lugar de servir. Esa economía mata. Esa economía excluye. Esa economía destruye la Madre Tierra.

La Agenda 2030 de Naciones Unidas plantea el objetivo de «reducir la desigualdad en y entre los países» (objetivo n.º 10). Este es, sin dudas,

un requisito tan necesario como insuficiente. Además de la reducción de las desigualdades en relación con los ingresos y con el acceso a los servicios sanitarios y educativos, la Agenda 2030 plantea el objetivo de «lograr la igualdad entre los géneros y empoderar a todas las mujeres y las niñas». Esta igualdad es una de las claves para el desarrollo del capital social (objetivo n.º 5).

La satisfacción de las necesidades de seguridad supone la prevención y la represión del delito y la violencia, en general y, particularmente, del narcotráfico. Todo en el marco de un Estado de derecho. También un sistema penitenciario que sirva para la reinserción de los condenados en la sociedad y no para el castigo de los reos. La seguridad es una condición para gozar de los derechos y las libertades, no una restricción. Los autoritarismos herederos del *Leviatán* de Hobbes plantean el canje de seguridad por derechos y libertades. En la democracia, a la seguridad no se llega por perder derechos y libertades sino para ganarlos.

Finalmente, el desarrollo del capital social requiere la organización y el funcionamiento de un Poder Judicial que debe caracterizarse por la independencia. Los jueces deben ser independientes de los poderes políticos y, también, de las corporaciones económicas. Solamente una justicia independiente puede garantizar la forma republicana de gobierno, tan profesada como traicionada. El objetivo n.º 16 de la Agenda 2030 de Naciones Unidas plantea el objetivo de «promover sociedades pacíficas e inclusivas para el desarrollo sostenible, facilitar el acceso a la justicia para todos y crear instituciones eficaces, responsables e inclusivas a todos los niveles».

Los problemas por resolver

Ineficiencia económica

El primero de los problemas que impiden u obstaculizan el desarrollo integral es la ineficiencia económica. Sin eficiencia en la gestión de las finanzas públicas, el desarrollo físico, económico, humano y social es imposible. Los vértices del triángulo de la ineficiencia económica son el déficit fiscal, la desinversión y el endeudamiento.

Sin dudas, el déficit fiscal es uno de los orígenes de este problema latinoamericano. Muchas veces, los gobiernos de turno gastan más de lo que recaudan. Este comportamiento puede explicarse y justificarse en el corto plazo, por circunstancias especiales de cada país, región o localidad. Pero en el mediano y largo plazo, el déficit crónico de las

finanzas estatales es insostenible y se convierte en un enemigo del desarrollo físico, económico, humano y social.

Si son responsables, los gobiernos —de derecha o de izquierda— no pueden aumentar los gastos que hacen, sin incrementar proporcionalmente los recursos que recaudan. Tampoco pueden recaudar mediante impuestos regresivos que vayan en contra de la inversión privada o el consumo interno. Mucho menos si se trata de financiar erogaciones prescindibles. La discusión sobre los gastos y recursos públicos tiene que ver con la cantidad y, también, con la calidad. Son importantes los montos, por supuesto, pero, sobre todo, lo son los objetivos y resultados.

La ineficiencia económica se origina, también, en la desinversión. La falta de inversiones —públicas y privadas— es una de las causas de ineficiencia en la gestión económica y financiera de los Estados nacionales o subnacionales. El crecimiento de las economías, el aumento del empleo y la disminución de la pobreza requieren inversiones de los sectores privados, nacionales o extranjeros, y corresponde al Estado promoverlas y garantizarlas con los correspondientes marcos regulatorios.

Ahora bien, sin inversión pública —es decir, del sector estatal— no hay construcción de obras de infraestructura ni prestación de servicios de calidad para los que menos tienen. Tampoco hay viviendas sociales. La igualdad de oportunidades, tanto en la educación y la salud como en la seguridad y la administración de justicia, precisan inversión estatal. Sepamos que el mercado se ocupa de satisfacer las demandas de los sectores con más recursos, porque ese es su fin de lucro. No se trata de criticar al mercado sino de delimitar tanto su sentido como su alcance.

Finalmente, el endeudamiento (interno o externo) puede originar eficiencia o ineficiencia en la gestión económica y financiera de un Estado nacional o subnacional. Es positivo si sirve para financiar a largo plazo las inversiones públicas. El límite es la capacidad de pago tanto del capital como de los intereses de la deuda que se toma, lo cual depende del producto bruto interno de cada país. En cambio, si la deuda se destina a financiar el déficit fiscal o si el pago reclama políticas de ajuste que provocan recesión, y por consiguiente desocupación, entonces el endeudamiento es negativo.

No se trata de una discusión ideológica. Endeudarse o desendeudarse no hace que un gobierno sea más o menos progresista o conservador. Sus beneficios o perjuicios dependen de la realidad de cada país, región o localidad. Ese debate es la entrada a un callejón sin salida. Las claves son las finalidades del endeudamiento y, además, sus consecuencias a mediano y largo plazo. Hay que razonar esta cuestión pragmáticamente y sin dogmatismos, respondiendo a dos preguntas básicas: para qué nos endeudaremos y cómo pagaremos.

Corrupción política

El segundo de los problemas que impiden u obstaculizan el desarrollo integral es la corrupción política. Con autoridades o funcionarios deshonrados o ineptos, el desarrollo físico, económico, humano y social es imposible. Los vértices del triángulo de la corrupción política son las deficiencias en los mecanismos de *accountability*, la impunidad legal y la indiferencia social.

Siempre hubo y habrá delitos y contravenciones que perjudican la convivencia entre las personas y los grupos que ellas integran. El mal uso de los bienes propios, el abuso de los bienes comunes y el irrespeto de los bienes ajenos son formas de corrupción que perjudican «la ecología de la vida cotidiana» (Francisco, 2015). Pero no hablamos de esa corrupción sino de la que ejercen los gobernantes que deciden o accionan en contra de la ley o ponen sus intereses personales, partidarios o sectoriales por encima de los intereses generales.

Claramente, el enriquecimiento ilícito de las autoridades elegidas o de los funcionarios políticos o, en general, la comisión de cualquier delito en el ejercicio de sus funciones son formas de corrupción política. Sin embargo, desde nuestro punto de vista, el concepto no debe limitarse a la violación de los códigos penales. También son corruptos los gobernantes que no cumplen las propuestas que hicieron en sus plataformas electorales, los que despilfarran los recursos públicos en gastos superfluos o los que asumen funciones para las cuales no están preparados, aunque no sean penalmente responsables de esas inconductas.

Hay una raíz humana que explica los actos solidarios y, también, los miserables actos de corrupción en perjuicio del prójimo y la naturaleza. Más allá de esa cuestión antropológica, las deficiencias en los mecanismos de *accountability* legal, política y social facilitan la corrupción política. La verdad sea dicha, no hay mecanismos de control que garanticen la transparencia de gobernantes inescrupulosos. Pero hay formas de evitar las ocasiones próximas a los actos de corrupción o, en su defecto, de detectarlas lo más rápidamente posible. Sobre esta cuestión hay que trabajar.

Claramente, la solución de fondo al problema de la corrupción política no depende de las reformas legales sino de las conductas éticas. Sin embargo, las reformas son imprescindibles. Hay que

«La solución de fondo al problema de la corrupción política no depende de las reformas legales sino de las conductas éticas. Sin embargo, las reformas son imprescindibles. Hay que mejorar y perfeccionar los mecanismos de *accountability*»

ID

mejorar y perfeccionar los mecanismos de *accountability*. Hay que luchar contra la corrupción con todas las armas que las normas legales y constitucionales permitan, aun sabiendo que los corruptos están preparados y listos para violar todos los mecanismos, habidos y por haber. Porque ellos no son de derecha o de izquierda, son inmorales. Si, además, son inteligentes, las posibilidades de erradicarlos son menores.

Además de las deficiencias en los mecanismos de control, la corrupción política es hija de la impunidad judicial. Los juicios y, sobre todo, las condenas por corrupción en el ejercicio de las funciones ejecutivas, legislativas o judiciales son excepcionales. En América Latina, esto es lamentable pero real. La administración de justicia no siempre es independiente de los poderes políticos ni de los poderes económicos que corrompen o son corrompidos. En general, las leyes están pero no se cumplen.

A esa impunidad judicial se debe sumar una indiferencia social. Muchas veces, las sociedades toleran a los corruptos porque *roban pero hacen*, los celebran y hasta los reeligen en sus cargos. Paradójicamente, cuando los indicadores sociales o económicos mejoran, las demandas de lucha contra la corrupción desaparecen. Claro, cuando no hay crecimiento sino recesión de la economía, aumentan el desempleo y la pobreza, brotan los reclamos a los corruptos de siempre, pero por las ineficacias de ahora. Nuestras sociedades deben ser intolerantes frente a la corrupción, siempre.

Debilidad institucional

El tercero de los problemas que impiden u obstaculizan el desarrollo integral es la debilidad institucional. Sin instituciones fuertes, el desarrollo físico, económico, humano y social es imposible. Los vértices del triángulo de la debilidad institucional son la descoordinación administrativa y gubernamental, la falta de coordinación intergubernamental y de concertación entre el sector estatal y los sectores privados, y la ineficiente gestión de los recursos humanos.

La debilidad de las instituciones del sector estatal obedece a la falta de coordinación en el interior de las administraciones públicas o de los gobiernos. Lamentablemente, no pocas veces la desorganización administrativa o gubernamental es la que debilita el funcionamiento de las instituciones estatales. Estas son débiles porque están desorganizadas hacia adentro y, por lo tanto, son disfuncionales hacia afuera. Las estructuras organizacionales son demasiado enmarañadas y las plantas de personal son demasiado grandes, y esto las hace improductivas de cara a las necesidades y demandas sociales.

Asimismo, la debilidad de las instituciones del sector estatal responde a la falta de coordinación al exterior de los gobiernos. Lamentablemente, los gobiernos nacionales y los subnacionales no siempre coordinan sus competencias legales y, sobre todo, sus recursos económicos para decidir y accionar eficiente y eficazmente frente a las necesidades y demandas insatisfechas. Esto también debilita a las instituciones estatales y, por consiguiente, les quita capacidad de responder en tiempo y forma.

La descoordinación dentro de las administraciones públicas y al exterior de los gobiernos hace improbable una concertación de políticas públicas entre el sector estatal, por un lado, y los sectores empresariales y civiles, por el otro. Esta falta de concertación intersectorial retroalimenta la fragilidad de las instituciones del Estado. Si son capaces de coordinar sus planes y actividades, los gobiernos y las administraciones públicas se fortalecen en contacto con los sectores privados.

Finalmente, la debilidad de las instituciones estatales obedece y responde a la ineficiente gestión de los recursos humanos. Una asignatura pendiente de la que se habla mucho y se hace poco. Sin autoridades, funcionarios y empleados debidamente formados y capacitados es imposible fortalecer a las instituciones del Estado. La formación y la capacitación de las plantas de personal, tanto las políticas como las administrativas, son fundamentales para fortalecer a las instituciones del sector estatal.

Nos hemos referido a las instituciones del sector estatal, gubernamentales o administrativas, pero las causales señaladas no son ajenas a los sectores privados, con fines de lucro (empresariales) o sin fines de lucro (civiles). El problema no se limita a la organización y el funcionamiento de los gobiernos y las administraciones públicas de cada país, región o localidad. La debilidad institucional abarca a los partidos políticos, los gremios o sindicatos de trabajadores, las federaciones de industriales o comerciantes, las cooperativas o mutuales.

La descoordinación, tanto empresarial como civil, y la falta de concertación con el sector estatal también debilitan a las organizaciones no gubernamentales. La debilidad se refleja en empresas privadas que sobreviven gracias al Estado. También en la cerrazón que demuestran los conductores de muchos partidos y sindicatos, de diversas orientaciones ideológicas, que se enquistan en la conducción de sus respectivas instituciones y cierran las puertas a la renovación. Sin la formación y

« En América Latina, el problema no es la falta de normas jurídicas, sino su incumplimiento consuetudinario. Los decretos se promulgan, las leyes u ordenanzas se sancionan, pero pocos las respetan. Hay un mundo legal y otro mundo real »

la capacitación de los directivos empresariales y de los dirigentes partidarios y sindicales no es posible fortalecer a las organizaciones no gubernamentales.

Anomia social

Finalmente, el cuarto de los problemas que impiden u obstaculizan el desarrollo integral es la anomia social. Sin respeto a las leyes, el desarrollo físico, económico, humano y social es imposible. Los vértices del triángulo de la anomia social son la incapacidad estatal para prevenir el incumplimiento de las leyes, la incapacidad estatal para sancionar el incumplimiento de las leyes y la crisis del civismo.

La anomia de la que hablamos es el desapego a las normas jurídicas, desde las simples contravenciones hasta los delitos complejos. En América Latina, el problema no es la falta de normas jurídicas, sino su incumplimiento consuetudinario. Los decretos se promulgan, las leyes u ordenanzas se sancionan, pero pocos las respetan. Hay un mundo legal y otro mundo real. Aquel es el de los decretos, las leyes u ordenanzas y este es el de las conductas individuales y colectivas. El divorcio entre ambos es el problema que denominamos *anomia social*.

Una de las causas de ese problema es la notoria incapacidad de los Estados nacionales o subnacionales para prevenir el incumplimiento de las normas que se promulgan o sancionan. Muchas normas prevén conductas indebidas y penas subsiguientes. Sin embargo, la ausencia —completa o parcial— de controles, fiscalizaciones o inspecciones las vuelve inconducentes. Prohibir una conducta y establecer una punición, sin la capacidad real y efectiva de controlar su violación, linda con la ridiculez en el ejercicio de las funciones públicas. Esto va desde el pago de impuestos hasta el respeto de las señales de tránsito, pasando por las políticas de prevención del delito y la violencia.

A esa incapacidad respecto a la prevención se suma la incapacidad de los Estados para castigar a los incumplidores. Los habitantes que violan las normas jurídicas, sean contravenciones o delitos, no son penados con las condenas legales correspondientes por su incumplimiento. Sin castigos para los incumplidores ni premios para los cumplidores, todos son iguales, no ante la ley sino ante su inobservancia. Esto entorpece la prevención y se pone en marcha la espiral de la anomia social.

La otra cara de la anomia es la crisis del civismo. Esta es, sin dudas, la causa más profunda. Las normas jurídicas se irrespetan porque no hay prevención ni castigo, pero, sobre todo, porque los incumplidores desdeñan los perjuicios que ese incumplimiento provoca a los terceros

y a ellos mismos. No es falta de conocimiento sobre las normas, los deberes o las penas, sino falta de conciencia y de compromiso. Esto provoca una ruptura de la persona con su comunidad. Se pierde el sentido cívico de la vida social, la ciudadanía se restringe a derechos sin obligaciones y la anomia se refleja desde las infracciones a las ordenanzas de higiene urbana hasta las transgresiones al Código penal.

Durante los últimos años, en América Latina ha crecido la protesta como una forma de reivindicar derechos políticos o libertades civiles. Eso es bueno porque habla de una ciudadanía activada. Siempre y cuando la protesta no vaya en contra de derechos o libertades de terceros, por supuesto. Sin embargo, se trata de una participación individualista y, a veces, sectaria. Cada uno clama por sus derechos y obligaciones y se une con quienes reclaman circunstancialmente por lo mismo.

Son excepcionales las luchas por los derechos y las libertades *de los otros* y no solamente *de nosotros*. La flagrante desatención de los excluidos sociales es posible por esta violación al bien común como principio rector. Nunca habrá suficientes normas jurídicas, controles o castigos para suplir la falta de conciencia y de compromiso que caracterizan a la crisis del civismo. Muy posiblemente, si los habitantes fueran ciudadanos con derechos pero también con deberes para con los demás integrantes de la misma sociedad, muchos decretos, leyes y ordenanzas estarían de más.

ID

Conclusiones

La realidad latinoamericana es tan contundente que las agendas gubernamentales pueden variar, pero hay asuntos o temas que no pueden ser desconocidos o desentendidos. Para desarrollar el capital físico hay que construir viviendas, realizar obras de infraestructura y prestar servicios de calidad. Para desarrollar la actividad económica hay que promover el crecimiento de las economías, generar empleo o trabajo, disminuir la pobreza y eliminar la indigencia. Para desarrollar el capital humano hay que preservar el ambiente, garantizar el acceso a la educación y la salud. Para desarrollar el capital social hay que luchar contra el delito y la violencia, administrar justicia en tiempo y forma y redistribuir los ingresos.

Ahora bien, ninguno de esos desarrollos es posible si no se avanza hacia la eficiencia económica, la transparencia, la calidad institucional y la

« Nunca habrá suficientes normas jurídicas, controles o castigos para suplir la falta de conciencia y de compromiso que caracterizan a la crisis del civismo »

participación política y social. A esos fines hay que equilibrar los presupuestos, atraer inversiones, desendeudarse o endeudarse para obras y servicios. Hay que fortificar los mecanismos de *accountability*, juzgar y castigar a quienes delinquen en la función pública, abrir los gobiernos. Hay que coordinar las decisiones y acciones del sector estatal y concertarlas con los sectores privados, gestionar estratégicamente los recursos humanos. Hay que concientizar sobre la convivencia, sancionar las contravenciones, vivificar a los partidos políticos y a las organizaciones no gubernamentales.

Bibliografía

- AGUILAR VILLANUEVA, L. F. (2010). *Gobernanza: El nuevo proceso de gobernar*. México: Fundación Friedrich Naumann.
- CEPAL (2016). *Agenda 2030 y los objetivos de desarrollo sostenible. Una oportunidad para América Latina y el Caribe*. Santiago: Naciones Unidas.
- CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO (2007). *Documento conclusivo. V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Aparecida, Brasil, 13-31 de mayo de 2007*. Buenos Aires: Conferencia Episcopal Argentina.
- FRANCISCO (2016). «Discurso a los participantes en el Encuentro Mundial de Movimientos Populares». Disponible en: http://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2016/november/documents/papa-francesco_20161105_movimenti-popolari.html.
- (2015). *Laudato Si'*. Buenos Aires: San Pablo.
- (2014). *Evangelii Gaudium*. Buenos Aires: Santa María.
- GRAGLIA, J. E. (2012). *En la búsqueda del bien común: Manual de políticas públicas*. Buenos Aires: ACEP, KAS.
- KLIKSBERG, B. (2008). *Más ética, más desarrollo*. Buenos Aires: Temas.
- MARTÍNEZ, A. (2004). «La representación política y la calidad de la democracia». *Revista Mexicana de Sociología*, 66(4), pp. 661-710.
- MATEO DÍAZ, M., M. PAYNE y D. ZOVATTO (2006). «El apoyo de la opinión pública a la democracia». En *La política importa. Democracia y desarrollo en América Latina*, pp. 297-331. Washington: Banco Interamericano de Desarrollo, Planeta.

DE LA CASA

Diplomado Humanismo y Competencia Política en el Siglo XXI. Huasca de Ocampo, Hidalgo, México

El bello entorno de los prismas basálticos de la región de Huasca, en el estado de Hidalgo, sirvió como escenario para una nueva edición de nuestro Diplomado en Humanismo y Competencia Política en el Siglo XXI. Realizado en asociación con la Fundación Rafael Preciado Hernández, esta instancia de formación posibilitó a 27 jóvenes de 16 países adquirir una serie de competencias y conocimientos de índole tanto teórica como práctica, que les permitirán mejorar su desempeño en los diferentes niveles de las estructuras políticas en las que actúan.

Durante el desarrollo de las actividades, los alumnos tuvieron la oportunidad de intervenir en encuentros donde se abordaron temas referidos a la participación política en América Latina; el estado del arte en comunicación política; la participación de la mujer en la actividad política; casos exitosos de campaña, entre otros. También pudieron dialogar vía teleconferencia con dirigentes juveniles de Alemania y América Latina, y tuvieron una jornada completa a cargo de Mario Voigt, presidente regional de la CDU en Turingia y experto en campañas electorales y redes sociales.



Huasca de Ocampo, Hidalgo, México
11 al 17 de setiembre de 2016

Presentación de DIÁLOGO POLÍTICO 2-2016

Durante la visita a Montevideo del director de Cooperación Internacional de la Konrad Adenauer Stiftung, Dr. Wolfgang Maier, se realizó la presentación del número de DIÁLOGO POLÍTICO cuyo tema central fue «Partidos y campañas».

El encuentro se celebró en la antesala de la Cámara de Representantes del Palacio Legislativo. Además de la presentación del número, a cargo de la directora del Programa Regional Partidos Políticos y Democracia en América Latina, Dra. Kristin Wesemann, el evento contó con dos conferencias, a cargo de la Dra. Rosario Queirolo,



Montevideo, 22 de noviembre de 2016

del Departamento de Ciencias Sociales y Políticas de la Universidad Católica del Uruguay, y del Dr. Juan Pablo Luna, profesor del Instituto de Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Ambas presentaciones abordaron desde diferentes puntos de vista la situación actual y las perspectivas de los sistemas de partidos en América Latina.

Congreso de la CDU en Alemania

El intercambio de experiencias exitosas es sin duda un motor fundamental para el avance y la mejora de los proyectos propios. Con este motivo, una

Berlín y Essen, 30 de noviembre
al 7 de diciembre de 2016



delegación encabezada por la directora del Programa de Partidos Políticos y Democracia en América Latina, Dra. Kristin Wesemann, acompañó a Berlín a dirigentes y representantes de partidos políticos de Venezuela, Argentina, México, Chile, Colombia, Honduras y Bolivia, a un ciclo de talleres y conferencias a cargo de expertos y dirigentes de la CDU, con vistas a coordinar actividades y evaluar el desarrollo político de partidos afines en el continente.

Los participantes de este evento asistieron también al Congreso Nacional de Partido de la CDU en Essen, donde pudieron encontrarse con la canciller Angela Merkel.

DC

Montevideo, 10 y 11 de diciembre de 2016



Cierre del ciclo Encuentros Regionales de la Comisión Nacional de la Juventud del Partido Nacional

La formación y capacitación de cuadros políticos juveniles es uno de los objetivos principales dentro de la relación de la KAS con los partidos políticos. En 2016, por tercer año consecutivo, se llevó adelante un ciclo de encuentros en diferentes departamentos de Uruguay, procurando vincular a jóvenes militantes y dirigentes con dos temas importantes para su formación política: la comunicación política y la economía.

A lo largo del año tuvieron lugar diecisiete encuentros, en los que partici-

paron jóvenes de todos los departamentos, quienes a través de exposiciones de expertos en los temas centrales —con instancias de discusión y taller— obtuvieron una visión más cercana a dos temas clave en la vida política actual.

El cierre de estos encuentros se llevó a cabo en Montevideo, en una doble jornada en la que participaron integrantes de diversas representaciones departamentales. Esta actividad contó, en el segundo día del encuentro, con exposiciones a cargo de representantes de partidos y centros de estudio de México, Venezuela, Argentina, Paraguay, Colombia y Honduras.

Visita de las autoridades de la KAS a Montevideo

Los equipos de trabajo se fortalecen a través de la cooperación y el intercambio. Para optimizar esa relación, es necesario el contacto y el vínculo permanente entre sus integrantes. Con este motivo, recibimos la visita de autoridades de la KAS en Berlín y a representantes de oficinas locales de América Latina.

La delegación estuvo integrada por el secretario general adjunto y jefe del Departamento de Cooperación Internacional y Europeo, Dr. Gerhard Wahlers; el director adjunto del Departamento de Cooperación Internacional y Europeo, Sr. Frank Priess; el jefe adjunto del Departamento de Política, Dr. Nico Lange, y el Sr. Markus Rosenberger, jefe del equipo de Latinoamérica. Nos acompañaron los represen-



Montevideo, 10 al 13 de octubre de 2016

tantes de las oficinas de México, Prof. Dr. Stefan Jost; Colombia, Dr. Hubert Gehring, y Chile, Sr. Andreas Klein.

Nuestros colegas mantuvieron reuniones de evaluación y planificación con el equipo del Programa de Partidos Políticos y Democracia en América Latina, y se reunieron con representantes de partidos locales, miembros de juventudes partidarias, y académicos y consultores vinculados al trabajo de la Oficina Montevideo de la KAS.

Diplomado virtual en Comunicación Política ACEP-KAS

Por segundo año consecutivo se llevó a cabo, junto con la Asociación Civil de Estudios Populares (ACEP), un diplomado virtual en Comunicación Política. En esta instancia de formación, realizada entre julio y noviembre a través de una plataforma virtual, los participantes adquieren una amplia formación en diferentes enfoques de la comunicación política: comunicación electoral, comunicación de gobierno, marca país, opinión pública, y estrategia.

Al finalizar el período regular de cursado, los quince alumnos más destacados tuvieron la posibilidad de par-



Buenos Aires, 29 noviembre al 1 de diciembre de 2016

ticipar en un módulo presencial llevado adelante en la sede de ACEP en la ciudad de Buenos Aires. Allí, a lo largo de tres días de intenso trabajo, representantes de Argentina, Uruguay, Bolivia, México, Chile, Paraguay y Guatemala participaron en encuentros sobre comunicación estratégica, *branding* personal, *media training*, y relación entre medios de comunicación y política.

DC

Visita de Konrad Adenauer

En el marco de la previa a la visita que el presidente de la República Oriental del Uruguay, Dr. Tabaré Vázquez realizó a Alemania en febrero, una delegación alemana visitó Uruguay para conocer un poco más, y de primera mano, las características de ese país.

Esta delegación estuvo encabezada por la periodista Hildegard Stausberg y contó entre sus integrantes a Konrad Adenauer, nieto del canciller alemán que da nombre e inspiración a nuestra institución.

Durante una visita a la sede de la KAS en Montevideo, el Sr. Adenauer tuvo la oportunidad de conversar con académicos y dirigentes cercanos a la Fundación, así como también compartir una amena charla con la directora del Programa Regional Partidos Políticos y Democracia en América Latina, Dra. Kristin Wesemann, sobre las perspectivas de fortalecimiento de los partidos de centro en la región.



Montevideo, 26 de
enero de 2017



Somos la KAS

Las actividades llevadas adelante por la Fundación Konrad Adenauer en América Latina han permitido, además de brindar formación y capacitación a centenares de jóvenes, establecer lazos de amistad y cooperación entre participantes de diferentes países.

Siguiendo el lema «Lo que nos mueve, lo que nos une», se creó una red de intercambio en Facebook y WhatsApp para coordinar encuentros, intercambiar información y propiciar el debate sobre asuntos clave para la política regional y mundial. La integran participantes de actividades de la Fundación en diferentes niveles, y a lo largo del año se fijan encuentros presenciales para trabajar sobre intereses del grupo.



SOMOS  KAS

DC

Ciclo de encuentros *after office*

Al igual que en el primer semestre de 2016, los ciclos de encuentros para tratar temáticas de actualidad, llevados a cabo luego del horario laboral, continuaron en esta etapa del año.

Entre los temas tratados se encuentran los siguientes: inclusión de las personas con discapacidad en la actividad política; políticas públicas y nuevas tecnologías para adultos mayores; transparencia pública, y análisis de los resultados electorales en Estados Unidos.

Es de destacar la alta y activa participación —sobre todo de jóvenes— en los encuentros, que se realizan en colaboración con asociaciones amigas, como el Instituto de Estudios Cívicos, el Centro de Estudios para el Desarrollo, y con la visita de personalidades políticas locales y regionales.

1

2017

Agenda política

La amenaza del populismo

Entrevista con Daniel F. Wajner

Cuba después de Castro

Guillermo Tell Aveledo

Dossier: jóvenes y política

¿Qué sienten los jóvenes latinoamericanos sobre la política?

Ignacio Zuasnabar e Inés Fynn

Los retos de la política y el tiempo de la juventud

Carlos Castillo

¿El fin de los partidos políticos?

Juan Pablo Luna

«Los invisibles»

Camila Crescimbeni

Innovación disruptiva en política juvenil

Everardo Padilla Camacho

Experiencias de una joven en el Parlamento

Mariáibert Barrios

Movimiento estudiantil y partidos políticos

Ángel Arellano

Testimonios

Comunicación y campañas

La rebelión de las masas 2.0

Carmen Beatriz Fernández

Nuevas tecnologías de la comunicación y su impacto en la narrativa política

Alejandro Vivas

Ideas y debates

¿Posverdad? La circulación de textos en crisis

Daniel Mazzone

El centro político en Alemania

Karl-Rudolf Korte

Las prioridades de América Latina hoy

José Emilio Graglia

De la casa



Konrad
Adenauer
Stiftung